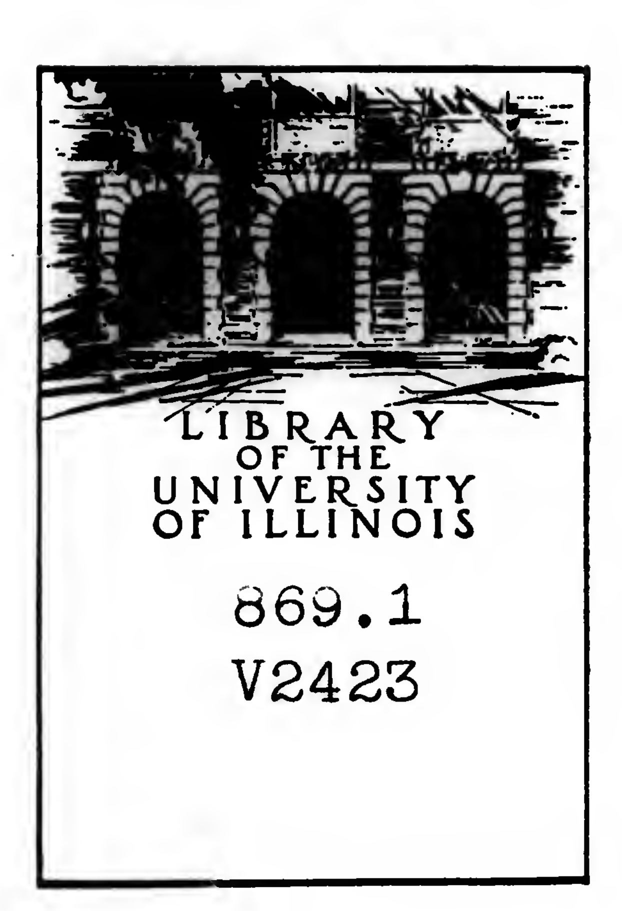

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

EL VALLE

DE

ANDORRA.

EDICION DEL BOLETIN DE NOTICIAS.

MEXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1861.

I.

A fines de 1815, cuando todo el Mediodía de Francia estaba en combustion de resultas de los sucesos políticos que restituyeron el trono á los Borbones, tres viageros, ó quizá tres paseantes (porque el equipage de las personas de que hablamos no ofrecia ningun dato positivo sobre el género y longitud de la escursion que se proponian), atravesaban á caballo el valle cuyo centro ocupa Vic-d'Essos en los Pirineos. Era en el mes de Noviembre, estacion ya sobradamente rigorosa al pié de elevadas

ntañas; soplaba por intervalos un aire seco y frio y el pálido sol, que trepaba por la esfera, reverberaba tristemente en los hielos de Montcalm y del Bassiés.

Entretanto los tres desconocidos, uno de los cuales era muger, volvian la espalda á Vic-d'Essos, cuyas blancas casas y numerosas fraguas producian pintoresco efecto sobre la verdura que ornaba la parte inferior del valle. Costeaban la orilla de un torrente furioso que despeñándose de las peladas montañas iba á desaparecer en medio de las fábricas y molinos que al parecer se dirigian en línea recta para evitar la comunicacion con las aldeas inmediatas.

A primera vista se les habria supuesto habitantes del pais que volvian á su casa, pero ecsaminándolos con cuidado se concebian sospechas de que no eran lo que aparentaban. El que marchaba delante (porque el camino no permitia marchar de frente) era un hombre de cincuenta y cinco á sesenta años, vestido á la manera de los pastores de los Altos Pirineos, con un calzon y una chupa de grosero paño pardo, y cubierta la cabeza con uno de aquello

altos gorros de lana que tienen resistencia suficiente para mantenerse tiesos. Era alto, y por la robustez de sus miembros bien podia pasar por un vigoroso montañés; sin embargo, por el modo con que aguijaba al caballo con sus piernas armadas de unos simples botines de cuero, se adivinaba un caballero mas acostumbrado á servirse de la espuela que lo suelen estar los pastores de los Pirineos. Sus manos eran blancas y delicadas, y lo que mas que todo revelaba el incógnito era un puño de batista que se escapaba alevosamente por debajo de la grosera manga de tela encargada de representar las veces de camisa á los ojos de los pasageros.

Pero estos indicios de disfraz eran aun mas visibles en la jóven de que hablamos, y que queria imitar á una de las muchachas que bajan de las montañas para asistir á los mercados de las villas del Ariege. Era una morena de ojos negros, rasgados, vivos y maliciosos, y oriunda á no dudarlo de una provincia meridional: aunque por causa del frio iba arrebujada en una gran capa negra, hubiérase conocido con solo ver su capillo encarnado, y del mas

fino terciopelo, que no podia ser hija de un pobre ganadero de la vecindad.

Se asemejaba en trage á esos disfraces que se lucen en las bulliciosas bacanales de Paris: el corte y forma de los vestidos revelan la intencion de parodiar los trages de tal ó cual provincia; pero lo que en el original es buriel se transforma en seda en la cópia, lo que es es estopa en encaje. Llevaba por supuesto la doncella en el cinturon de su delantal la inseparable rueca que jamás abandona á las montañesas; pero la capa era de finísima estameña; el capillo de escelente terciopelo, y en cuanto á la rueca no tenia trazas de haberla movido mucho las manos delicadas de su dueña. En una palabra, debia ser la primera vez que nuestra desconocida llevaba un trage de capricho que la habria hecho reir si las circunstancias en que se hallaba no desterrasen su buen humor.

Por último, el que cerraba la marcha era el único que al parecer no tenia interés alguno en encubrir su clase, quizá porque su vestimenta era efectivamente la del pais. Un birrete azul daba á su fisonomía el animado aspecto que

caracteriza á aquellos pueblos. Era un jóven alto, rubio, de formas atléticas, pero de tez blanca y ojos azules que anunciaban cierta timidez de carácter. No era difícil conocer en él uno de esos descendientes de los visigodos, cuya raza se conserva pura en aquellas provincias, en medio de poblaciones indígenas que desde la edad-media les profesan odio mortal. Sabido es cuántas persecuciones han sufrido de parte de las otras castas meridionales los descendientes de los godos, y á pesar de ser afables, industriosos y compasivos, se les ha tratado como odiosos párias, suponiendo que estaban infestados por los lamparones y la lepra, enfermedades reputadas antes por contagiosas. La preocupacion que los proscribia no ha comenzado á estinguirse en el Mediodía hasta la época en que la revolucion francesa dió al traste con tantas preocupaciones; y aun en el dia el nombre de *Ca-Goth* ó *Agothas* que se les puso, es un insulto que el pastor no deja de tirarles á la cara á la menor disputa.

Aunque en la época de nuestra historia hubiese desaparecido en parte la especie de idiotismo á que estaban condenados los Agothas,

ecsistia no obstante en ciertos parages donde las ideas civilizadoras solo á fuerza de tiempo consiguen introducirse, y por otra parte; no echemos en olvido que estamos en 1815, cuando en el Mediodía se verificaba con la mas espantosa violencia la reaccion contra los beneficios de la revolucion y del imperio. Los ahullidos de los asesinos habian despertado los añejos ódios de castas; los rencores de partidos y quizá la conciencia de esta reaccion feudal, cuyo término no se divisaba entonces, influia en la timidez melancólica del nieto de los párias.

Los acontecimientos políticos esplicaban tambien hasta cierto punto las misteriosas precauciones de los otros dos personages que componian la caravana. Era tal en ciertos departamentos la ecsasperacion contra cuanto habia tenido parte en la revolucion, que muchas personas tenian que ocultarse y aun espatriarse, para librarse de la venganza de un populacho fanatizado, y sin duda los que costeaban el torrente de Vic-d'Essos tendrian razones de esta estofa para engañar con un disfraz la curiosidad inquieta y sospechosa de los realistas mon-

tañeses. Empero cada uno de los ginetes iba provisto de una carabina para precaver cualquier mal encuentro, incluso el de osos y lobos de los Pirineos.

La pequeña caravana continuaba su marcha hácia la parte alta, siguiendo los rodeos del cauce impetuoso que lleva el nombre de Vic-d'Essos, como la poblacion que atraviesa. Las máquinas, las fraguas, los molinos se habian quedado detrás, y á cada paso que avanzaban se hacia mas áspero é inculto el terreno. Montañas peladas y gastadas por las avalanchas se elevaban por todas partes; ya no ornaba las faldas la verdura, y en algunas gargantas se acumulaba una nieve fria y húmeda que rodaba en rededor de los viageros, interceptando á veces los ténues y mústios rayos del sol naciente.

El anciano, que rompia la marcha, tendió miradas inquietas en torno suyo, como si buscase á álguien en aquel solitario parage: la jóven no se cuidaba mas que de preservarse del frio, y el tercer personage daba evidentes muestras de disgusto, á pesar de que guardase silencio por respeto ó por timidez.

Llegaron á un estrecho pasadizo que se abria entre dos rocas; y el que al parecer gozaba de mas autoridad, detuvo de pronto su cabalgadura, y preguntó al compañero:

—Bernardo, ¿no es éste el paso de la Cabra, punto donde debia esperarnos el guía?

El indicado con el nombre de Bernardo se acercó, respondiendo con viveza:

—En efecto, es el paso de la Cabra; pero el guía no parece.

—Lo aguardarémos, repuso el anciano apeándose.

—Bajo malos auspicios ha comenzado este viage, padre mio, dijo la jóven dirigiéndose al mas viejo.

—¿Querrias mejor volver á Vic-d'Essos, á la fragua de Bernardo Alric?

—Volveré con vos, padre mio; pero sola.... nunca; es decir, añadió ruborizada, mientras no cambien las circunstancias.

Bernardo habia bajado de un salto de su caballo y acercádose á la doncella para ayudarla á apearse.

—¿Y por qué, señorita Cornelia, dijo con energía, no unís vuestras súplicas á las mias

para aconsejar á vuestro padre que renuncie á ese penoso viage? Ningun peligro ecsistia para vos ni para él permaneciendo en Vic-d'Essos: vuestro disfraz os aseguraba, y en caso de necesidad estoy convencido de que todos los mozos de mi fragua se hubieran hecho matar por vosotros. Reflecsionad por Dios si es tiempo todavía: inconcebible temeridad es querer atravesar las montañas en esta estacion. Si nos sorprendiese una tempestad en los horribles desfiladeros que conducen al valle de Andorra, pereceriamos todos miserablemente. Desde que ecsisto he oido siempre decir que esta parte de los Pirineos está impracticable la mitad del año. Pensadlo bien; en dos horas podemos regresar á casa, donde hallarémos bienestar y tranquilidad.

Aunque en apariencia iban estas palabras dirigidas á la doncella, en realidad eran consagradas al anciano, quien no dejó de comprender la intencion.

—Escuchad, Alric, dijo con firmeza; sabeis que no tomo una resolucion á la ligera, porque una vez tomada es irrevocable. Me he cerciorado de que este viage es posible, aunque es-

ento de algunos peligros, y el viage se hará. Ayer no quise daros ninguna esplicacion, porque temia vuestras infinitas objeciones, y tenia al mismo tiempo la certidumbre de que permaneciendo un dia mas en vuesrra casa, mi hija, yo, y quizá vos mismo, corriamos grandes peligros.

—¿Será cierto? esclamó Bernardo atónito.

—¡Cómo, padre mio! preguntó la jóven; ¿de veras peligrábamos en casa del hombre generoso que tanto nos agasajaba, y no me habeis dicho nada?

El viejo se sonrió, y añadió con tono irónico:

—En efecto, intrépido confidente hubieras sido, por vida mia! Habeis, pues, de saber, amigo Bernardo, que desde que nos escondimos en vuestra casa, nos obsequiásteis de tal manera, que mas de una vez hicísteis público lo que nosotros queriamos guardar secreto.

—¿Yo? esclamó Bernardo espantado.

—Vos, querido; ¡qué diablo! siempre olvidais que hay circunstancias en que el hombre mas honorífico es peligroso. Mi casa de Nimes ha sido quemada y saqueada, y no querria que se divirtieran con mi cuerpo. Aunque no temo

la muerte cvando puede ser útil á mi pátria y gloriosa para mí, tampoco pretendo ser víctima de una cuadrilla de asesinos..... Debo conservarme para mi hija, para mis amigos.

Cornelia le abrazó conmovida, mientras Bernardo le miraba consternado.

—Tan difícil es, prosiguió el anciano con tranquilidad, llamarme tio Gonzalo como acordámos? Hace dos dias, Bernardo, que sin querer pronunciásteis mi nombre..... mi verdadero nombre delante de un oficial. Este sin duda lo habrá repetido á otros, pues ayer uno de los mineros de Vic-d'Essos pasó junto á mí soltando palabras amenazadoras. Conque si no he tomado el partido de largarme, quién sabe si no hubiera habido algun mosin.

—Ya comprendo, dijo Bernardo, y os pido perdon por haber sido la causa de esta medida; pero puesto que en mi casa no estais seguro, ¿á qué no haberme consultado antes sobre el peligroso viage que hoy emprendemos? Habria tomado precauciones, buscado guías seguros, cartas de recomendacion.

—No trato de ofenderos, Bernardo: sois un muchacho escelente, pero incapaz de tomar una

determinacion pronta; y luego, ciertas preocupaciones de localidad..... dejadme, pues: el guía que aguardamos se ha comprometido á conducirnos por caminos seguros al valle de Andorra, sin tropezar con la aduana ni con la autoridad. Esta tarde llegarémos á ese país libre, y allí verémos lo que se ha de hacer para lo sucesivo.

Un momento estuvo Bernardo pensativo; y clavando sus límpidos ojos azules en su interlocutor, le dijo con inquietud:

—Señor mio ... tio Gonzalo, quiero decir; no conozco al guía que tan bellas promesas os ha hecho, pero estoy cierto de que os ha engañado.

—¿Y qué interés puede tener en disfrazar la verdad?

—Lo ignoro; pero no me habeis dicho qué clase de hombre es y dónde le habeis conocido.

—Uno de vuestros mozos me lo presentó como el gemia mas hábil que ha recorrido los Pirineos desde Portvendres á Biarritz. Le hablé, y pronto nos pusimos acordes.

Durante esta conversacion habian los viageros atado sus caballos á un tronco de pino, y

se paseaban, para evitar el frio, á la entrada del desfiladero. El anciano, á quien conservarémos el nombre de tio Gonzalo, dió algunos pasos para ver si divisaba entre la niebla al deseado guía, y Bernardo aprovechó estos momentos para decir en voz baja á la doncella:

—No queria asustaros, señorita Cornelia; pero veo con el mayor sentimiento que no unís vuestras instancias á las mias para disuadir á vuestro padre de este viage; no temo por él ni por mí los peligros y las fatigas, sino por vos, Cornelia, por vos, que me sois tan cara.

—¿Dudais de mi valor, Mr. Alric? dijo la jóven sonriéndose: he prometido seguir á mi padre, y lo seguiré á donde quiera que vaya; os olvidais de que la terquedad es hereditaria en mi familia.

—No dudo de vuestro valor, sino de vuestras fuerzas, dijo el herrero con viveza; porque os amo demasiado para no esponeros, á riesgo de escitar vuestro enojo, á las dificultades de semejante empresa. Aun podemos volver á Vic-d'Essos; no faltará, si no, alguna aldea aislada donde podreis aguardar en paz tiempos mas tranquilos.

—Voy á revelaros la verdad, Alric. El objeto principal de mi padre al emprender este viage, es sin duda evitar las persecuciones; pero tiene otras razones para preferir el valle de Andorra. Esa comarca, erigida en república independiente mas de mil años há, y cuya prosperidad jamas ha decaido, ha despertado la curiosidad de mi padre; ya conoceis su carácter, sus opiniones; considera ese valle como un pais privilegiado, un Eldorado (1) de tolerancia y libertad, donde se conserva la edad de oro. Hace tiempo que desea visitar esos parages, y se me figura, añadió sonriendo con malicia, que sentiria que desapareciesen los peligros que hacen indispensable este viage.

—Pero si es imposible.

—Mi padre es como el emperador, aficionado á los imposibles; además, el tiempo es soberbio, y en pocas horas....

—Pero suponiendo que lleguemos con felicidad al valle, conozco las leyes y costumbres de ese pais, y sé que no se nos permitirá habitar

(1) Provincia imaginaria de una novela de Voltaire.

en él; entonces no tendrémos otro recurso que bajar á España, donde de seguro serémos mal recibidos.

—Silencio, ave de mal agüero! dijo el tio Gonzalo que habia escuchado las últimas palabras del herrero. ¿Podeis creer, Mr. Alric, que los republicanos de Andorra no acojan con placer á un hombre que lleva el nombre que sabeis, y que está perseguido por cierta opinion.....?

—Os equivocais de medio á medio, señor.... tio Gonzalo. La república de Andorra es mas feudal que la Francia de hoy dia, y podria citar.....

—Chiton! interrumpió el tio Gonzalo, apuntando á un personage que acababa de aparecer á corta distancia: ahí está nuestro guía, y no hay necesidad de enterar á ese tuno del secreto de nuestra clase y opiniones.

Volvióse Bernardo rápidamente para ver qué casta de pájaro era el individuo á quien iban á confiar su seguridad y tal vez su vida, y á la primera mirada hizo un movimiento de pesar é inquietud. El que se acercaba era de color bronceado; tenia ojos negros y cabellos

crespos; envolvíale una capa catalana de color escarlata, que en su tiempo debió pertenecer á un rico ganadero, pero que en la actualidad estaba agujereada por muchas partes; vestia una especie de casaca azul con botones de cascabeles, que llevaba de un modo particular. En la manga izquierda habia metido el brazo derecho, de suerte que los faldanes le caian sobre el pecho y la manga derecha colgaba sobre el hombro izquierdo. Un calzon de cuero sin sujetar en las rodillas, alpargatas y un sombrero gacho completaban este trage singular, al que un enorme par de tijeras suspendido del cinto daba un aspecto característico. Este personage llevaba ademas un robusto garrote, como es de costumbre en las montañas; y lo mismo podia pasar por un ladron que por un guía seguro y fiel.

—¡Misericordia! esclamó Bernardo al divisar al recien llegado; es un gitano.

El gitano por su parte se acercó á los viageros, observando con aparente interés á las personas que iban á encomendarse á su vigilancia; pero sus miradas se detuvieron de un modo

particular en Bernardo, y dijo á su vez asombrado:

—¡Santa María! ¡es un Ca-Goth!

Bernardo volvió la cabeza para ocultar su despecho, y el tio Gonzalo le dijo con malicia poniéndole la mano sobre el hombro:

—¿Qué seria de vos, Bernardo, si yo participase de esas preocupaciones que todavía dominan en erte país? En efecto, he elegido un gitano para guía, y no veo razon para desconfiar de él mas que de otro. Ademas, los guías del pais son vocingleros, y no dejarian de contar que habian conducido al valle de Andorra á ciertos viageros que despertarian sospechas. De éste nada tengo que temer, porque no irán á él ciertamente á pedirle informes.

Mientrae hablaba el anciano, permanecia el gitano en la mas completa indiferencia, como si no comprendiese una palabra de lo que se decia. Cuando el tio Gonzalo calló, dijo aquel alzando su palo:

—Señor amo, estoy dispuesto.

—¿Cómo os llamais?

—Diego, contestó el gitano, con su voz gutural, aunque alegre; y me añaden el apodo de

Bouron Belca ó Cabeza Negra. Pero no temais de mí; soy un hombre conocido y tengo oficio.

Y señaló al mismo tiempo las monstruosas tijeras que llevaba al cinto, y que probaban que Diego ejercia la profesion de esquilador.

—Me han dicho, Diego, prosiguió el anciano, que no podeis conducirnos al valle de Andorra como prometísteis, porque los campos están impracticables y peligrosos.

—¿Quién lo ha dicho? preguntó el gitano con viveza; quién ha manchado su boca con una mentira semejante? Santa Madre de Dios, continuó alzando las manos al cielo, os pongo por testigo de la verdad de mis promesas. Dentro de cuatro horas habrémos llegado sin novedad á Andorra.

El tio Gonzalo miró á Bernardo, quien murmuró impacientado:

—Oh! hará todos los juramentos que pidais: no es cristiano.

—Pero, señor Bernardo, dijo Cornelia encaramándose á su cabalgadura, ¿qué tiene de particular ese pobre diablo? Es un guía como

otro cualquiera, y aun mas digno de interés qué otros, porque es desgracirdo.

Bernardo le respondió en voz baja, mientras el gitano ayudaba al viejo en sus preparativos

—No insistiré sobre el particular, señorita, porque veo que vos y vuestro padre estais resueltos; pero tengo la conviccion de que un viage en compáñía de semejante pillo no puede acabar con felicidad. Ahora, adelante; vuestro padre esiá armado y yo tambien, y podeis creer que todas las objeciones que he puesto en esta caminata no son por temores propios; quizá pueda probároslo antes de mucho tiempo.

Montó á caballo y fuè á situarse al lado de la jóven, dispuesto á ausiliarla y defenderla con todo su poder durante la peligrosa escursion que les aguardaba. El tio Gonzálo observó de reojo estas disposiciones, y despues de titubear algunos momentos esclamó alegremente, haciendo al gitano que tomase la delantera:

—En marcha, amigos mios; de alguno hemos de fiarnos, y ese gitano sabe que tendrá una buena recompensa dejándonos contentos.

Toda la reducida caravana se internó lenta-

mente en el oscuro desfiladero del paso de la Cabra, y desapareció entre la niebla.

La parte de los Pirineos que debian atravesar los viageros no era ciertamente la de mas encumbradas y escarpadas cimas; pero en ese parage las montañas, aunque no presentan masas tan imponentes como el Canigú y el Monte-Perdido, son mas numerosas, mas amontonadas, y los valles mas estrechos y peligrosos. En el rigor del verano está toda aquella region cubierta de abundantísima verdura, animada por innumerables rebaños y por una poblacion de pastores. Pero ya hemos dicho que estamos en el mes de Noviembre y el invierno no se retarda nunca en las montañas. Por eso en la primera parte de su marcha hallaron los viageros caravanas de ganados y pastores que bajaban á la llanura, marchando todos con el mismo órden metódico y tradicional. Cada hombre con una esquila en la mano presidia al rebaño: seguian el amo y el ama á caballo, con sus hijos mas pequeños á la grupa: en seguida la hija mayor á caballo tambien, con la rueca en la mano; luego los demás hijos en trage de cazadores capitaneados por el mayor, que era

el encargado del saco de la sal. En vista de estas emigraciones, que anunciaban la regularidad del frio, porque pastores y rebaños no abandonaban hasta el último estremo los perfumados pastos de las alturas, meneó Bernardo la cabeza tristemente; pero comprendió que ya era inútil manifestar sus siniestras previsiones.

Poco tardaron en desaparecer las hordas nómades, perdiéndose por su falta toda esperanza de ausilio en caso de un peligro, porque distantes aquellos sitios de los caminos reales, inutilizados una parte del año, resultaba que al declararse alguua de las terribles tempestades tan frecuentes en los Pirineos, los viageros no podian contar sino con sus propios recursos. Y ¿cómo dos homdres solos y una débil doncella poco avezada á la fatiga habian de contrarestar la horrible tormenta que podia estallar? Añádanse á estos motivos de inquietud para Bernardo los modales sospechosos del guía, y verémos si eran fundados sus sérios temores.

No obstante, el gitano no habia hecho nada que justificase sus sospechas: sus deberes de guía eran desempeñados con un cuidado y una

atencion capaz de acallar las prevenciones de que era objeto Con maravillosa sagacidad comprendia que cada uno de los dos viageros le quedaria agradecido de los obsequios que dedicase á la doncella, y de ella se ocupaba especialmente en su penosa escursion. Apenas se apartaba de su lado, y en los pasos difíciles tomaba las mas prolijas precauciones para evitar cualquier contratiempo. Divertia además á la viagera con su galimatias hispano-francés, distrayéndola de las fatigas del viage, y Cornelia, aunque muy atormentada por el frio, no se mostraba, sin embargo, muy temerosa de los resultados de su penosa caminata.

Era medio dia, y los caminantes llevaban vencida la mayor parte del camino: verdad es que era el trozo menos peligroso, y que faltaba atravesar la cadena central en toda su anchura. Hasta aquí no podian saber si su temeridad tendria buen écsito, ó si habian cometido el imperdonable descuido de entregarse á merced de un vagabundo. Mientras atravesaban un valle desierto y ya cubierto de una ligera manta de nieve, se acercó el tio Gonzalo á Bernardo, y le dijo alegremente, indicando con el

dedo al gitano, que no se separaba de Cornelia:

—Vaya, querido Bernardo, ¿pensais aún que haya sido un disparate encomendarnos á ese pobre diablo? El tiempo está soberbio, brilla el sol con todo su magnífico esplendor, y es mas que probable que nuestro viage acabe sin novedad.

—Harto pronto cambia el tiempo en las montañas, respondió Bernardo mirando en torno suyo con inquietud: no me gustan esas nubes que se amontonan allá abajo en los desfiladeros que vamos á atravesar.

—Mas temo á los aduaneros y á los gendarmes de la frontera que á las nubes, dijo tranquilamente el tio Gonzalo.

—Pnes por esa parte nada tenemos que temer, replicó el herrero: la aduana no es muy severa en los límites del Valle de Andorra, y mas espuestos estamos á encontrar contrabandistas y gitanos que otra cosa. Ni uno ni otro me agradaria.

—Mal quereis á los pobres gitanos, Bernardo, y con todo ya veis como es errado vuestro juicio respecto de este. Ha dispensado las

mayores atenciones á Cornelia, quien se ríe como una loca de sus ocurrencias. Hace poco le contaba la chistosa treta con que un amigo suyo robó una gallina á un labrador (y acá entre nosotros creo que sea él mismo el héroe de la aventura). Cornelia se reía á carcajadas á pesar de que debe estar cruelmente fatigada.

—Quiera Dios que ese mendigo no nos juegue alguna de esas tretas que se complace en referir.

—Me admira, repuso el tio Gonzalo impacientado, ver cuán obstinados sois los hombres del Mediodía en vuestros rencores y antipatías. Vos, Bernardo, vos, que deberíais conocer cuán absurdas son ciertas preocupaciones, ¿creeis que no puede ecsistir un hombre honrado entre esos infelices gitanos? Sois demasiado jóven para haber presenciado las injusticias de que ha sido víctima la raza gótica de que procedeis; empero aun hoy dia pesan sobre vos las consecuencias de esa añeja preocupacion, que debieran haceros mas indulgente con esos míseros párias europeos.

—¡Cómo! esclamó Bernardo, ofendido; ¿podeis comparar nuestra raza, tan honrada, tan

pura, á la de esos gitanos, esos detestables *gépos* como los llaman por aquí?

—No os enojeis, Bernardo; pero hubo una época, y no muy remota por cierto, en que no era mas respetada vuestra casta que la de esos desdichados en las provincias del Mediodía de la Francia. Vuestro padre, el generoso Roger Alric, que fué el primero en alzar la voz reclamando la igualdad ante la ley, me contó infinitas veces que en su infancia los cagoths eran ecsecrados y despreciados por todos sus vecinos. No podian entrar en las iglesias sino por una puerta reservada esclusivamente para ellos, y que ningun otro habria querido atravesar: residian en poblaciones llamadas Cagotarias, que huia el viagero como si las poseyese la peste: tenian obligacion de llevar en los vestidos una señal roja que los señalaba á la pública animadversion, y se evitaba su encuentro con prolijo cuidado. Desde que esto sucedia, Bernardo, aun no han pasado cien años, ¿y quereis ahora defender las preocupaciones que privaban á la sociedad de los servicios de hombres inteligentes y de probidad? Y quién os dice que los gitanos no sean calumniados

hoy como lo eran hace un siglo los descendientes de los antiguos visigodos?

Nada contestó Bernardo por respeto al que hablaba, pero apartó la cabeza para ocultar el subido color que á sus mejillas agolpó esta comparacion. El tio Gonzalo advirtió la conmocion de su jóven amigo, y prosiguió con tono afectuoso acercándose á él:

—No os enoje, Bernardo, que mi brusca franqueza os recuerde la odiosa tiranía que abrumaba á vuestros antepasados: harto bien sabeis cuán poco partidario he sido de las desigualdades sociales y cuánto he contribuido con mis escasas fuerzas á destruirlas: sabeis que para estimar á un hombre he mirado su valor personal y no la nobleza de sus abuelos. He aquí por qué vuestro padre, simple plebeyo de una casta proscrita, y que á sólo su industria debia su fortuna, fué mi mejor amigo cuando terminó mi carrera política. Y hoy, Bernardo, hoy que se renuevan las persecuciones contra los medios mas enérgicos de consolidar la libertad francesa, ¿á quién me dirigí á pedir asilo para mi hija y para mí, sino á vos, á quien tengo ofrecida la mano de mi Cornelia? Ber-

nardo, continuó con bondadoso acento, os estimo porque sois un hombre de juicio despejado; os amo como hijo, y estos títulos me dan algun derecho para manifestaros los pensamientos que han ocupado mi vida entera: estoy firmemente penetrado de que llegará un dia en que se reconozca que la preocupacion que reina contra esos pobres gitanos es tan absurda por lo menos como la que estigmatizaba á vuestros padres.

—Lo deseo, respondió el herrero, no muy convicto: cuanto puedo deciros sobre la venturosa promesa de entregarme la mano de vuestra hija cuando mejoren las circunstancias, es que no os arrepentiréis jamás de haberme confiado la dicha de la señorita Cornelia. Y sin embargo, añadió con tristeza, temo que ella no participe de este afecto.

—Os profesa todo el necesario para hacer la felicidad de entrambos, saltó el anciano sonriéndose: pero no es esta ocasion de tratar tales negocios. Apretemos el paso, porque ya nos aguarda Cornelia á la entrada de aquel oscuro desfiladero y el guía necesita al parecer nuestros consejos.

En pocos instantes alcanzaron á Cornelia y al gitano, que habian hecho alto á la entrada de la garganta: la doncella daba muestras de terror, y Diego no las tenia todas consigo. Bernardo y su compañero se enteraron de lo que ocurria, y el herrero, que conocia perfectamente la temperatura de las montañas, quedóse pálido como la muerte.

Salia del hondo desfiladero que debian atravesar un viento impetuoso y frio, barriendo las nubes que durante esta grave conferencia tapizaran el cielo del valle. El sol, tan espiendente pocos momentos antes, desapareciera del todo, cual si se hubiera desplegado un velo inmenso para interceptar sus rayos. Aun no habia llegado al punto ocupado por los viageros la tempestad que mugia en el corazon de las montañas; empero podian juzgar de su devastadora violencia. Estaba encajonada en el estrecho pasadizo que se abria ante ellos, y los mas intrépidos se habrian estremecido al verla acercarse, porque la garganta estaba formada por dos montañas inmensas, y en este espacio bramaba el viento con espantosa fúria, levantando torbellinos de nieve y azotando las nubes amonto-

nadas. El ruido de las avalanchas, el chasquido de los pinos que se desgajaban, el rugido de un torrente que se precipitaba en el hórrido abismo producian un estrépito comparable al trueno.

El huracán se acercaba velozmente, y Cornelia sin aguardar ayuda saltó de un salto al suelo, y fué á arrojarse en los brazos de su padre.

—No os amedrenteis, señorita, dijo Bernardo procurado acallar sus propios recelos; estas tormentas desaparecen con la misma rapidez con que comienzan: si hallamos abrigo por algunos instantes, quizá podamos pronto continuar el viage.

—Es cosa prodigiosa! esclamó Gonzalo: hacia un tiempo tan hermoso!

—En la llanura lucirá sin duda el sol tan brillante como esta mañana, replicó Bernardo; pero cualquier persona algo acostumbrada á las repentinas variaciones de temperatura en las montañas podia presagiar lo que nos sucede, y no habreis olvidado que yo.... Estoy seguro de que ese miserable gitano sabia que nos seria imposible atravesar el puerto de Rat,

nombre con que se conoce ese terrible desfiladero.

—¿Será cierto? dijo el tio Gonzalo con inquietud: ¿habré espuesto por mi pueril temeridad las ecsistencias que mas aprecio?

Y dirigiéndose al guía, que ecsaminaba entonces con atencion un punto lejano del valle sin acordarse de la tempestad, le preguntó:

—¿Qué haceis, Diego! Ya veis como tenia razon mi compañero esta mañana en decir que estaba inpracticable el tránsito.

—¿Soy yo el Ser Todopoderoso para dominar la tormenta? respondió el gitano con frialdad.

—Pero debíais avisarnos el peligro, repuso el tio Gonzalo enojado, y no concibo la causa de vuestra entraña indiferencia.

No hacia gran caso Diego de las reconvenciones: continuaba ecsaminando el horizonte del lado opuesto, y de pronto hizo un rápido movimiento con el brazo agitando la capa de color escarlata, y antes que el tio Gonzalo observase esta singular accion, que podia ser una señal, replicó con viveza:

—Paciencia, amo, paciencia: que la Santísi-

ma Vírgen y todos los santos del paraiso nos protejan, y nuestro viage acabará felizmente; pasarémos como haya un solo punto donde poner el pié. Pero es preciso, continuó, mirando al cielo, refugiarnos debajo de alguna roca ...

—¡Por aquí! dijo Bernardo señalando una.

—¡La tempestad! esclamó Cornelia ecshalando un grito penetrante.

En efecto, salió el viento de la garganta con tan espantosa violencia, que á no estar los viageros un poco separados de la corriente principal, habrian sido derribados. Al mismo tiempo fué levantada en el aire la nieve que cubria el valle y las pendientes de ambas montañas, como las arenas del desierto cuando sopla el kansin; cielo y tierra desaparacieron en el inmenso torbellino que formaba en derredor de los viageros: los caballos volvieron grupas instintivamente para no presentar el frente á la tormenta, y se afirmaron sobre los cuatro piés para no ser arrastrados. Cegados por la nieve, asficsiados por la rapidez de la corriente, que les impedia respirar, ensordecidos por el hórrido fracaso, apenas tenian fuerza los viageros para llamarse unos á otros en medio de

aquel caos infernal. Solo el gitano no perdió un momento su presencia de ánimo.

— Asíos de la mano hasta que pase la ráfaga, gritó con voz tonante mientras él se agarraba á la brida del caballo de Gonzalo: bajad y no hagais un movimiento.

Estos consejos eran prudentes, porque á los pocos minutos cesó el huracán, y la nieve, que fuera arrebatada á regiones mas elevadas, cayó profundamente en compactas y espesas masas. El silencio que siguió á aquella estruendosa convulsion de la naturaleza parecia un silencio de muerte. Los viageros se hallaron casi enterrados entre la nieve, y cuando pudieron mirar en su derredor, todo habia mudado de aspecto. Donde vieran poco antes un barranco, se elevaba una montaña de hielo: el caballo que abandonara Bernardo pugnaba por salir de una quiebra donde fuera arrastrado, y únicamente por medio de los mas penosos esfuerzos pudo reunirse con los viageros advertido por su instinto de que ellos solos podian protegerle en medio de aquel desórden de los elementos.

—Pronto, pronto, decia el guía: refugiémo-

nos bajo una roca antes que se acerque otra ráfaga, porque será mas terrible que la primera! El cielo nos ampare y nos defienda, y el bendito Santiago y San Antonio!

Volvióse al mismo tiempo Diego hácia una montaña vecina, sobre la que se distinguian dos puntos negros y móbiles como dos formas humanas. Agitó con viveza por segunda vez la capa, cuyo color destacaba entre la blancura de la nieve, y entonces fué cuando pensó de veras en buscar un abrigo para él y sus viageros.

II.

De repente en medio del fúnebre silencio que reinaba en el valle, se escuchó muy cerca el sonido de un cuerno semejante al que usan los pastores. Los caballos aguzaron las orejas y saltaron con nueva fuerza; los caminantes alzaron la cabeza y divisaron sobre una roca poco distante un montañés vestido de cazador, quien despues de llamar su atencion les hizo señas para que se acercasen.

—Socorro, buen amigo! gritó el tio Gonzalo, que oia ya mugir sordamente otra ráfaga en el desfiladero.

Por única respuesta continuó el montañés tocando, y los caballos avezados á reunirse por medio de estos sones, se dirigieron velozmente al punto que ocupaba el cazador. Costeada la roca halló la caravana una gruta que servia de asilo temporal á su desconocido amigo, y donde ellos podian refugiarse tambien.

—Animo, hija mia, dijo el tio Gonzalo; ánimo, que nos vamos á salvar.

Cornelia contestó con un gemido, y al mismo tiempo calló la tormenta con mas fuerza que nunca: de nuevo fué levantada la nieve en furiosos remolinos; se detuvieron los caballos y doblaron las piernas como sucede en un temblor de tierra. Pero mientras los viageros permanecian inmóbiles y atontados á cortísima distancia de la gruta, una breve esclamacion que resonó en medio de ellos les indicó que el montañés acudia en su ausilio. Ninguno lo vió ni lo sintió; ninguno supo comprender cómo aquel hombre intrépido en medio del tumulto de los elementos pudo sostenerlos y dirigir sus pasos; pero lo cierto es que á poco rato viageros y caballos estaban á salvo dentro de la gruta.

Ya era tiempo: Cornelia yacia sin sentido,

porque el frio la habia penetrado de una manera alarmante. Bernardo estaba todo magullado por su caida sobre las rocas y cubierto de una espesa capa de hielo: no era mejor el estado del tio Gonzalo, que apenas podia hacer un movimiento. A no dudarlo, un cuarto de hora despues habrian sido inútiles todos los socorros para cuantos salieran por la mañana de Vic-d'Essos.

El montañés que tan eminente servicio habia prestado á los caminantes, se hallaba allí tambien guarecido, aguardando que se apaciguára la borrasca. Cuando los tuvo todos en la gruta, reunió á toda prisa algunas ramas de pino esparcidas por el suelo y armó una escelente hoguera. En seguida, separándose á un lado como para no estorbar á los desconocidos con su presencia, ecsaminó con mudo asombro á los que salvara de una muerte segura.

Continuaba bramando la tempestad, pero el calor benéfico del fuego reanimó poco á poco á los viageros, y luego que Bernardo dirigió una mirada al cazador, dijo en voz baja al tio Gonzalo, ocupado en calentar las manos de su hija:

—Nuestro libertador es uno de los habitan-
tes republicanos del Valle de Andorra.

A pesar de su debilidad volvió el anciano l
cabeza, y advirtiendo el montañés que era ob
jeto de la atencion de sus huéspedes, se acerc
con dignidad y saludó cortésmente al tio Goza
lo y á Cornelia. Pero es de notar que ni siquie
ra se dignó honrar ál gitano y á Bernardo A
ric con una muestra de atencion, como si á su
ojos fueran criaturas de órden inferior. Er
un jóven de elevada estatura y gallarda pre
sencia. Caíanle sobre los hombros sus cabe
llos rubios y rizados naturalmente, adornand
un rostro varonil y hermoso: sus ojos, llen
de fuego, tenian toda la dignidad española
confirmada por su grave y magestuoso cont
nente. Su trage era rico y singular. Este tra
ge, que es el de todos los vecinos acomodado
do Andorra, ofrecia solamente dos colores qu
destacaban uno sobre otro, produciendo el efec
to mas pintoresco en medio de los ásperos paisa
ges de las montañas. El jóven cazador lleva
ba un largo gorro encarnado que le pendia po
un lado hasta la cadera. El chaleco, encarna
do tambien, dejaba ver una blanquísima cam

sa sujeta al cuello por un grueso alfiler de oro de forma singular. Encima del chaleco llevaba un chaqueton de paño verde, adornado de botones de cobre, obra de fábrica española; los ojales iban bordados de encarnado para que estuviesen siempre en contraste los dos colores nacionales. El calzon, verde como la chaqueta, era estrecho y sujeto á la cintura por un ancho boton de cuerno, y entre él y el chaleco asomaba la camisa, á la manera de los cortesanos de Luis XIII; pero como el trage que describimos es tradicional en Andorra tal vez desde Carlo-Magno, no se acusará ciertamente á aquellos sencillos republicanos de haber copiado las modas de los franceses. Llevaba por último el montañés grandes botines de cuero y alpargatas atadas sobre el empeine con cintas encarnada, cruzadas como las usan las mugeres. A mas del cuerno, de que tan buen uso hiciera, traia un zurron igual al de los cazadores de gamuzas, y para corroborar esta calidad habia dejado á la entrada de la gruta una magnífica cabra montés que el gitano observara ya dos ó tres veces con codicia.

Miró Gonzalo con curiosidad á aquel noble

representante de la gente montañesa, que guardaba silencio como si temiera hablar á un anciano antes de ser preguntado.

—Gracias os doy, amigo mio, dijo el tio Gonzalo estrechando cordialmente la mano del cazador; rendidas gracias en nombre de todos los presentes y en el mio por el servicio que acabais de prestarnos: á no ser por vos, quizá hubiéramos ya dejado de ecsistir en medio de esa terrible tormenta.

El habitante de Andorra alzó la cabeza con modestia y contestó en francés castizo y con voz tan dulce y reposada como sonora é imponente parecia antes:

—Escusadme, caballero; pero no acierto á comprender cómo un hombre como vos, que tiene esperiencia y cabellos grises, se haya atrevido á emprender un viage á las montañas en esta estacion, y sobre todo, en compañía de una señorita jóven y delicada.

—Merezco vuestra reconvencion, jóven, dijo el tio Gonzalo, pesaroso: en efecto he comprometido con mi imprudencia la vida de personas tan queridas, y sin embargo, añadió apuntando al gitano, que permanecia á la puerta de

la gruta en observacion, ese miserable me habia prometido conducirnos felizmente al Valle de Andorra.

—¡Al Valle de Andorra! repitió el cazador mirando con desprecio á Diego; ha mentido como un perro pagano cuando hizo esa promesa. ¡Santa María! ¿Es posible que no supiera, andando siempre en acecho como el lobo por nuestras montañas, que el puerto de Rat está intransitable? Os ha engañado á fé de cristiano, y os aconsejo que volvais piés atrás si no quereis hallar una muerte segura.

Y dirigió á Cornelia otra mirada penetrada del mas vivo interés.

—Eso que nos proponeis es imposible, respondió Gonzalo con tristeza: no podemos volver á Vic-d'Essos sin correr grandes peligros, y acaso la tormenta haya hecho tantos destrozos en el terreno que recorrimos está mañana como en el que nos falta atravesar.

Calló el andorrano y reflecsionó.

—Firme, dijo Bernardo al tio Gonzalo al oido: si alguno hay capaz de sacarnos de este berengenal es ese brioso montañés.

Alzó la cabeza el jóven y preguntó al tio Gonzalo:

—¿No habeis dicho que os dirigíais al Valle de Andorra?

El anciano hizo una señal afirmativa.

—¿Traeréis sin duda autorizacion del prefecto del Ariege para visitar nuestros dominios con las personas que os acompañan? Ruégoos que me enseñeis la autorizacion.

—No la tengo, respondió Gonzalo.

—Pues qué! replicó el cazador admirado: ¿ignorais que sin permiso de las autoridades francesas se os prohibirá la entrada en nuestros valles? ¿Ignorais que sin esta formalidad ningun estrangero puede residir en nuestro pais, ni aun atravesar por él?

El tio Gonzalo meneó la cabeza: era uno de esos seres obstinados é inflecsibles en sus resoluciones, cuya energía se aumentaba con las dificultades. Discurria el medio de salvar el obstáculo que se le oponia; pero Bernardo, que calcaculaba el valor de cada minuto, terció en la conversacion, diciendo al andorrano:

—Seguro estoy de que si quereis os será posible conducirnos á todos al Valle de Andorra

antes de que espire el dia. Por lo que respecta al pase ecsigido, me parece que habrá casos en que vuestro gobierno acalle su rigor, aquel, por ejemplo, en que viageros fatigados, sin amparo, se presenten á pedir un momento de hospitalidad: si así no fuese no abrigarian ni generosidad ni humanidad los corazones andorranos.

Bien habia calculado Bernardo el efecto que produciria despertando los sentimientos de nobleza nacional. El andorrano estuvo vacilante; pero al cabo, sin contestar al cagoth, volvióse á Gonzalo y le dijo cortésmente.

—Desearia seros útil, señor mio, pero no hay que pensar en penetrar en el Valle de Andorra, donde seríais mal recibidos: si consentís, os acompañaré al parage de donde habeis salido luego que se aplaque la tempestad.

—Cornelia va á morir si persistís en vuestro proyecto, murmuró Bernardo á Gonzalo: vedla que débil está!

La pobre niña, en efecto, desde su llegada á la gruta estaba sentada á la lumbre con la cabeza apoyada en las manos, sumida en un profundo embotamiento causado por el frio: el es-

pectáculo de los padecimientos de su hija querida bastó para vencer la obstinacion del viejo.

—Bien, dijo con pesar, volverémos á Vic-d'Essos, supuesto que es el único partido que nos queda.

Pero Cornelia, bien que no tomara parte en la conversacion, no habia perdido una palabra: el consentimiento de su padre acabó de disipar el embotamiento que la habia dominado y despertó como por encanto.

—Padre mio, dijo débilmente, no lo penseis sé que no podemos retroceder y no volveré atrás mientras me quede un soplo de vida.

Se levantó en seguida y dijo con modestia al cazador, que la contemplaba silencioso:

—Permitidme rehusar vuestra generosa proposicion, pero el servicio que nos habeis prestado nos impone el deber de depositar nuestra confianza en vos....Mi padre no puede permanecer en Francia sin correr grandes peligros, y yo preferiria pasar todo el invierno en esta ruta mejor que consentir en regresar á Vic-d'Essos.

Los primeros acentos de aquella voz dulce y suplicante admiraron al gallardo montañés,

pero las últimas palabras le hicieron estremecer.

—¡Cómo! esclamó, vuestro pabre es....

—Un emigrado político.

—Es una imprudencia confesarlo, murmuró Bernardo.

—Mi padre está proscrito, añadió Cornelia, mas animada; y ya que estais enterado de nuestro secreto, ¿á quién podemos pedir un asilo, sino á los habitantes de Andorra que nos han pintado tan buenos, tan generosos, tan hospitalarios? Mi padre es perseguido á causa de su ardiente amor á la libertad, y vuestros conciudadanos no pueden negarle amparo: engañados por nuestro guia, que tal vez nos armaba un lazo, ¿que será de nosotros en estas horrorosas soledades? No hablo por mí, y sin embargo, harto derecho tengo á vuestro interés y compasion por las fatigas y peligros que he arrostrado.

—Cornelia, esclamó el anciano, no te canses en instar á ese mancebo y pedirle una cosa que me parece imposible: estoy resuelto á volver á Vic-d'Essos, ó al menos á alguna aldea inmediata: harto os habeis espuesto por mí.

—No digais, padre mio, replicó la jóven con vehemencia, que teneis por imposible el viage; no digais que renunciais con gusto á visitar el valle, porque conozco lo bastante vuestra energía para persuadirme de que á estar solo no os detendrian los obstáculos. Estoy segura, continuó con lentitud y fijando una mirada de súplica en el cazador, que si este caballero quisiera prestarnos su apoyo y conducirnos por caminos que debe conocer....

Tan hechicera estaba en su actitud suplicante, que el andorrano, que la miraba estasiado, no pudo resistir á sus instancias. Una resoluciod repentina iluminó sus facciones, pero no se dirigió á Cornelia, pues el buen parecer le ordenaba entenderse con el padre, á quien dijo con nobleza:

—Quizá me acriminarán los ancianos de Andorra por haber contravenido á las costumbres y leyes de nuestros dominios, introduciendo estrangeros sin permiso de las autoridades francesas: empero aunque la ejecucion del proyecto es difícil, yo cargo con la responsabilidad. Si incurro en el enojo de los que me aventajan en sabiduría y esperiencia, me consolará el pen-

samiento de haber sido útil á vos y á vuestra hermosa hija.

Advirtió entonces el tio Gonzalo que su nuevo amigo se esplicaba con mas elegancia y finura de la que podia esperarse de un simple montañés, y al darle gracias por su buena voluntad, no pudo menos de manifestar su estrañeza: este cumplimiento lisongeó mucho el amor propio del cazador.

—Me llaman Isidoro Duba, dijo con orgullo, y pertenezco á una de las familias mas antiguas y mas ricas de Andorra. Como yo era el hijo segundo, me enviaron al seminario de Urgel para estudiar para cura. Pero la muerte de mi hermano mayor me puso á la cabeza de la casa: abandoné los estudios y vine á vivir con mi abuelo, el único pariente que me queda. Pero perdonad, añadió inclinándose; el tiempo vuela y es forzoso ver si podemos ponernos en camino.

Y sin mas, se encaminó á la entrada de la gruta para juzgar del grado de violencia de la tempestad. Apenas habia dado algunos pasos, se detuvo, y empuñando su carabina, dijo con z robusta:

—¡Arriba, señores; los enemigos se acercan!

Aun estaba hablando cuando dos individuos andrajosos y de malísima traza asomaron á la puerta de la gruta. Esta inesperada aparicion arrancó á Cornelia un grito penetrante: su padre y Bernardo se armaron precipitadamente de sus escopetas y se pusieron delante para defenderla.

—Que se ofrece? seguid vuestro camino, gritó Isidoro en lengua catalana, con el dedo apoyado en el gatillo.

Tan amenazadora acogida contuvo á los desconocidos, y no fué difícil reconocerlos como gitanos semejantes al que condujera á los viageros á aquel parage. Interpelaron en su idioma á Diego, quien durante la conversacion precedente estaba en acecho cerca de la entrada, y se armó entre ellos una viva discusion cuyo objeto no podian comprender los espectadores.

Terminada la conferencia se volvió el guia á los viageros, y dijo con acento suplicante:

—Señor, ¿es posible que así recibais á unos

infelices que han sufrido la tormenta, y que no piden mas que abrigo por un momento y un asiento junto al fuego?

—Miserable! esclamó Isidoro con desprecio, creeis que no adivino el motivo de la venida de esos *gépos* malditos? Pero juro por Santa María de Puigcerdá que si haceis el mas leve movimiento que me parezca sospechoso, os alojo una bala en la cabeza!

Salió fuera de la gruta para cerciorarse de que los dos gitanos no venian acompañados de ningun otro, y despues de un rápido ecsámen, dijo con dureza:

—Eh! adentro; descansad, calentaos y acaso os salga mejor la cuenta de lo que pensábais.

Obedecieron los gitanos con ademán humilde y respetuoso y fueron á acurrucarse junto al fuego. Realmente estaban transidos de frio y agobiados por la fatiga á pesar de su robusta organizacion: habian aguantado la tormenta desde que Diego les hiciera señales de inteligencia, y si en efecto abrigaban malas intenciones, no se hallaban por cierto entonces en estado de ponerlas en ejecucion. Todas estas

observaciones hacia el andorrano, mientras Diego, que por la misma razon de no tener sentimiento alguno religioso, estaba siempre dispuesto á tomar por testigos de sus méritos á Dios y á todos los santos, esclamaba con acento patético, alzando las manos al cielo:

—¡Dios de misericordia! ¿Un cristiano es capaz de decir tales cosas de un pobrecito gitano? Engañar yo á unos generosos viageros qne se encomiendan á Diego Bouru Belza cuando daria por ellos mi vida y mi parte del paraiso! Y todo, porque animado de la mejor buena fé rogué á dos compañeros que estuviesen cerca del puerto de Rat para prestar socorro si era menester! ¡Miren qué gran mal hubiera sido para los viageros gastar algunos escudos mas en recompensa de los servicios de mis pobres hermanos! Santa María que Malos son los hombres!

Isidoro, sin hacer caso de estas protestas hechas con toda la ecsageracion meridional, dió un puntapié á la cabra montés que yacia muerta, diciendo al mismo tiempo:

—Teneis hambre; necesitais cobrar fuerzas; comed, y despues os diré lo que habeis de hacer.

Esta liberal oferta fué acogida con un concierto de bendiciones: el mismo Diego interrumpió sus clamores para tomar parte en el regocijo de sus camaradas. Brillaron al punto cuchillos-puñales en las manos de los gitanos, y la cabra fué desollada, y despedazada con maravillosa destreza, dándose prisa cada uno de los vagabundos á colocar sobre las brasas lonjas de carne que devoraban medio crudas con insaciable apetito.

El andorrano dejó á los miserables entretenidos con las delicias del festin, y se acercó al grupo de viageros, que recobraran su actitud tranquila, enteramente fiados en la prudente esperiencia del jóven montañés: y estaban dispuestos á seguir ciegamente sus consejos.

—Señor mio, dijo Isidoro al tio Gonzalo; aunque temo que no animasen á esos mendigos muy sanas intenciones, me ha sido forzoso contemporizar, porque para concluir el viage necesitamos su ausilio. Acaso esté obstruido el camino, y hacen falta brazos que abran paso por la nieve. El cebo de una recompensa los inducirá á servirnos, y yo me encargo de vigilar sus

acciones; por vuestra parte cuidad de no soltar un momento la escopeta de la mano. Mientras nos vean armados nada tenemos que temer. Ahora os aconsejo que tomeis algun alimento, porque si no me engaño, la tempestad se aplaca y pronto podrémos partir.

El tio Gonzalo sacó algunas provisiones, y entretanto el andorrano ecsaminaba cuidadosamente los ojos y herraduras de los caballos; tranquilo sobre este punto fué á consultar el tiempo: caia la nieve en gruesos copos, pero el viento se habia apaciguado, y al cabo de algunos instantes creyó el montañéz llegada la ocasion favorable para partir. Al punto los gitanos, reanimados con el sustento y el descanso, se dispusieron á echar á andar, y el anciano, estrechando la mano del apuesto mancebo, dijo cordialmente:

—En vos fiamos, amigo mio; contad con mi agradecimiento si nos conducís sanos y salvos al Valle de Andorra.

Con muestras de altivez y casi de impaciencia acogió el montañés esta promesa implícita de un salario; pero una benévola mirada de Cor-

nelia deshizo estas señales de cólera, y despues de atar las bridas de los caballos á los arzones para que los ginetes no pudiesen estorbar el instinto de los animales queriendo guiarlos, rompió Isidoro la marcha, adelantándose á sondear el camino.

III.

Ençamináronse los viageros con precaucion hácia aquel terrible puerto donde se encajonara la tempestad pocos momentos antes; pero antes de penetrar mandó hacer alto el guía y ecsaminó detenidamente las localidades. Es tal el efecto de las mangas de nieves que cambian completamente el aspecto de las montañas; donde nuestros héroes columbraran abismos, hallaban masas enormes con toda la solidez aparente de los rocas vecinas: parecia variada la direccion del desfiladero, como si una mano

omnipotente hubiera trastornado en un mento la forma y situacion del suelo, siendo la ilusion, que los viageros no habrian reconocido los parages que acababan de atravesa

Largo rato observó Isidoro minuciosame cada particularidad de aquel inmenso caos.

—No es posible pasar el puerto, dijo al infaliblemente pereceriamos bajo las ava chas: irémos á buscar el *puerto de la Cab* tras el pico de Siguier.

Y señalaba una altísima montaña situad la izquierda de los caminantes.

—¿Durará mucho el viage por ese lado?

—Hay que atravesar torrentes, evitar lanchas, romper hielos, contestó Isidoro lac camente, y al fin puede que hallemos obstru tambien el puerto de la Cabaña.

—Animo, dijo Cornelia esforzándose sonreirse: mirad: añadió indicando á los g nos: esas gentes no tienen tanto que perder mo nosotros; y cantan y no se amedrentan!

En efecto, gozosos os vagabundos con ha llenado perfectamente la bartola y con la peranza de ganar algunos escudos, habian

menzado con sus voces roncas y guturales un concierto que estaba en armonía con la áspera rudeza del paisage. Pero el guía, temeroso de que la conmocion originada por sus ecos produjese la caida de alguna avalancha, les mandó callar.

Pasaron algunas horas en que la muerte, como la espada de Damocles, amenazaba sin cesar la ecsistencia de los personages de nuestra historia. Costeaban unas veces precipicios á cuyo fondo caian con gran estrépito las piedras despedidas por los caballos: otras se deslizaban, conteniendo la respiracion, por debajo de rocas que hubiera derribado el ala de un águila ó el pié de una gamuza: se acordaban con terror de que un soplo del terrible huracán, que por la mañana los detuviera, podia sorprenderlos en aquellas gargantas y arrebatarlos como menudas pajas; otras veces los piés de los caballos resonaban sobre puentes de nieve que podian hundirse de pronto y sepultarlos en alguno de los furiosos torrentes ó profundos lagos que abundan en aquellos desciertos. En mas de una ocasion, en fin, vió brillar Cornelia los

feroces ojos de un lobo, pronto á abalanzarse á ella.

Y de ella sin embargo se habia ocupado Isidoro casi esclusivamente en el peligroso tránsito. No habia perdido un instante de vista el pié de la mula que conducia á Cornelia, como no fuera para tantear la nieve á derecha é izquierda del camino. En los pasos difíciles la alentaba por lo bajo con voz dulce y afectuosa, reservando para la doncella sus atenciones respetuosas y mudas, cual si en la certidumbre de que esponia su vida á cada paso quisiese solo sacrificársela á ella.

Por lo demás, era ausiliado con gran sagacidad por los gitanos en sus deberes de guía: los infelices, miserablemente vestidos y espuestos á todo el rigor del frio, soportaban con alegría la fatiga y desempeñaban con celo el cargo de esploradores que les fuera encomendado. Ellos sí que no tenian otro sentimiento que el del peligro presente, pues quizá no fuera la inquietud la que arrugaba la frente de Isidoro al clavar en Cornelia una mirada furtiva.

Llegó por fin un momento en que los viageros pudieron descansar algun tanto de las fati-

gas pasadas y animarse para las venideras. Desde por la mañana no habian visto mas que montañas áridas, cubiertas de hielo y nieves, y un cielo opaco siempre, y no oyeron otro ruido que el silbido del viento en los pelados picos. De repente, cuando llegaron á un elevado puesto, se ofreció á sus ojos un espectáculo tan magnífico como inesperado: por la separacion de dos rocas que formaban en este lado la última barrera de la cadena pireneana pudieron dirigir sus miradas á la llanura, y gozar de esos maravillosos contrastes tan frecuentes en las regiones montañosas: Mientras la nieve caia en silenciosos copos y en su derredor estaba la naturaleza cada vez mas lúgubre y amenazadora, divisaron por entre una nube un risueño valle iluminado por el hermoso sol de Poniente. El invierno, que ejercia sus estragos en las regiones susperiores, no habia bajado aún á aquel afortunado pais: era la tibia, la brilante España vista desde los desiertos de Noruega. Allí las pendientes estaban aún cubiertas de verdura y entre bosquecillos de castaños se elevaban deliciosas casitas doradas por los rayos del astro del dia. Tan límpido era el aire, que se

imaginaba poder distinguir el sonido de los cuernos y los mugidos de los ganados que se veian por el llano: las nubes que pesaban sobre las montañas no iban nunca á manchar el puro cielo de aquel paraiso terrestre y escepto algunas nubecillas rosadas que vagaban á la ventura por el éter del valle, las demás permanecian encadenadas en la mansion de las tempestades.

Absortos de admiracion se detuvieron los viageros.

—Nos hemos salvado, esclamó el tio Gonzalo con infantil regocijo. El Ser Supremo no ha querido que mi imprudencia costara tan cara como esperaba.

Se apeó del caballo, y enagenado fué á abrazar á su hija: Cornelia, que desde la salida de la gruta cayera en un estado peligroso de postracion y debilidad, se reanimó algun tanto y se sonrió, indicando á Isidoro, quien de pié apoyado en su baston de camino contemplaba el pais natal.

—Dad gracias al que nos ha salvado, padre mio, dijo haciendo un esfuerzo. A no ser su

valor y generosidad, éramos perdidos. Querido padre ¿que le daréis en recompensa?

— ¡Ya lo pensarémos, hija mia. Pero mírale qué pensativo está!

Con efecto, aunque el mágico cuadro habia ya desaparecido tras el espeso cortinage de nubes, Isidoro permanecia en el mismo puesto, silencioso y absorto en profundas reflecsiones.

—¿En qué estais pensando, buen amigo? le preguntó Gonzalo familiarmente, apoyándole la mano en el hombro.

Volvióse el andorrano como por instinto para repeler tal familiaridad; pero viendo al anciano, tomó su espresiva cara un aspecto meláncolico y contestó lentamente:

—Miraba la casa donde he nacido, y pensaba que mi abuelo, que pasa de los cien años, ecsaminará desde allá bajo la montaña que ocupamos, temiendo que haya yo perecido en la tormenta; pienso en que en este momento una doncella, mi desposada, estará á su lado recorriendo el rosario para que sea feliz mi cacería y pronto el regreso.

—¿Vuestra desposada? interrumpió Cornelia: segun eso, vais á casaros?

Con los ojos fijos en tierra quedó el montañés inmóbil, sin contestar.

—¿Y así os separais de vuestra futura esposa para esponeros á los riesgos de una caza? preguntó el tio Gonzalo con maliciosa intencion.

Tampoco contestó Isidoro en seguida; pero poco á poco dijo á media voz:

—Es que.... ¡no la amo!

Y casi al mismo tiempo añadió variando el tono para mudar de conversacion:

—Ea, señores, en marcha: el peligro ha disminuido, pero no cesado: la noche se nos echa encima á toda prisa, y hay pasos muy arriesgados antes de bajar al valle. Se os figura que ya estamos salvos, y yo diera un hermoso cirio á Nuestra Señora de Heas porque nos hallásemos á estas horas en casa de mi abuelo el ilustre Beltran Duba, á quien Dios proteja!

Un ruido repentino que sonó en ese momento sobre sus cabezas vino á confirmar sus recelos: temió Isidoro que fuese una avalancha, y divisó con efecto una cosa que botaba de roca en roca entre un torbellino de nieve: pero no

era una avalancha, sino un enorme fardo perfectamente envuelto en tela fuerte, y rodeado de gruesas cuerdas que no pudieran romperse en el camino.

Para comprender este incidente es preciso saber que los contrabandistas del Pirineo acostumbran para burlar la vigilancia de los aduaneros trepar á una elevada montaña con las mercancías que tratan de introducir, y puestos en la cumbre sueltan los fardos por la pendiente abajo, cuidando de tener corresponsales que los recojan y trasladen á parage seguro. A este ilícito comercio pertenecia el lio aparecido inesperadamente, y á pesar de que Isidoro no columbraba en la cumbre ni en el valle cercano á los propietarios de los géneros, adivinó lo que habia sobre el particular.

—Los que están en la cima, dijo sonriéndose, nos habrán equivocado con sus camaradas, porque no pueden suponer que haya viageros que transiten en esta estacion. Alejémonos pronto y dejémoslos que evacuen sus negocios, porque no es nada prudente permanecer cerca del fardo, que de aquí á un cuarto de hora no estará ahí ciertamente.

Pronunciadas estas palabras, que revelaban toda la tolerancia de los habitantes limítrofes de la frontera con los contrabandistas, aguijó á los caballos con una breve esclamacion, y la pequeña caravana se dirigió con toda la rapidez posible hácia una cuesta que bajaba á Andorra.

Pero si Isidoro y los caminantes encomendados á su cuidado veian en aquel incidente una razon para alejarse mas aprisa, no así los tres gitanos, que miraban semejante encuentro como un obsequio de la fortuna. El carácter aventurero y rapaz que los distingue se despertó en el momento en que la casualidad ofrecia á su disposicion la propiedad de otro. No se dijeron nada, pero se miraron con intencion, y Diego se quedó atrás mientras el resto de la comitiva bajaba ya por la pendiente opuesta.

Ora sea que las dificultades del camino concentrasen toda la atencion de Isidoro, ora que el montañés estuviese realmente absorto en pensamientos secretos cada vez mas melancólicos, pudo el gitano ejecutar su proyecto sin desper-

tar sospechas, y así que la caravana desapareció enteramente, volvió corriendo hácia el fardo, que consideraba como presa segura.

Una rápida ojeada le enteró de que ningun contrabandista asomaba aún, y lleno de confianza sacó del cinto las enormes tijeras, y con maravillosa destreza abrió una larga brecha en la tela é introdujo ambas manos, que sacó llenas de tabaco y otras mercancías.

Pero al mismo tiempo vibró detrás de él una esclamacion terrible, sonó un tiro y cayó el gitano gravemente herido. Su fortuna quiso que estuviese inclinado sobre el fardo y doblada la cabeza, pues la bala del contrabandista jamás yerra la puntería.

A los gritos del herido, y sobre todo, á la esplosion repetida por los ecos de las montañas, se detuvo Isidoro y esclamó:

—¡No está con nosotros ese miserable mendigo! ¡acaba de suceder alguna desgracia!

Y mientras los caminantes volvian grupas para enterarse de lo ocurrido, el jóven andorrano subió rápidamente á la cumbre de la roca. Diego, ensangrentado, acababa de incorporar-

se, y suplicaba á un robusto montañés que le hiciese merced de la vida. Pero el contrabandista se acercaba con la culata enarbolada para rematarle.

—¡Michael! hijo del demonio! gritó Isidoro con voz vigorosa, deja á ese infeliz, que harto castigado está: déjale, que está bajo mi salvaguardia.

El feroz Michael miró á Isidoro, y continuó marchando hácia el pobre Diego, que invocaba segun costumbre á todos los santos del paraiso.

—Te repito que está bajo mi salvaguardia, volvió á decirle Isidoro con mas ahinco.

Pero como no se detuviese el contrabandista, sonó otro tiro, y Michael, herido en la mano, soltó la carabina con que amenazaba á Diego.

—He querido no mas darle una leccion, dijo Isidoro; sabes que podia matarte.

A pesar de su herida, iba Michael á lanzarse sobre él, pero la aparicion de los demás viageros le contuvo. Recogió la carabina, y corrió á la roca ecshalando espantosas amenazas en lengua catalana.

No se entretuvo Isidoro en dar esplicaciones

á sus compañeros: mandó á los gitanos colocar á su camarada sobre el caballo de Bernardo, quien se prestó gustoso, y dijo precipitadamente. cargando de nuevo su arma:

—¡Huyamos de aquí! Michael Moro no se chancea, y si acuden sus patirdarios ¡ay de nosotros!

IV.

Entre los dos grandes reinos de España y Francia, en un fértil y delicioso valle, escíste una corta poblacion de diez á doce mil almas lo mas, organizada en república diez siglos hace, y que á través de la barbárie feudal, á través de las revoluciones de los pueblos que con ella lindan, ha sabido conservar sus costumbres, sus ideas, su lenguaje y su organizacion civil, política y religiosa, sin alteracion ni mezcla: esta poblacion es la del Valle de Andorra.

Situado entre montañas inaccésibles una con-

siderable parte del año, separado de las dos grandes vías de comunicacion entre España y Francia, fuera del paso de los ejércitos invasores, se ha librado ese pais de toda influencia estraña, así por su posicion geográfica, como por la enérgica voluntad de sus sencillos y rústicos habitantes. Como es pobre y habitado casi esclusivamente por labradores y ganaderos, no ha sentido el aguijon de la ambicion y la codicia. Estas circunstancias hacen que la república de Andorra presente á las civilizaciones modernas el estraño ejemplo de una sociedad *anti-feudal* estacionaria miles de años, y que como una medalla perfectamente conservada ha llegado á nuestros dias con todo su relieve y su leyenda entera.

Para hallar el orígen de esta república, es preciso remontarse hasta Carlo-Magno y su hijo Luís el Bondadoso. Carlo-Magno, segun cuentan, para recompensar á los andorranos de los servicios que le prestaron ayudándole á vencer á los moros en el valle de Carol, los hizo libres, y les permitió gobernarse por medio de la administracion municipal. Luis el Bondadoso, á quien los andorranos denominan el *Pia-*

doso, confirmó los privilegios, y desde entonces los *valles y soberanías de Andorra* no tienen otro código de leyes que las ordenanzas de su primer fundador. Todos estos recuerdos históricos se mantienen frescos en Andorra: los montañeses citan á *Car-le-Grand y Ledwigh-le-Piou* como reyes muertos pocos años hace, y puede comprobarse que en la fidelidad de sus tradiciones locales han conservado fuera de una ligera alteracion (Led-Wigh por Hlod-Wigh) la antigua ortografía de los nombres de sus bienhechores. No se les hable de los demás reyes célebres de España y Francia; no los conocen, y el nombre de Napoleon es quizá el único que han retenido entre esa multitud de nombres esclarecidos que resonaban en torno suyo.

Es, pues, evidente que desde su orígen este pequeño Estado debió buscar la proteccion de las potencias vecinas para resistir las agresiones, en lo cual consistia su mayor peligro, pues á cada paso estaba en riesgo de ser tragado por la Francia ó por la España. Somerterse esclusivamente al patrocinio de una ú otra, era perderse; pero los diplomáticos de la república

en miniatura hallaron pronto un medio de resolver la dificultad, y fué dividir en dos partes la influencia que deseaban otorgar á sus peligrosos amigos: á la España tocó la influencia espiritual, representada por el obispo de Urgel; á la Francia la influencia temporal, representada en su orígen por los condes de Foix. Estas dos influencias debian contrarestarse y destruirse mútuamente, de modo que ni una ni otra resultase tiránica para los astutos andorranos.

Con efecto, el cálculo fué escelente, y el equilibrio se ha mantenido hasta nuestros dias. Si por una parte la república paga el diezmo de sus rentas al obispo de Urgel, siendo en recompensa enseñada, predicada y catequizada, por otra la Francia da á Andorra un veguer ó dreboste del departamento del Ariege, que ejerce sobre el territorio de la república ciertas atribuciones judiciales y militares, teniendo la república en pago el derecho de estraer de Francia todos los artículos de que necesite sin pagar aduanas. Pero en cuanto á la esencia del gobierno de Andorra, no pertenece al preboste francés, ni al obispo español, sino que es at

bucion esclusiva de un consejo soberano, compuesto de doce individuos, nombrados de por vida por las seis comunidades de Andorra, consejo que es demasiado celoso de su autoridad para dejarse usurpar un ápice de ella.

En la época de nuestra historia, mientras escistia la mas viva fermentacion en las provincias meridionales de la Francia por la guerra de los Pirineos, no habia sentido conmocion alguna en medio del gran trastorno político que se verificaba al otro lado de las montañas. Apenas penetrara en aquel cencillo pueblo de hacendados y pastores el rumor de las mudanzas de dinastías y de las grandes luchas del imperio; á pesar de su aficion á las ideas añejas y anticuados principios de la monarquía francesa, habian aceptado los beneficios de Napoleon.

Por un decreto dado en 1809 les restableció el emperador su antigua constitucion, cuyo efecto fuera interrumpido algun tiempo por la renuncia de la convencion á los derechos feudales de la Francia sobre Andorra; por esto, no teniendo nada que temer del partido triunfante, cualquiera que este fuese, los venturososos andorranos escuchaban como un eco distante y

con la misma curiosidad que tienen por las antiguas leyendas de sus rocas, la narracion mas ó menos fiel que llegaba á sus oidos de los sucesos europeos. Hasta que la necesidad los obligó á tomar las armas (en la guerra de los Pirineos) habian pasado la misma vida inocente y patriarcal de sus padres y antepasados, sin ambicion, sin temor y sin pesar.

La aldea que los viageros divisaran desde las montañas estaba sita á orillas de un torrente en una situacion pintoresca y graciosa, y compuesta de elegantes casitas de mármol techadas de pizarra. La nieve de los Pirineos no habia cubierto aún la alfombra de verdura que ornaba el valle; pero la brisa fresca que se levanta á la caida de la tarde, impulsaba á los pastores á acelerar el paso, arrebujándose en sus largas capas blancas. Los ladridos de los perros, los mugidos de las béstias, las campanillas de los mansos, las bocinas y chiflatos de los pastores anunciaban desde lejos la aprocsimacion de los ganados, y todos aquellos clamores, oidos á cierta distancia, formaban una armonía salvage muy acorde ciertamente con las gigantescas formas de los Pirineos, la me-

lancolia de la tarde y la solemnidad general de paisage.

La mayor parte de las caravanas se dirigia á una habitacion mas notable que las otras por el número y estension de sus dependencias. Esta mansion, hecha tambien de mármol sin trabajar, se componia principalmente de granjas y establos dominados por un cuerpo de edificio mas notable donde se alojaban los amos de la propiedad. En un nicho, cerca de la entrada principal, habia una virgencita de madera adornada con flores silvestres, que saludaban los pastores respetuosamente quitándose los sombreros que llevaban encima de los gorros encarnados. Todos, desde el último criado hasta los gefes de los rebaños, se encaminaban á la sala comun para satisfacer el hambre en presencia de su señor, y dar cuenta de las novedades del dia.

La sala que ocupaba casi todo el piso bajo del edificio principal, presentaba en aquel momento un cuadro magnífico por su sencilla antigüedad, admirable porque recordaba los tiempos de los patriarcas y las costumbres primitivas de los pueblos pastores. Ningun adorno

ocupaba las paredes, ennegrecidas por el humo, como se esceptúen algunas groseras imágenes de vírgenes y santos, tan negros como las paredes. Las rasgadas ventanas, provistas de vidrios de cuerno semi-transparente, no daban paso ya á la luz del crepúsculo, suplida por algunas teas de resina que ardian diseminadas sobre los muebles, de antiguas y estrañas formas, pero todas las teas despedian menos resplandor que un pino tendido en la inmensa chimenea, y cuya llama poderosa subia hasta los techos de la casa. A favor de tan brillante claridad podíase distinguir una larga mesa de encina que ocupaba todo el centro del salon y estaba rodeada de bancos de madera ocupados ya por muchos de los diarios comensales. Servíanseles en platos de barro las galletas de maiz, que son el alimento favorito de los montañeses: un poco de puerco salado, queso fresco y cántaros de vino que se vaciaban en anchurosas copas de madera, completaban el frugal banquete.

A medida que la noche oscurecia, era mas crecida y bulliciosa la concurrencia: así que llegaban los pastores se despojaban de sus tu-

pidas capas blancas, quedando con el bizarro trage que ya hemos descrito, y cuya variedad hacia bonita vista. En seguida iban á besar respetuosamente la mano de un anciano de larga barba blanca, sentado en un sitial de madera inmediato á la chimenea, y recibian de su boca los elogios y reprensiones que habian merecido por su comportamiento del dia: el anciano se espresaba con tono dulce y paternal en idioma catalán, ora prodigase alabanzas ó vituperios, y cada cual le escuchaba sumiso y respetuoso. Cumplido este deber, iba el recien llegado á tomar asiento sobre un banquillo de madera prócsimo á la lumbre para secar las alpargatas, impregnadas de nieve, ó reclamar inmediatamente su parte en la pitanza comun, según fuera mas urgente el hambre ó el frio.

El magestuoso anciano á quien todos los presentes manifestaban tanta veneracion, era Beltran Duba, abuelo, tutor y casi único pariente de Isidoro. Ya sabemos que cuenta mas de un siglo, y sin embargo, apenas está doblado su talle, ni padece los achaques inherentes á la vejez. A mas de los numerosos rebaños que poseia, y que formaban una for-

tuna considerable, era el decano de los individuos del consejo de Andorra despues de haber sido largo tiempo síndico de la república, primer cargo del Estado despues de los dos prebostes. Pero lo que daba sobre todo alta importancia á Duba y su familia, era que él y sus descendientes heredaban un antiquísimo derecho feudal cuyo orígen es el siguiente, segun la tradicion.

Dijimos que Carlo-Magno hizo libres á los andorranos en recompensa de los servicios que le prestaron en la guerra contra los moros de España; pero entonces no se hacia semejante concesion sin algunas restricciones de parte del que la otorgaba. Así pues, Carlo-Magno se habia reservado el diezmo de todas las rentas de Andorra, diezmo que lleva aun hoy el nombre de derecho *carlovingio.* Luis el Bondadoso, despues de otra campaña contra los moros, trasladó parte de los diezmos á Sisebo, obispo de Urgel, y á sus sucesores en la sede episcopal, con el objeto de reedificar y sostener la catedral de Urgel, que fuera destruida por los sarracenos, y desde aquella época hasta nuestros dias se ha pagado esactamente á los

obispos esta parte del *derecho carlovingio*. El resto de los diezmos los cedió el emperador á un andorrano que le sirviera fielmente en las guerras contra Waifer, estando en pacífica posesion de este rédito feudal los herederos del valiente andorrano despues de mas de novecientos años.

Beltran Duba y su nieto Isidoro descendian en línea recta del esforzado compañero de Luis el Bondadoso; y el Centenario, como gefe de la familia, era el único poseedor del *derecho carlovingio*. Concíbese de cuánta importancia seria un orígen tan remoto en un pais feudal en su esencia, á pesar de las instituciones republicanas; y en efecto, no hay en Europa familia de estirpe real que pueda presentar una série tan larga de abuelos como aquellos humildes montañeses.

Tambien es cierto que en todo el territorio de Andorra no hay hombre mas querido y respetado que el ilustre Duba, título que se dá á los síndicos de Andorra. Los profundos pesares que padeciera viendo morir uno tras otro á su hijo único y su nieto mayor, hermano de Isidoro, habian prestado nueva poesía á la

que ya cercaba al Néstor de la montaña, procediendo la veneracion de que era objeto, de aquellas cuatro causas tan sagradas para todos los hombres: la riqueza, la edad, la nobleza y la desgracia.

Este personage, á pesar de su eminente dignidad, no vestia con mas suntuosidad que el último de sus pastores. Envolvíale un leviton de paño del pais y unas medias y zapatos gruesos sustituian á las alpargatas y polainas de los demás. Tampoco ostentaban sus facciones esa espresion de petulancia y superioridad que distingue el semblante de un señor enmedio de sus servidores. En su fisonomía dulce y serena, si bien algo tostada por el sol, no se veia pintada sino grata y tranquila apatía; la sonrisa parecia natural en sus lábios; empero en las líneas numerosas y profundas arrugas de su rostro, así se revelaban las huellas del dolor como las del tiempo.

Dividia en el momento que vamos hablando su atencion entre la muchedumbre de dependientes y una lindísima muchacha que sentada á sus piés en un taburete, hilaba y charlaba con aquella vivacidad y aun importunidad propias

de un niño mimado. Y sin embargo, no era hija del anciano la graciosa montañesa, que auque le llamaba padre, solo era la desposada de Isidoro. Imposible seria imiginar un tipo femenino mas bello de la gente montañesa. Rúbia, lozana, esbelta, tal era María: la naturaleza sola se habia encargado de adornarla con todas las hermosas proporciones que constituyen la belleza, y sin embargo, su esmerado trage revelaba inocente coqueteria.

El verde y el encarnado son los colores nacionales de los andorranos, y en la vestimenta de hombres y mugeres deben disponerse estos colores de modo que alternen y destaquen uno sobre otro. Llevaba la muchacha en el vértice de la cabeza un birretito de paño verde escesivamente justo, en derredor del cual se escapaba una rica cabellera rúbia en abundantes rizos. Debajo del birrete una ligera toca de tul, cuyas puntas flotaban con gracia sobre las sienes, guarnecia el travieso rostro de la linda María. Un corpiño encarnado ajustaba su talle con tanta ecsactitud como el corsé de una coqueta, y por una escotadura cuadrada que en el pecho tenia, descubria la camisa, sujeta cer-

ca de la garganta por un alfiler de brillantes. La saya verde, muy ancha y con numerosos y apretados pliegues, era bastante corta para no disimular dos bien torneadas piernas cuyas medias encarnadas estaban perfectamente estiradas.

Fijaba el anciano en ella de vez en cuando una mirada complacida, y escuchaba sonriéndose las preguntas y respuestas que hacia la doncella sin cesar. Otra muger de edad provecta, y cubierta la cabeza con el velo blanco que designa á las viudas, hilaba al otro lado de la chimenea, y escuchaba con menos indulgencia aquella cháchara, que intentaba reprimir con severas miradas. María callaba un momento porque aquella muger era su madre; pero á poco miraba al benévolo Beltran en ademán tan suplicante, que este pronunciaba algunas palabras sonriéndose por dar á la muchacha ocasion de contestar.

Entretanto habian entrado ya todos los pastores, escepto uno que el anciano buscaba con los ojos, y sin contestar á María, que precisamente en aquel momento le interrogaba, preguntó con voz fuerte:

—¿Sabe alguno de vosotros dónde está Juan el Rúbio? ¿Por qué no ha venido aún?

Al escuchar esta voz quedó la sala sumida en el mas profundo silencio, y un andorrano que por el saco de sal colgado al hombro debia ser gefe de rebaño, se levantó y contestó con respeto:

—Ilustre Duba, Juan el Rúbio ha llevado hoy su ganado hácia las montañas de Rialp en la frontera francesa: la tempestad le habrá detenido sin duda.

El anciano hizo un movimiento como para darle gracias, y murmuró con tristeza miéntras el pastor atacaba de nuevo su pitanza.

—¡Sí! ¡sí! en la montaña ha habido una gran tempestad: todo el dia he estado viendo arremolinarse las nubes sobre el pico de Siguier. ¡Apiádese el cielo de los que hayan sido sorprendidos por la avalancha!

Ahogó un suspiro, y aparentó una tranquilidad que no tenia. Pero la doncella, que no perdia el menor de sus movimientos, advirtió que el anciano queria encubrir alguna inquietud secreta, y preguntó con precipitacion:

—¡Padre! ¿Creeis que la tormenta haya sorprendido á Isidoro?

—Niña, dijo el anciano pasando ligeramente un dedo por la lozana mejilla de María; ¿crees que Isidoro no sabe prever una tormenta antes que llegue y precaverse cuando la tiene encima? No, no temo que le haya sucedido alguna desgracia; lo que sí es probable es que por causa de la tempestad no vuelva esta noche como esperábamos.

Dió vuelta al huso María, y comenzó á hilar entristecida.

—Tres dias hace que salió á caza Isidoro, dijo su madre con gravedad; y en mis tiempos no se vió jamás que un novio se apartase tres dias de su novia por correr tras los gamos y cervatos...... Santiago protege á vuestro nieto, ilustre Beltran, pero mucho me temo que intente hacer una injuria á mi hija porque soy una pobre viuda incapaz de defenderla.

El anciano Duba contempló silencioso á la madre de María, como para cerciorarse si espresaba una opinion fundada; ó solamente sospechas vagas y pasageras.

—Escuchad, Antonia, contestó con severa dignidad; ni Isidoro ni yo os dimos jamás derecho para juzgarnos tan mal, y me parece que habríais debido reflecsionar, como conviene á una muger de vuestros años, antes de pronunciar esas palabras. ¿Olvidais que nuestra familia es la mas pura, la mas fiel á sus juramentos que ecsiste en todos los dominios de Andorra? ¿Olvidais que un Duba, el descendiente en línea recta del favorito de Ledwig el Piadoso es incapaz de faltar á una promesa sagrada? Nuestros hijos están desposados y se casarán: no lo dudeis... y me parece que nadie tiene derecho para dudar lo que afirma Beltran Duba....

Respiraban tanta magestad la mirada, el gesto, la inflecsion de voz del centenario, que otro que no fuera una madre no se habria atrevido á replicar. Pero Antonia Belsamet escuchó impasible y replicó moviendo la cabeza:

—Bien sé, ilustre Beltran, que nadie desea tanto como vos este enlace. Si vuestro nieto es el jóven mas rico y mas noble de la comarca, tambien mi hija pertenece á una familia de cónsules: llevará un hermoso dote en pastos y re-

baños, y de esta union resultarán ventajas para entrambas familias. Digo sin embargo que seria muy posible hallar un novio mas amante, mas prendado de María. Abandonar así á su novia por irse á perseguir fieras, es despreciarla, y por último, si quereis que me esplique francamente, ilustre Duba, creo que vuestro nieto sabe mas de lo que debiera un montañés: es tan instruido como un vicario, y se ocupa en cosas que no deberia conocer un sencillo habitante de Andorra. A fé que no vivian así sus padres; vivian en nuestros valles sin acordarse de lo que se hacia al otro lado de las montañas; y con pretesto de la caza apostaria á que vuestro Isidoro ha pasado la frontera por ver á esos franceses que tanto le gustan. Mal haya si no parece al ver su aficion á hablar su idioma y seguir sus costumbres, que le pesa haber nacido en nuestra hermosa pátria.

Algo de esacto encerraban estas reconvenciones de buena patriota y madre celosa, porque escuchando á la viuda asomó en las facciones del anciano la espresion del pesar. Repuso sin embargo con la misma autoridad que antes:

—Antonia Belsamet, olvidais hablando de mi nieto de esa suerte, el respeto que debeis á mi edad y á mi nombre. ¿Quién os ha nombrado juez entre él y su pátria? Aun cuando fuese mas instruido que lo han sido nuestros padres ¿hay razon para que desprecie á Andorra y no se plegue á sus usos? Yo, Antonia, yo que os hablo, ¿no fuí á Paris á llevar al gran Napoleon la espuela de plata que nuestra república regala á cada nuevo soberano de la Francia? ¿y me mudé por eso? ¿Hay un andorrano mas fiel que yo á nuestras costumbres, á nuestras montañas? Belsamet, pertenecemos á la casa mas antigua, y no olvidará Isidoro que es un Duba el heredero del derecho carlovingio. Repito, pues, que es hacernos un ultrage dudar de nuestras promesas!...... Isidoro se casará con vuestra hija y adoptará el apellido de Duba Belsamet, porpue María é Isidoro son los únicos vástagos de sus familias. Entonces, como casado, podrá aspirar mi nieto á los cargos públicos: será individuo del ilustrísimo consejo soberano, y baile, y síndico, y veguer quizá: entonces veréis si le sirven esos conocimientos que ahora le imputais como un delito.

Mientras revelaba estas que eran sus mas lisongeras esperanzas, habíase animado la frente del anciano; una sonrisa de orgullo surcó sus labios, y prosiguió con tono menos solemne despues de un instante de silencio:

—¿Y por qué, Antonia, se ha de negar mi nieto á consumar este matrimonio? ¿No es vuestra hija la más bella, la mas virtuosa y la mas rica de nuestros pueblos? Estad segura de que si Isidoro la distinguió entre todas las demás, es porque desea hacerla su esposa, por que la ama!

—Jamás me lo ha dicho, interrumpió con infantil viveza la doncella, que no perdiera ni una sola palabra de la conferencia.

—Pues yo os lo digo por él, respondió el anciano riendo.

—¡Ah! No es lo mismo, murmuró María con sentimiento.

—Además, continuó Duba, dirigiéndose á la viuda y bajando la voz; ¿no sabeis por qué he permitido á Isidoro que se ausente tanto tiempo con pretesto de una cacería? Porque he adivinado su proyecto. Queria sin duda ir á Francia....

—Eso mismo creo yo, dijo la anciana Belsamet con su ordinaria cachaza.

—Sí; queria llegar á Vic-d'Essos, ó al menos hasta Anzat, para comprar á escondidas las galas de boda para su novia.

En poco estuvo que no rodase el huso de María hasta la hoguera sin que ella lo advirtiese, pues esclamó enagenada y batiendo las palmas con inocente regocijo:

—¿De veras, padre? y ¿me traerá Isidoro cintas y telas bonitas?

Mientras su madre le reprendia por lo bajo y el anciano la miraba complacido y gozoso, sonaron á lo lejos algunos tiros. Duba prestó atencion con inquietud.

—Son sin duda los contrabandistas y los aduaneros que se están batiendo, dijo la viuda con indiferencia.

—No; el ruido suena muy cerca: escuchad.

Oyóse el sonido de un cuerno de caza, pero tan débil, tan vago, que apenas se le podia distinguir del silbido del viento entre los pinos del valle. No obstante, los pastores, que á ejemplo de su señor escucharon con interés, no se equivocaron.

—Es Juan el Rúbio que vuelve de la montaña, dijo uno de ellos.

Otra esplosion mayor de armas de fuego ahogó sus palabras.

—¿Habrá armado quimera Juan el Rúbio con los contrabandistas? dijo con ansiedad el centenario, que apreciaba tanto la vida del último de sus servidores, como la suya propia: es preciso correr á socorrerle.

Inmediatamente se armaron algunos pastores de carabinas, y antes de que atravesasen de nuevo el umbral de la puerta, se oyó de nuevo el cuerno, pero clara y distintamente, no siendo difícil adivinar que el aliento que le hacia vibrar salia de un pecho mas robusto que la primera vez. El anciano se puso pálido.

—¡Es Isidoro, esclamó con voz tonante, y necesita ausilio! No le he oido tocar así desde el dia en que vió caer á Pedro en un precipicio de la Pla. Pronto, amigos mios, corred á socorrerle!

Lanzáronse á los campos velozmente los andorranos armados, cual si les diera alas el peligro que corria su señorito. Tomaron algunas

ramas de pinos que ardian en el hogar, y que por su calidad resinosa sirven de teas ordinariamente, y en pocos minutos vióseles correr como fuegos fátuos en medio de la oscuridad y en la direccion que les indicaba el cuerno de caza y los tiros que sonaban de cuando en cuando.

Beltran Duba se habia situado en la puerta de la habitacion con María y la viuda, únicas personas que quedaban en la sala comun, atestada un momento antes de pastores y criados. Escuchaba el anciano con avidez, y seguia con la vista las luces de su gente. Antonia Belsamet hilaba con imperturbable calma, y la desposada de Isidoro temblaba de miedo y de frio aguardando un suceso inesperado.

Todos tres estaban silenciosos, tanto para no perder el menor rumor, como para no comunicarse sospechas aflictivas. Al cabo de un rato óyeron alegres aclamaciones, prueba de que los pastores habian alcanzado á los viageros.

—Ya vienen, dijo el anciano ecshalando un suspiro largo tiempo comprimido; ¡ya no peligrará nuestro querido Isidoro! Entremos, Belsamet; entrad María. No conviene que nos

halle aguardándole en el dintel ese hijo cruel, que mucho me temo se haya hecho acreedor á nuestras justas reconvenciones por jugar con el peligro.

Volviéronse al salon, y mientras la viuda atizaba el fuego, murmuró María con vóz suplicante al oido de Duba:

—¡Por Dios, abuelito, ilustre Beltran, no le riñais si no le ha sucedido alguna desgracia!

Iba á contestar el anciano, cuando se detuvo á la puerta una numerosa cuadrilla, y casi al mismo tiempo penetraron los pastores con estrépito en la sala, diciendo todos á coro, como si cada cual quisiese ser el primero en dar una buena noticia:

—Ilustre Duba, ahí está vuestro nieto Isidoro. Viene bueno y trae huéspedes. Los contrabandistas no se han metido con él.

Acalló el anciano con un gesto este bullicioso celo, se levantó y dió algunos pasos para salir al encuntro de los anunciados huéspedes: al mismo tiempo abrió paso la muchedumbre agolpada á la puerta, y entraron dos desconocidos que sostenian en sus brazos un tercero

cubierto de sangre: cuando este grupo llegó á la parte mas alumbrada de la sala, vióse que eran los gitanos.

Sin duda los andorranos que salieron al encuentro de los viageros no habian podido, en medio de la oscuridad, enterarse de la clase de las personas socorridas; pero al ver sus facciones y sus atavíos tan conocidos y tan ecsagerados, lanzaron un grito los circunstantes, y retrocedieron con disgusto haciendo repetidas veces la señal de la cruz.

—¡Gitanos, gépos malditos, esclamaron todos.

Acercóse María á su madre y besó con fervor un escapulario que preservaba de los maleficios, mientras una amarga sonrisa arrugaba los lábios de la viuda y Beltran aguardaba con dignidad á que le esplicasen aquel misterio.

Entretanto Diego Cabeza Negra, á quien sus camaradas colocaron sobre un banco en mitad de la sala, decia en lengua catalana en tono suplicante:

—Compadeceos de nosotros, respetables andorranos; no somos vagabundos; tenemos un

oficio y adoramos á Jesucristo y al bendito San Miguel como vosotros!

En el curso de estas lamentaciones, que solo obtuvieron señales de rencor y menosprecio, aparecieron en la sala otros dos desconocidos, el tio Gonzalo y Bernardo Alric, tan débiles ambos y transidos por el frio, que ni siquiera se hallaban en estado de juzgar lo que pasaba en torno suyo. No saludaron, no pronunciaron una palabra, no tendieron una mirada cuando estuvieron delante de Beltran Duba. Es preciso haber esperimentado los terribles efectos de un frio vigoroso para comprender el estado de postracion y atonía en que se hallaban. Colocóseles cerca de la lumbre sin dejar de sostenerlos, y permanecieron en la postura en que se les acomodó.

La aparicion de estos nuevos huéspedes habia promovido un murmullo de admiracion en los pastores.

—¡Franceses! se decian por lo bajo: ¿habrán atravesado las montañas?

—¡Franceses, repitió irónicamente Belsamet al oido del venerable anciano, y el uno es cagóth: le conozco por sus ojos de azul claro. Ca-

góths y gitanos, buenos huéspedes por vida mia! ¡Verdad es que como vienen de Francia!....

Una mirada severa cortó el hilo á la implacable viuda. Pero María que no podia dominar su impaciencia, no apartaba los ojos de la puerta, repitiendo:

—¡Isidoro! ¿Donde está Isidoro?

—Salud á todos, dijo una voz sonora desde la entrada.

Al escuchar el sonido de esa voz, quiso salir María al encuentro de su desposado, pero se detuvo al primer paso y espiró en sus lábios el grito de alegría. Entrába en efecto Duba el jóven, pero sostenia en sus brazos á Cornelia, mortalmente desmayada. Traía la cabeza desnuda, porque perdiera el birrete en el camino; su rostro estaba sombrío, si bien despedian sus ojos un fulgor terrible. Pendia del hombro la carabina recien descargada y humeante todavía: en sus brazos estrechaba á Cornelia envuelta en su gran capa salpicada de nieve: el capuchon que colgaba detrás dejaba ver descubierto su semblante pálido, sus ojos cerrados; parecia muerta.

Acomodó Isidoro á la desgraciada en la gran

poltrona de su abuelo, y hasta entonces no se asercó á Beltran para besarle respetuosamente la mano.

—Hijo mio, le dijo el centenerio con acento grave, pero no encolerizado; nos traes huéspedes; sean quienes fueren, les deseo la bienvenida! Luego me darás cuenta de tu viage y tus aventuras, pero ahora no abandones á esos desventurados estrangeros. Da las órdenes que creas necesarias, dispon de la casa como si fueses su único dueño. Cuando los jóvenes obran con prudencia, deben saber los viejos..... ... no estorbar: voy á esperarte en mi habitacion.

Gracias, dijo Isidoro con precipitacion, porque en esta circunstancia, la tardanza de un minuto puede costar la vida á muchas personas. Señora Belsamet, querida María, continuó dirigiéndose á su novia y su futura suegra, os confío esa señorita..... Cuidadla como á una hermana, María; como á una hija, Belsamet. Es una jóven francesa débil, delicada: la ha sorprendido el frio atravesando las montañas: ya sabeis los socorros que necesita.

—Lo primero es trasladarla á un lecho, dijo Belsamet, que aunque poco satisfecha de la lle-

gada de aquella desconocida, miraba con compasion el estado de la infortunada Cornelia

—Oh que hermosa es! esclamó María eesaminando á la estrangera con sencilla admiracion.

Isidoro, sin querer acaso, le dió gracias con una mirada afectosa que llenó de celo á la inocente María.

—Os ayudaré, dijo el jóven haciendo señas á ambas para que le siguiesen.

Y levantando de nuevo sus brazos á Cornelia, sin sentido todavía, la condujo á una pieza vecina, donde la entregó á los cuidados de sus prócsimas parientas y de algunas criadas.

—¡Pedro! grito con voz robusta volviendo á la sala grande. Toma un caballo, corre á Sioon á buscar al médico y tráelo inmediatamente.... aunque por la costumbre sabemos tambien nosotros tratar estas indisposiciones producidas por el frio, no estorba que los socorros del arte ausilien nuestra esperiencia. Aguarda, prosiguió viendo que Pedro se alejaba á ejecutar la órden; no olvides la carabina; y si alguno de los contrabandistas que nos persiguieron, y que esta-

rán sin duda rondando la casa, quiere detenerte, envíale un balazo.... Anda con Dios.

Tomó Pedro carabina y capa y se marchó. Entonces se acordó Isidoro de Bernardo y de Gonzalo, á quienes en el ínterin prodigaron todo género de remedios los criados. Los pastores mas robustos se ocupaban en frotarles vigorosamente los miembros para escitar la sensibilidad embotada, y ya habia producido este plan buenos efectos, porque los dos pobres viageros comenzaban á dar algunas señales de conocimiento.

—En la cama acabarán de volver en sí, dijo rápidamente el jóven Duba; trasladadlos á una misma habitacion, y presentadles dentro de un rato una copa de vino casi hirviendo; con eso basta mientras llega el médico.

Dadas estas órdenes, que eran inmediatamente ejecutadas, fué Isidoro á escuchar á la puerta de la estancia donde se hallaba Cornelia. No oyendo nada, ni atreviéndose tampoco á entrar, volvióse tristemente á la sala comun, y hasta entonces no reparó en los gitanos, de quienes no se habia acordado.

Verdad es que los gitanos eran los menos dig-

nos de lástima de todos los viageros. Enmedio del desórden habian entrado á saco sobre los restos del banquete que yacian sobre la mesa y vaciado muchas copas de vino. Hasta el herido á pesar de su estado habia participado de la furtiva pitanza, porque el placer de comer así, hace olvidar á un gitano el dolor como la fatiga.

Encogióse de hombros Isidoro en presencia de aquel ejemplo de indiferencia animal, y dirigiéndose á dos ó tres pastores que quedaban en la sala:

—Dejadlos hartarse, dijo en voz baja: despues conducid á los sanos á la granja: al herido dadle la cama de la vaqueriza, que harto buena es para él.

Con escesiva repugnancia de parte de los andorranos fué ejecutado este mandato: sin embargo, á los cinco minutos habian desaparecido los gitanos, llevándose á la granja los despojos que no habian podido devorar, y que nadie hubiera querido tocar despues.

En tanto que de esta suerte atendia Isidoro á satisfacer todas las necesidades del momento con una serenidad y una presencia de ánimo

estraordinarias, despues de todo un dia de fatigas horribles y fuertes conmociones, habíase estado su abuelo tranquilamente sentado sobre un banco, con los brazos cruzados sobre el pecho, y siguiendo con la vista cada movimiento de su nieto. Cuando se halló solo con él, le hizo señal de acercarse.

—Ahora, Isidoro, que habeis cumplido con los deberes de la hospitalidad, le dijo con voz severa, venid á dar cuenta á vuestro abuelo de vuestras acciones en estos dos últimos dias ... ¡Ojalá, hijo mio, merezcas solamente mis elogios!

Quedóse en pié Isidoro, y temblando cual el culpable ante un juez. Echó en su derredor una detenida mirada para retardar esta esplicacion; mas estaba desierta la sala, y cuantos la llenaban un momento antes estaban ocupados en ejecutar los diferentes encargos que se les hicieran. Obligado á obedecer á la autoridad patriarcal de su pariente, comenzó la relacion, no sin sufrir frecuentes distracciones cada vez que escuchaban un rumor vago en el aposento inmediato.

Refirió pues, en breves palabras cómo des-

pues de dos dias de caza por los Pirineos regresaba á Andorra, cuando divisó unos viageros que sorprendidos como él por la tormenta necesitaban ausilio; esplicó por qué imperiosa necesidad habia debido servirles de guía, y espuso en fin el suceso que originara la disputa con los contrabandistas.

—Despues de dar una leccion á ese foragido Michael Moro, que iba á asesinar á un hombre herido é indefenso, dijo en conclusion, continuamos nuestra marcha. Pero los contrabandistas de la partida de Michael nos habian columbrado desde las alturas y dieron tras nosotros, alcánzandonos á la entrada del valle y haciéndonos fuego. Por fortuna era de noche, é imposible toda puntería; contesté sin embargo, pero solo, porque los viageros estaban tan traspasados por el frio, que no podian hacer uso de sus armas. Engañados todos los contrabandistas dirigieron hácia mí todos los tiros, que yo sabia evitar, y entretanto escapaban los demás caminantes guiados por Juan; hice uso del cuerno de caza; me oísteis; enviásteis socorro que buena falta me hacia, y aquí nos teneis.

Escuchóle Beltran con profunda atencion, sin abandonar su actitud meditabunda.

—Isidoro, dijo al cabo de un rato con acento pensativo; ¿no has ido á Vic-d'Essos?

Bajó Beltran la cabeza con tristura y prosiguió con melancólica gravedad:

—Has hablado con modestia, Isidoro: sin embargo, adivino que te has espuesto por esos estrangeros mas de lo que prescribia la prudencia y aun la humanidad. Mucho siento que hayas armado una peligrosa disputa con los *comerciantes de la montaña* por causa de miserable gitano cogido *in fraganti* delito de robo....

—Abuelo, contestó Isidoro en tono respetuoso, pero firme; quizá habré comprendido mal los consejos de vuestra sabiduría; pero ¿no me habeis dicho cien veces que merecia proteccion el hombre débil, postrado? ¿Podria consentir en que asesinasen ante mis ojos á ese pobre miserable por ser ladron y gitano? Además, yo habia tomado bajo mi proteccion á ese hombre, lo mismo que á los demás viageros; era ya huésped de Andorra y mio, y me injuriaba quien tocase un solo cabello de su cabeza! Si

habia quejas contra él, á mí debian dirigirse, y yo hubiera sabido castigar al delincuente.... Abuelo, creia que no me culparíais por haber hecho respetar la hospitalidad de Andorra aun respecto de un pagano.

Habíase animado el semblante de Isidoro, y hablaba con la confianza de un hombre convencido y sumiso no obstante, á otro hombre mas anciano y mas esperimentpdo que él. Beltran le ecsaminaba con admiracion y acompañaba con su sonrisa cada frase de aquel juvenil y caballeresco entusiasmo.

—Bien, bien, hijo mio, dijo con orgullo estrechando la mano de Isidoro; ojalá que Belsamet, que hace poco sostenia que no conoces las ideas y costumbres de tu pátria, hubiera podido oirte. Si es deber de los ancianos prescribir la prudencia á los jóvenes, bello es tambien que alguna vez olviden los consejos de los viejos para cumplir un deber de humanidad. Si eres digno descendiente del leal y valeroso Duba, el amigo y compañero del emperador San Led-wig (ruege á Dios por nosotros!), yo no me atrevo á culparte: mañana me ocuparé de este negocio y procuraré que no tenga ma-

las consecuencias. Mas no hay que olvidar, Isidoro, que esos contrabandistas son inatacables en sus rocas, y que rotas las relaciones con ellos podrian hacernos mucho daño.

Hubo una pausa que Isidoro quiso aprovechar para ir á informarse del estado de la enferma; pero el anciano le detuvo.

—Una palabra, hijo mio: aun no me has dicho quiénes son esos viageros.

Sobre este punto preveia Isidoro la indispensable reprimenda de su abuelo. Sus facciones retrataron la penosa turbacion de su alma, y respondió con humildad y sumision:

—Abuelo, he encontrado á los caminantes cuando estaban en peligro de perecer. Se encaminaban á nuestro valle, y á no servir yo de guía, se habrian estraviado de nuevo en la montaña y muerto de hambre y de frio..... Perdonad, abuelo, si en tan tristes circunstancias no me negué á conducirles hasta aquí, á pesar de no venir provistos de las formalidades que ecsigen nuestras leyes de los estrangeros que vengan á Andorra.

Vése cómo evitaba Isidoro que se sospechase siquiera la parte que habia tenido Cornelia

en su determinacion, pero ya se habia alarmado el patriotismo de Beltran.

—Segun eso, Isidoro, dijo reconviniéndole, á sabiendas has introducido en Andorra personas que no traen la autorizacion ordinaria! Mal hecho, hijo mio, porque nos pones en la necesidad de violar los derechos de la hospitalidad despidiendo de nuestro valle á esos estrangeros.

—¡Cómo, padre mio! ¿tendréis el triste valor de arrojar de vuestra casa unos viageros enfermos y fatigados? ¿Dónde han de ir si no los acoge Andorra por amigos? No ignorais el peligro que corren los franceses en España, mientras todas las poblaciones están ecsasperadas todavía contra su nacion; por otra parte, seria absolutamente imposible regresar á su pátria; el camino que han traido hoy no estará transitable mañana. Por último, abuelo, continuó haciendo un esfuerzo; sé que el anciano, á quien habeis visto, se ha fugado de Francia para salvar su vida, porque es lo que llaman allende la montaña un emigrado político; y aunque quiera volver á su pátria arrostrando los peligros que le aguardan, su hija, esa pobre

señorita que tanto ha padecido, y el cagóth que les acompaña no lo consentirian.... Me atrevo por lo tanto á suplicaros, venerable abuelo, que vos que tanto poder y crédito teneis en el ilustrísimo consejo soberano, templeis en favor de esos pobres franceses las severas leyes de nuestros padres.

Cuanta sangre circulaba por las venas del anciano se le agolpó al rostro: lanzó una mirada fulminante sobre su nieto, y le dijo con imponente voz:

Y ¿habrémos de alterar las leyes constitutivas de nuestra soberanía, habrémos de renunciar á esos antiguos usos que por tantos siglos han conservado la independencia de nuestra pátria por un enemigo de la Francia, nuestra protectora, por un culpable que puede concitar contra nosotros la cólera de un vecino poderoso? Y ¿quién eres tú, jóven, para atreverte á hacer una proposicion semejante á un antiguo síndico de Andorra, á un heredero del derecho carlovingio, á un anciano que pasa de los cien años? Porque eres mi nieto segun la carne, porque te amo como el único vástago de la estirpe de los Duba, ¿crees que mi cariño há-

cia tí me haga olvidar mis deberes para con Andorra? Isidoro, bien conoces la ley que establecieran nuestros antepasados para la conservacion de nuestros usos y costumbres de Andorra. Un estrangero no puede residir entre nosotros sin un permiso del ilustre veguer francés que es el único responsable de la conducta del forastero. Si los que has traido á mi casa no tienen el permiso, mi deber es despedirlos.

—Pero, abuelo, esclamó el jóven Duba con impetuosidad, esa costumbre es contraria á lo que se hace en todo el mundo con los poscriptos.

—¿Y por qué sabes Isidoro Duba, respondió el centenario con amargura, que ecsisten otras tierras que Andorra, otras leyes que las hechas por nuestros padres en tiempo del gran Cárlos y de San Luis? Escúchame y graba en tu memoria mis palabras: pertenecemos á los Duba, á la familia mas antigua y mas ilustre de Andorra, y nosotros debemos dar el ejemplo de adhesion y respeto á las leyes de la república. ¿Qué seria de nuestras antiguas usanzas si los encargados de conservarlas fue-

ran los primeros en infringirlas? Por lo que toca á esos viageros, yo veré, yo reflecsionaré el partido que se deba tomar, y si es preciso daré cuenta al ilustrísimo consejo soberano y al ilustre veguer. Entretanto lo único que puedo decirte es lo siguiente: si esos estrangeros hubiesen cumplido con las formalidades que nuestras leyes ecsigen, lejos de reconvenirte por haberlos protegido, arriesgaria mi vida por defenderlos en el caso de que los amenazase algun peligro; mis bienes, mi casa, mis criados, tu vida y la mia serian suyas, porque eran mis huéspedes y mis amigos.... Empero nò habiéndose sometido á lo que nuestras leyes ecsigen, debemos pensar solamente en las desgracias que puede originarnos su presencia.

No le hubieran faltado á Isidoro argumentos que oponer al inflecsible anciano, que veia en el mas leve suceso un motivo de temor para la ecsistencia política de su pais; mas era tal el grado de irritacion de Beltran Duba, que hubiera sido una crueldad en su nieto insistir mas. Sabia por otra parte que el centenario, á pesar de sus rígidos principios, vacilaba en ejecutar el duro proyecto que anunciara de

echar de su casa unos pobres proscriptos, y mientras se adoptaba una medida acerca de ellos, pensaba obrar Isidoro por su simpatía secreta. Así es que se contentó con decir con dulzura, que si habia delinquido en dar oidos á la compasion, pedia perdon á su abuelo, y que se abandonaba enteramente á su prudencia y sabiduría para conciliar los deberes de la humanidad con los intereses del comun de Andorra.

No desterró esta sumision las nubes que tantos estorbos reunidos acumularan en la frente del patriarca: sin embargo, contestó mas templado:

—Tienes razon, Isidoro: deja á mi prudencia la reparacion de la falta en que una generosidad imprudente te ha hecho incurrir. Sabes que en mi larga carrera jamás he sido injusto ni implacable..... Tambien puede ser que yo haya ecsagerado el peligro, y que esos estrangeros sean mas inofensivos de lo que creo. Los veré, los interrogaré, y haré jueces á los ancianos, á los sábios del pais, de lo que debemos hacer.

Se inclinó Isidoro, y dueño ya de obedecer á sus sentimientos secretos, iba á acercarse á la habitacion donde yacia Cornelia para averiguar alguna cosa, cuando se abrió la puerta y entró en la sala la bulliciosa María, llevando en la mano por no hacer ruido sus lindos zuecos, adornados de placas de acero pulimentado y clavillos dorados.

—¿Que hay, María, mi querida María? le dijo en voz baja, aunque con viveza: ¿cómo sigue esa pobre señorita?

—Al fin ha recobrado sus sentidos, respondió la graciosa andorrana con interés: casi casi habiamos llegado á desesperar de su salvacion. ¡Pobre francesa! ¡Si vieras que bonita es! ¡Y qué hermosos vestidos trae! ¡Encajes admirables!.....

—Pero ¿está mejor?

—Sí; pero tiene una calentura violenta y habla con voz tan dulce.... No he podido comprender lo que decia, porque hablaba en francés; pero estoy segura de haber oido vuestro nombre en su boca.

—¡Mi nombre! repitió Isidoro con los ojos inflamados.

—No es estraño, dijo tranquilamente el noble Beltran, que esa jóven y sus compañeros que deben la vida á mi nieto, pronuncien su nombre entre sueños.

—Y vos la cuidais, María, dijo Isidoro con febril regocijo mirando á su desposada; la tratais como una hermana, como una amiga ¿no es verdad?

—¡Oh! siento que la amo ya, dijo la inocente María con fervor, y como será necesario que quede alguno esta noche para cuidarla, he obtenido de mi madre el permiso de velar á la estrangera.... y venia, añadió mirando cariñosamente al abuelo, á rogar al ilustre Beltran que me otorgase esta gracia!

Ya no pudo contener Isidoro los arranques de su alegría y agradecimiento por el afanoso celo de su novia.

—María, dijo conmovido, sois la muger mas tierna de las mugeres, y vuestro buen corazon me recuerda que enmedio del desórden de mi llegada se me olvidó abrazoros....

Antes de que la encantadora doncella pudiera esquivarse, la asió en sus brazos y estampó en su rosada mejilla un beso rápido. Ma-

ría, encarnada de pudor y de placer, se refugió junto al centenario, que sonreia de la impetuosidad de su nieto. Pero en este momento Antonia Belsamet, que entrara sin ser vista, apoyó la mano en el brazo de Isidoro y le dijo con acento solemne:

—No olvideis, Isidoro Duba, que en nuestras montañas no da un hombre esos besos sino á la que ha de ser su esposa!

El andorrano la miró distraido, pero en el mismo instante se levantó Beltran con juvenil ligereza y plantándose delante de la madre de María, tomó á su nieto de la mano, y dijo con voz firme:

—Escuchad, Antonia; lo que acabais de presenciar deberia poner término á vuestras injuriosas sospechas. Hoy habeis dudado de la buena fé de mi nieto Isidoro, y no podia contestar como ahora puedo. Nos ultraja quien cree que un Duba puede fingir sentimientos que no abriga y hacer juramentos que no piensa cumplir. Isidoro ha elegido libremente á vuestra hija entre todas las doncellas de Andorra, y María le aceptó por desposada; se aman, y estando nosotros acordes en las condi-

ciones de la boda, no hay necesidad de mas dilaciones. Hijos mios, dentro de cinco dias, fiesta del glorioso San Martin os casaréis!

—¡Cinco dias! repitieron ambos jóvenes con entonaciones de voz muy diferentes.

—Vosotros ya lo oís, dijo el centenario dirigiéndose á un grupo de pastores que acababa de entrar en la sala: el dia de San Martin se celebrará el enlace de Isidoro con María. Haced los preparativos, porque quiero que las fiestas sean mas brillantes que las mejores de Andorra.

Esta noticia fué acogida con aplausos y bendiciones. Isidoro se quedó petrificado sin po der articular una palabra.

Dos dias despues de la llegada de los desterrados á la casa de Beltran Duba, estaba éste ocupado en un vasto aposento alhajado á la antigua, en enterarse de un documento que acababa de recibir de la ciudad de Andorra. Fuese porque la vista del patriarca comenzaba á debilitarse, ó porque le distrajesen de esta lectura las reflecsiones que la misma le inspiraba, ó que, y es lo mas probable, no teniendo el pacífico ciudadano en su vida campestre frecuentes

ocasiones de leer oficios, hallase alguna dificultad en referir el signo á la cosa significada, lo cierto es que hacia un cuarto de hora que estaba dando vueltas al papel y se manifestaba algo apurado.

La casa, tan animada por la noche con la llegada de los pastores, estaba desierta y silenciosa en aquel momento. De pronto oyó Beltran claramente imprecaciones en lengua catalana y gritos de terror lanzados en el pátio grande. Como el estudiante que codicia tropezar con una ocasion de interrumpir su tarea, se levantó rápidamente y se acercó á una ventana en forma de cruz latina; pero antes de poder preguntar la causa de aquel alboroto entró Pedro, que desempeñaba el cargo de mayordomo, sofocado, encendido, como si acabase de intervenir en algun grande altercado.

—¿Qué es eso, Pedro? olvidan que hay enfermos dentro de casa?

—A fé, ilustre Beltran, que no es fácil convencer á ese animal de Michael Moro el contrabandista! Acababa de llegar diciendo que quereis verle: cuando atravesábamos el pátio, ha divisado uno de los gitanos que se calenta-

ba al sol.... Entonces empezó á jurar espantosamente, y á no tener el gitano buenas piernas, yo creo, Dios me perdone! que lo despavila de un pistoletazo. Me ha costado un trabajo inmenso apaciguarle, y por poco se repite la disputa del otro dia!

—¡Hola! ¡es ese ratero de Michael! dijo Beltran con enfado; debiera haberle conocido por el modo con que blasfema de Dios y de los santos! ¡Y que hayamos de guardar consideraciones con esos miserables! ¡Los miquiletes y contrabandistas son la pesadilla del gobierno de Andorra! Pero paciencia!... no quiero riñas, Pedro, he enviado á decir á ese hombre que nadie le incomodaria si venia á verme, y mando que no se le haga la menor injuria.

—Ilustre amo, sois demasiado bueno con esos foragidos de la montaña, dijo el pastor descontento; y si me creyesen los andorranos, pronto quedariamos libres de la canalla que infesta la frontera....

—Tiene ciertas razones para no hacer nada, Pedro: pero, dime, ¿ha venido solo ese tunante?

—Trae consigo dos ganapanes armados de piés á cabeza, como si fueran á combatir una

brigada entera de aduaneros: ¡unas caras tienen los tres!.....

—A pesar de su mala cara, vé, Pedro, á decir á Michael que suba, y quédate con sus compañeros á beber un cántaro ó dos de vino de Cataluña.

—¡Yo señor, con esos ladrones! ¡vive Cristo!....

—¿No voy yo á beber con su gefe? dijo el anciano sonriéndose; con esas gentes no se alcanza nada hasta que están medio achispados: súbeme un jarro y dos copas, pero te repito que cuidado con las disputas, y que tú eres el responsable si sucede alguna desgracia. Cuida sobre todo de que Isidoro no los vea. A propósito ¿dónde está mi nieto?

—Con los viageros, como siempre; no se aparta de ellos un momento.

—Bien; aprovechemos la ocasion, porque puede venir Isidoro, y entonces seria imposible la negociacion: anda.

Salió Pedro y volvió á poco con un enorme jarro de vino y las copas que pidiera Beltran: le acompañaba el feroz Michael Moro, el contrabandista herido por Isidoro dos dias antes

Sabemos ya que era de corpulenta estatura; su rostro bronceado estaba cubierto de cicatrices, no ganadas en la guerra, sino en bromas con sus iguales ó en peleas con los aduaneros. Sus ojos hundidos espresaban á la par el orgullo, la perversidad y la avaricia..... Llevaba el gorro catalan, y no ofrecia su trage en aquel momento la mezcla de colores vivos, y brillantes baratijas, de rosarios y escapularios que es costumbre en las montañas. El calzon de cuero, sin cordones, dejaba ver sus piernas negras y musculosas, que apenas cubrian unos botines de cuero. No llevaba chaleco ni chaqueta, sino una capa blanca arrollada en forma de bandolera por encima de la camisa de color. La mano herida iba envuelta en trapos ensangrentados, pero con ella sostenia el trabuco, y dos pistolas que asomaban en el cinto eran prueba de que en caso de necesidad todavía se juzgaba en disposicion de hacer resistencia.

Pertenecia el tal personage á esa casta nómade semi-española, semi-francesa, libre por lo mismo de la jurisdiccion de ambos paises y propagada á favor de las guerras internacionales en los Pirineos. Se albergaba en la part

mas inaccesible de los montes, y tan temible era para amigos como para enemigos, manteniéndose del contrabando, y á falta de éste, del robo. Michael habia servido en las partidas volantes de miqueletes que fueron esterminadas casi del todo per los franceses en la batalla de la Montaña Negra en 1793. Desde entonces gozaba grande reputacion de audacia é insolencia, y sin embargo, fuese respeto, desconfianza ó cortedad, en presencia de un personage tan eminente como el decano de los síndicos de Andorra, permaneció inmóbil á la puerta despues de hacer á Beltran un profundo saludo. El centenario creyó adivinar su pensamiento.

—Acércate, Michael Moro, acércate y no temas nada: prometí que serias bien recibido y no debes desconfiar de mí.... ¡Eres mi huésped!

Señalaba al mismo tiempo Duba un asiento frontero al suyo, junto á una mesa de pino donde colocara Pedro el vino y las copas. Miró Michael salir al mayordomo, y se acercó á la mesa lentamente, pronunciando palabras indistintas que formaban tal vez su vocabulario de

política, y en seguida se sentó frente al anciano Duba; pero sin duda no habia desechado del todo las sospechas, porque se colocó el trabuco sobre las rodillas, teniéndolo con la mano sana para no ser sorprendido.

Notó el centenario esta señal de desconfianza, y la cólera encendió su rostro. Levantóse con dignidad, y dijo pausadamente:

—¿Como, miserable? ¿te atreves á dudar de la palabra de un Duba? Te mando llamar á mi casa, te siento á mi mesa, te apellido mi huésped, y aun te juzgas con derecho para sospechar de mis intenciones? ¡Deja el trabuco, ó sabré hacerte arrepentir de tu insolencia!

Al mismo tiempo el anciano con singular autoridad arrancó el arma al miquelete y la apoyó contra la pared. Moro se levantó haciendo un movimiento para recobrar su temible compañero; pero el continente firme y la mirada magnética de Beltran le impusieron respeto. Titubeó un momento, y dominado por un ascendiente irresistible, se sentó otra vez, murmurando secamente:

—Es verdad. Hice mal.

—Vamos á ver, Michael Moro, dijo el anciano ocupando su puesto y llenando las copas; no riñamos, puesto que el único motivo de hacerte venir aquí es arreglar una querella que sucedió dias pasados.

—Me acuerdo, contestó el bandido vaciando la copa y enseñando la mano herida. He jurado vengarme.

—¡Lo has jurado! repitió el anciano alarmado: no creo sin embargo que tengas intencion formal.... no serias tan loco!

Michael hizo un gesto asaz significativo, y sorbió otra copa de vino.

—Escucha, Michael, dijo Beltran con vehemencia; tienes mala reputacion en el pais, y es preciso que sepas que si el ilustrísimo consejo y los habitantes de Andorra consienten que contrabandistas y miqueletes como tú infesten las fronteras, tambien sabrán acallar su tolerancia. Puede escusarse una disputa casual como la del otro dia; aunque se derramó sangre, habia culpa de una y otra parte. Pero si en adelante osare alguno de vosotros hacerse culpable de agresion premeditada contra un habitante de Andorra, tenemos trabucos que

alcanzan tanto como los vuestros, y mayor número que vosotros. Por otra parte, la guerra entre España y Francia se ha terminado, y es natural que piensen en la seguridad de las fronteras. Reflecsiona que muy pronto necesitarás un protector, y que yo lo puedo ser si te portas bien.

El miquelete habria podido contestar que si la ecsigua república hubiera podido cortar ciertos desórdenes en la estrema frontera, no hubiese dejado de hacerlo tiempo habia; y que á contar con algun otro medio de ponerse á cubierto de sus empresas y de las de sus camaradas, Beltran Duba, personage tan importante en Andorra, en vez de sentar á Michael Moro en su mesa, le habria privado de hacer daño á persona alguna. Pero el taciturno contrabandista se contentó con encogerse de hombros al escuchar las amenazas del patriota andorrano, que no se diá por entendido.

—No se te figure, añadió Beltran con calma, que mi nieto te teme á pesar de tus promesas contra los aduaneros. Bien sabes que Isidoro no teme á nadie: cuando va á cazar cabras monteses, lo mismo se le daria de los

miqueletes que de los osos y los lobos, como le atacasen cara á cara. Todo el pais conoce su escelente puntería, y si hubiese apuntado á la cabeza como apuntó á la mano, á fé que á estas horas no estarias hablando tranquilamente conmigo. Pero no quiso matarte, y eso que merecias la muerte por haber hecho armas contra un hombre que segun me han dicho tenia ya el pié dentro del territorio de Andorra.

—Vuestro nieto me ha hecho una injuria que le costará muy cara, dijo el contrabandista con acento sombrío.

—¡Una injuria! ¡Una injuria! repitió el anciano agitándose con impaciencia: he ahí lo que sois los catalanes: ¡todo os parace injuria por tener ocasion de vengaros! Y voto á.... que el agraviado es mi nieto, porque tú atacaste al gitano que estaba bajo su proteccion. Te he llamado, Michael, para decirte que no quiero que esta cuestion pase adelante! ¿Lo entiendes? Hubo disputa y balazos: ¿no está ya satisfecho el honor? Ahora si alguno ataca al otro, el caso será grave, y el ilustre veguer y la justicia intervendrán á su tiempo. Y ¿dónde

habeis de ir, Michael, tú y los tuyos, si os lanzáramos de las montañas?

—Y qué? ¿he de guardarme herida y ultrage? dijo el foragido con voz rōnca; ¿he de perder el tiempo en curarme la mano sin hacer pagar á nadie el perjuicio que me causa en el comercio este maldito contratiempo?

—¡Ah! Si hablamos de interés, valiente Michael, nos arreglarémos pronto. Afirmo que no hay injuria..... pero no niego que esta herida te origina algun perjuicio... Por lo mismo, como no eres rico, estoy dispuesto á compensar las pérdidas que puedan resultarte: esto es de rigorosa justicia. Vamos á ver: no quiero que te quede el menor pretesto para buscar á Isidoro, y dejo á tu arbitrio fijar la indemnizacion que reclamas.

Chispearon los ojos del contrabandista de avaricia y regocijo: el centenario habia comprendido el carácter de aquel miserable: el interés ahogaba todos los otros sentimientos: Michael reflecsionó un instante:

—Bien, dijo con osadía, levantando la cabeza: lo olvidaré todo: pero habeis de darme cien francos, moneda de Francia, que es la mejor.

—¡Cien francos! esclamó Beltran; ¿crees tú que nosotros, pastores y labradores, tengamos metálico como un mercader de Segovia? Cincuenta francos y cien libras de lana; ¿te contentas?

—Añadid siquiera una mula.

—Nada.

—Me conformo.

—¿Pero me juras por tu padre y tu madre, por Cristo y por la Vírgen, no tratar jamás de vengarte de mi nieto Isidoro Duba por la disputa del pico Siguier?

—Lo juro por mi padre y por mi madre, por Cristo y por la Vírgen, dijo el miquelete alzando la mano.

—¿Y por San Miguel tu patron?

El contrabandista titubeó: tenia sin duda algun pensamiento secreto, y le parecia demasiado solemne el segundo juramento para osar pronunciarlo con la conciencia de infringirlo algun dia.

—Jura por San Miguel, ó nada hay tratado, dijo Beltran con firmeza.

Michael pronunció á regañadientes el juramento ecsigido y continuó descontento:

—Bien poco es, ilustre Du'a, por una mano atravesada de parte á parte. Afortunadamente no se incluyen en el trato esos viageros de Francia, y si vuelven á pasar por nuestros montes.... ya sabeis que desde lo de la Montaña Negra me gustan poco los franceses.

—¡No! ¡No! esclamó el anciano: los estrangeros son huéspedes mios, y no debo consentir que nadie cón mi conocimiento abrigue malos designios contra ellos!

El contrabandista hizo una señal negativa y resuelta.

—¡Vaya, habré de dejarte la mula!..... pero ¡ojalá te desnuques la primera vez que la montes!

Michael escuchó la injuria con estóica calma: se levantó y dijo tranquilamente, disponiéndose á marchar:

—¿Conque estamos arreglados y no podré vengar la herida y el ultrage sino en esos miserables gitanos que fueron el orígen de toda esta zalagarda?

—¡Oh! dijo el viejo ecsasperado; no llevarás nada por los gitanos: los gitanos son paganos

malditos que no valen un ardite: no entran en el trato.

—¡Como tambien son huéspedes!.... pero no hablemos mas. ¡Ellos pagarán por todos, y yo les enseñaré á robar mercancías!

—Vaya; te daré dos ovejas por los gitanos; pero no me pidas mas, porque juro....

Mordióse los labios el anciano y dijo mas apaciguado:

—Ya ves que soy generoso; pero en adelante mira lo que haces, y no se vuelva á hablar de este negocio, que harto caro me cuesta. ¿Das por concluido el lance del pico de Siguier?

—Lo he jurado. Pero vos, ilustre síndico, ¿cuándo me dareis lo que me habeis prometido?

—Escucha: los ganados están en el campo; la lana no está pesada; en mi cofre no hay dinero.... Pero vuelve el dia de San Martin, el dia de la boda de Isidoro. Te convido á la fiesta con tu partida, y despues de trincar con los habitantes del valle, ven á reclamar lo que te he prometido, y yo te aseguro que saldrás contento! No ignoras lo que vale mi palabra.

—Sí, sí, lo sé. Volverémos todos dentro de pocos dias.

Y en el momento de salir, se cuadró con fiereza delante del centenario, y le dijo en tono entre irónico y amenazador:

—Ilustre Duba, ahora que está arreglado el trato os digo que habeis hecho un buen negocio.

—¿Y por qué?

—Porque la vida de vuestro nieto vale mas que todo lo que vais á darme, y yo tenia pensado tan luego como sanase mi mano aguardar á vuestro Isidoro en las montañas y enviarle un balazo maestro; quedará para mejor ocasion.

Soltó al mismo tiempo una risa gutural, y despues de saludar groseramente, salió del aposento sin esperar contestacion: tanta impudencia aturdió por un instante al anciano, que murmuró:

—¡Sí, sí he hecho bien! el miserable hubiera asesinado á Isidoro!

Mientras apenaban aún á Beltran Duba las melancólicas ideas que suscitara aquella visita, Isidoro, no menos inquieto y agitado, aunque

por distintos pensamientos, entró de pronto en el aposento. Temió el anciano que el jóven andorrano hubiera encontrado á Michael Moro, inutilizando la desagradable negociacion que acababa de llevar á término.

—¿De donde vienes? le preguntó con viveza.

Del cuarto de la enferma y de esos pobres franceses, que están acongojados porque saben que de un momento á otro se les puede espulsar de un pais donde esperaban hallar reposo y seguridad.

Respiró Beltran: sus temores no eran fundados.

—He advertido, dijo maliciosamente sentándose de nuevo, que desde que esos estrangeros están en casa no te ocupas sino de ellos...... ayer pasaste todo el dia á la puerta de la enferma; y ahora que está algo mejor no perdonas ocasion de entrar á enterarte de su salud.

Ruborizóse Isidoro y volvió la cabeza.

—Ya sé yo la causa de tanta asiduidad, prosiguió el anciano; tu linda futura María, está siempre junto á la estrangera y aprovechas el medio de.... Animo, hijo mio! tan solo tres dias tienes que aguardar! Creo que María es-

tá casi tan impaciente como tú y la Belsamet, y yo tanto como vosotros.

Duba el jóven se quedó cortado mientras el anciano se estregaba las manos con regocijo.

—Abuelo, preguntó por fin, me han dicho que acabais de recibir la respuesta de la carta que escribí por vos al veguer francés.

—El ilustre veguer francés se halla en la actualidad en Pamiers; pero el ilustrísimo consejo se ha reunido y contestado á la carta.

—Decidme, abuelo, cuál es le respuesta del consejo soberano. ¿Se quedan los estrangeros? ¿Tendrá esa pobre señora enmedio de los males que la agobian que inquietarse todavía por la suerte de su padre y por la suya?

El anciano hizo un movimiento, que ni era negacion ni afirmacion.

—Vélo tú, dijo alargando la carta á su nieto, y juzga lo que debo hacer.

Y mientras Isidoro recorria el oficio con avidez sin pronunciar una palabra añadió Beltran casi cortado:

—Lee en alta voz, hijo mio: ya me he olvidado de parte de lo que leí, y se va poniendo

mi vista tan cansada!..... Lee, lee toda la carta.

Ya vemos que el patriarca no estaba muy seguro del contenido del despacho y esperaba para enterarse á Isidoro, su secretario usual. Quedó éste por un momento absorto en su lectura y asomó en sus facciones una espresion de tristeza y de terror. Empero esta mudanza fué un relámpago, y dijo tranquilamente, señalando á la carta:

—Abuelo, sucede lo que yo decia: el ilustrísimo consejo deja enteramente á vuestra sabiduría el partido que conviene tomar respecto á vuestros huéspedes, y confia....

—¿Es eso? ¿es de veras eso lo que dice la carta? repuso el anciano clavando en su nieto una mirada sospechosa; me habeis parecido....

—¡Vedlo vos! dijo el jóven con el mayor aplomo.

—Sí, sí, es verdad: me habia olvidado! respondió el anciano haciendo por sonreirse, y me lisongea muchísimo esta muestra de confianza de mis colegas; pero ¿no te parece, Isidoro, que contradice todas nuestras leyes y costumbres? Porque al fin y al cabo, añadió pensativo, en

Francia ha estallado otra revolucion: hay un rey nuevo, un poder nuevo, y si estos franceses, estos proscriptos, como los llaman, nos acarreasen la cólera del nuevo rey.... Siento no haber asistido al consejo; en Andorra no saben lo que es la Francia, y cómo puede de un revés deshacer nuestra pequeña república como seamos tan torpes que.... Sí, ciertamente es estraordinario que me permitan obrar como quiera sin aconsejar ninguna precaucion. Ganas me dan de marchar inmediatamente á Andorra, á fin de inculcar á mis colegas la necesidad de la prudencia.

—Pero, abuelo, si se fian de vuestro sano criterio, dijo Isidoro inquieto; y además, no me habeis dejado concluir, continuó vacilando; hablais de tomar precauciones, y aquí os encargan que os informeis cuál es la clase de esos estrangeros y que obreis en consecuencia.

—¡Enhorabuena! esclamó Beltran. Hé ahí la política ordinaria de nuestros consejeros; no descontentar á la Francia ni á la España: siempre he dicho lo mismo. Vaya, ven conmigo, añadió levantándose rápidamente, y me ayudarás en caso de que haya que ecsaminar

algunos papeles...... Porque mis pobres ojos alcanzan poco y esa maldita letra francesa.....

—¿Dónde vamos, abuelo?

—A la habitacion de los estrangeros á interrogarlos inmediatamente.

—Abuelo, pensad por Dios que esa señorita está aún muy enferma, y que la conmocion que vais á causarle le puede ser fatal. Hoy han bajado á verla por primera vez su padre y ese cagóth que los acompaña, pues ayer estaban tan malos como ella, y vais á entrar á turbar el desahogo de padre é hija.

—Isidoro, ayer hubiera sido una crueldad pretender arrancar esos desgraciados su secreto: hoy tienen suficientes fuerzas para conversar entre sí, y las deben tener tambien para decirnos si su presencia puede acarrearnos la enemistad de nuestros poderosos vecinos. No hay que perder un instante.

—Un momento, abuelo, dijo Duba el jóven hondamente conmovido; si os pareciese que el nombre y posesion de esos desgraciados podian ser causa de desgracias para Andorra, ¿qué hariais?

—Mandaria conducir á los estrangeros á las fronteras de España ó de Francia, y les prohibiria volver jamás á nuestro pais.

—Y si el uno estuviese débil, enfermo, moribundo, si no pudiese ser trasladado sin pelihro de su vida?

—Isidoro, dijo el anciano con voz austera, la ecsistencia de mi pátria es mas preciosa que los deberes de la hospitalidad.

—Pues yo, esclamó el jóven con voz tonante, juro que no consentiré....

Se detuvo de pronto en el momento de espresar algun enérgico pensamiento que le hervia interiormente: Beltran se cuadró, y fijando su serena mirada en el suelo, dijo lentamente:

—¿Quién ha permitido al hijo de mi hijo que alce la voz en mi presencia? Está ya cansado del respeto y obediencia que debe á mi edad y á mi calidad de abuelo? Habla, Isidoro; ¿he dicho alguna palabra que deba esplicar ó retractar?

—Abuelo, replicó Isidoro despues de una pausa; perdonad un momento de vértigo.... hacemos suposiciones que no pueden ser ciertas. Ningun peligro amenaza la presencia de

esos estrangeros: son simples viageros, sin influencia de su pais, sin importancia ninguna...... unos vestidos tan sencillos! un cagóth por compañero! ¡Oh! seguro estoy de que no les impidiréis permanecer aquí despues de haberlos interrogado!

Y se llevó al anciano, alterado aún por ese grito de voluntad lanzado por la privera vez en su presencia.

V.

El tio Gonzalo y Bernardo Alric estaban en el aposento de Cornelia. El dia anterior guardaran ambos cama de resultas de las grandes fatigas y del horrible frio que habian pasado á su tránsito por las montañas. Como se hallaban privados casi del uso de sus sentidos cuando fueron trasladados á casa de Beltran Dubá, fué inesplicable su asombro al volver en sí y hallarse en habitaciones rústicas y oscuras, sobre enormes lechos sin cortinas, cercados de personages desconocidos y silenciosos, cuya

estraña vestimenta aumentaba su sorpresa. Al pronto ecsistia solamente en su memoria la realidad de su arriesgado viage como el recuerdo de un sueño penoso. Sin embargo, merced á los cuidados del médico del partido, y de los despendientes de la casa, acostumbrados á tratar males semejantes, recobraron poco á poco con las fuerzas la conciencia de su verdadera situacion, y su primer pensamiento fué reunirse para acordar el partido que debian tomar en aquellas circunstancias.

Ya la víspera Bernardo, mas jóven y robusto que Gonzalo, pudo hacer algunas preguntas á los que se le acercaban; pero ó porque los andorranos no comprendian el patué montañés que empleaba, ó porque no les fuese lícito contestar, lo cierto es que no habia obtenido ninguna noticia. Respecto de Gonzalo, sus primeras reflecsiones, así que tuvo la facultad de reunir ideas, fueron consagradas á su hija, que le dijeron hallarse gravemente enferma.

Con efecto, Cornelia no habia esperimentado los benéficos efectos del reposo como su padre y su novio. Su frágil organizacion no pudiera soportar los violentos embates de aquel peli-

groso viage, y desde su llegada la asaltó una fiebre lenta y contínua que amenazaba tomar un carácter alarmente. No obstante, por órden y por súplica de Isidoro, se le habian prodigado las mas esmeradas atenciones. Todas las mugeres de la casa se empleaban en cuidarla: la linda María apenas se separaba de su cabecera, y la misma Antonia Belsamet sacara á colocacion todas sus recetas, todos sus secretos de matrona del pueblo para curar inmediatamente á aquella muchacha, que deseaba ver lejos cuanto antes, movida por un vago instinto de celos maternales.

Cuando entraron los Duba, reinaba un profundo silencio en la alcoba de la enferma. Aquella estancia donde solo penetraba una moribunda luz rojiza, á través de ventanas cubiertas de una tela encarnada en lugar de vidrio, no tenia mas de notable que el lecho de sarga colorada donde yacia Cornelia. La hija de Gonzalo se habia obstinado por un sentimiento de pudor, en permanecer completamente vestida en aquella casa estraña. Estaba envuelta en un largo peinador guarnecido de encaje que se encontrara en sus maletas: la pá-

lidez de su rostro hacia resaltar la profusion de sus cabellos negros, que se escapaban por debajo de un gorrito andorrano: sus manos estaban cruzadas sobre el pecho en la actitud del abatimiento y del dolor, y sus ojos amortiguados solo se reanimaban algun tanto cuando se fijaban en Gonzalo, sentado junto á ella. Acosaba al desdichado padre uno de esos dolores mudos y sombríos, pero profundos y enérgicos; mientras no tuviera que temer por sí, le habia sostenido la voluntad obstinada é inflecsible de que estaba dotado; pero se vió amenazado de perder su única hija, la animosa compañera de su destierro y desgracias, y agotado el estoicismo que formaba la base de su carácter, rodaban por sus mejillas gruesas lágrimas mientras contemplaba en silencio á la enferma. No era menos vivo el dolor del buen Bernardo, el tímido mancebo cuya organizacion nerviosa y melancólica se asemejaba á la de una muger; apretaba con una mano otra del tio Gonzalo, y se cubria con un pañuelo el rostro para ahogar sus suspiros y sollozos. Por fin, para completar el cuadro, María Belsamet estaba á la cabecera de Cornelia, de pié, apoyada con gracia

en el tablado, y olvidando la rueca de nácar y ébano atravesada por el cinturon de su delantal, miraba con lastima y asombro, ora á los estrangeros, ora á la hermosa desconocida. Al otro estremo de la habitacion, la anciana Belsamet se ocupaba en preparar cocimientos simples, y hablaba á veces sola y en voz baja, cual si pretendiera aumentar con palabras mágicas la virtud que de por sí tenian sus preparaciones. Beltran Duba é Isidoro entraron con tanta precaucion, que llegaron al centro de la estancia sin que los presentes hubiesen reparado en sus personas. María fué la primera que se volvió y lanzó un ligero grito que hizo estremecer á la enferma y despertó á Gonzalo y Bernardo de su doloroso abatimiento. En presencia del respetable centenario se levantaron en seguida, y saludaron respetuosamente.

—¡Es el ilustre Beltran! ¡es Isidoro! dijo María con inocente regocijo, saliéndoles al encuentro.

Aunque estas palabras fueron pronunciadas en idioma catalán el nombre de Isidoro llamó la atencion á Cornelia.

—¡Isidoro! ¡nuestro salvador! repitió con afectuosa sonrisa, esforzándose por levantarse: que sea bien venido.

—Isidoro la miró en silencio, y bajó la cabeza con sombría desesperacion.

—Está mejor, dijo María por lo bajo; mi madre está disponiendo una medicina que debe curarla pronto. . . .

—¿De veras, María? preguntó Isidoro con viveza, acercándose á su desposada.

—Sí, sí: mi madre asegura que dentro de dos dias podrá la estrangera continuar su viage sin peligro.

Isidoro la rechazó bruscamente, sin que comprendiese María la causa de esta impaciencia, y volvió á entregarse á la silenciosa comtemplacion de la enferma.

Entretanto se habia sentado Beltran cerca de los estrangeros, y dirigídoles algunas frases de política en francés, que hablaba no obstante con menos facilidad que Isidoro.

—Hemos contraido con vos y con vuestro nieto, respondió Gonzalo con melancólico y cordial acento, una deuda de reconocimiento

que nunca podrémos satisfacer: á él y á vos debemos la vida y jamás olvidarémos las delicadas atenciones que se nos han prestado en vuestra casa. Ah! añadió dirigiendo á su hija una mirada dolorosa: ¡ojalá hubieran aprovechado á todos igualmente vuestros desvelos!

Inclinóse al mismo tiempo hácia el lecho y estampó un beso en la abrasada mano de Cornelia á fin de encubrir á los circunstantes nuevas lágrimas que brotaban de sus ojos. Involuntariamente se sintió conmovido el anciano Duba, y fué grande su embarazo para anunciar en medio de aquella escena de dolor cuestiones demasiado positivas á las que necesitaba una respuesta inmediata. Por fortuna el mismo Gonzalo le deparó la ocasion que apetecia, pues dominada su conmocion, dijo con mas calma:

—¡Perdonad, señor, á un desventurado padre que no sabe tener valor en presencia de los sufrimientos de su hija querida!.... He sabido que nuestra residencia en vuestra casa era contraria á las leyes que os rigen, y que habiais pedido consejo á vuestro gobierno

sobre el modo con que debiamos ser tratados; sin duda esta es decision suprema la que venís á comunicarnos. Hablad, señor; dispuesto estoy á someterme si no sin dolor al ménos sin cólera á todas las ecsigencias de este país. La resignacion debe ser la primera calidad de mi nueva clase.

—La resolucion es sábia, dijo Beltran, gozoso interiormente porque el estrangero tomase la iniciativa: pero espero que no habrá necesidad de practicarla. Nuestra república es hospitalaria, y tan luego como esté segura de que vuestra presencia no ha de descontentar á ninguna de las grandes potencias sus protectoras, podreis residir en Andorra y vivir en paz en mi casa, que os ofrezco desde ahora. Pero antes el ilustrísimo consejo desea informarse de quién sois y de las cuasas que os han obligado á venir á pedirnos un asilo.

—¿Es decir, repuso Gonzalo con amargura, que vuestra república me echará si la hospitalidad que me concede fuere peligrosa para ella? ¡Mas no importa! añadió; os diré quien soy. La posision de este pais es enteramente escepcional entre todas las naciones de Europa y el

respeto que en todas partes inspiran los proscriptos puede aquí desaparecer ante consideraciones de vida ó de muerte para Andorra; yo mismo he hecho hartos sacrificios á mi pátria para atreverme á censurar el patriotismo de los demás. Soy....

—¡Deteneos en nombre de Dios! esclamó Bernardo Alric levantándose; ¡pensad lo que vais á decir! Señor Duba, continuó dirigiéndose al anciano, ¿es absolutamente necesario que sepais el verdadero nombre de mi amigo? Yo soy propietario en el Ariege y cuento con el crédito de alguno de los mas dignos habitantes del departamento. Aquí teneis un pasaporte en debida forma para España, y no dudo que á haber sabido con tiempo nuestro viage á Andorra habria alcanzado con facilidad el permiso de residencia que nos ecsige. Con que puedo afirmar....

—Jóven, interrumpió Beltran, esa importancia que dais á encubrir ese nombre me hace temer que sea mas peligroso para nosotros: vuestro amigo no aprobará esa inoportuna intervencion en la conferencia de los ancianos.

—Sí, aprobaré, dijo Gonzalo, apretando la mano del cagóth: aunque no puedo aceptar el consejo que me da Bernardo, agradezco su celo: pero jamás ocultaré mi nombre cuando puede redundar en peligro de los que me lo piden. Quereis saber quién soy y porqué he venido á Andorra; me llamo X----, soy antiguo diputado de la convencion nacional: he abandonado la Francia porque me han dicho que estaba mi nombre en una lista de proscripcion fulminada por los que hoy gobiernan mi patria: estoy perseguido porque en el ejercicio legal de mi mandato creí deber sentenciar á muerte á un rey acusado de traicion.... Si cometí una injusticia, solo á Dios y á mi conciencia debo dar cuenta: hoy me castigan los hombres por lo que yo considere como un deber tristísimo, pero rigoroso.

Mi casa ha sido quemada, y saqueados mis bienes por ese pueblo cuyas cadenas contribuí yo á romper. Escapado con vida por milagro, he venido á pedir asilo á una poblacion que suponia amiga de la libertad y de los que la han defendido... He aquí, señor sin-

dico de Andorra, lo que soy, y por mas que digan los hombres del dia estoy satisfecho de mi nombre, de mis actos, de mis opiniones. Esto podeis decir á los que os encargaron la comision de interrogarme.

VI.

Aquella revelacion fué escuchada con estupor. El cagóth bajara la cabeza consternado así que oyó pronunciar el verdadero nombre del ex-cenvencional: Isidoro ecsaminaba á su abuelo con espanto y hasta Cornelia se apoyaba con trabajo sobre el codo para escuchar mejor.

—Segun eso, dijo Duba cortado, sois de los que en 93 fallaron la renuncia de la Francia á ¿odos los derechos feudales, renuncia que es-

tuvo á pique de ser funesta en Andorra, rompiendo el equilibrio de su gobierno?

—Quereis decir, preguntó Gonzalo con un tono ligeramente sarcástico, que me guardan rencor vuestros conciudadanos por la parte que tuve en un acto solemne de justicia?

—Segun eso, continuó el centenario sin darse por entendido de esta observacion, sois uno de los que sentenciaron á muerte á un rey infortunado, cuyo hermano puede pediros hoy cuenta de la sangre que derramásteis?

—A mí, y á los que me hayan dado asilo; ¿no es verdad? De nada reniego, señor, en mi carrera política, ni aun de mis faltas, porque eran resultado de una conviccion sincera.

A estas palabras siguió un breve silencio.

—Decid, repuso el personage á quien continuarémos dando el nombre de Gonzalo: ¿cuándo he de partir?

—Mañana, contestó el anciano levantándose con despego.

Isidoro hizo un movimiento, pero se contuvo.

—Mas al menos, continuó el proscripto con tono casi suplicante, no se estenderá á mi familia, á mi amigo, la rigorosa medida que me lanza del territorio de Andorra! Solo yo estoy proscripto; solo yo puedo acarrearos peligros.... Una niña débil y enferma es acreedora á todos los cuidados imaginables. Os la confiaré y no me negaréis el consuelo de pensar que mientras arrostro peligros nuevos, está en seguridad á vuestro lado, Bernardo me la llevará cuando se restablezca del todo, y quizá algun dia podamos daros las gracias por vuestras atenciones.

El anciano contestó con dignidad é interés:

—Si sacrifico á la tranquilidad de mi pais los derechos de la hospitalidad, no por eso deseo menos probaros por todos los medios posibles, cuán sagrados son para nosotros aquellos derechos y cuánto nos cuesta violarlos. Me confiais vuestra hija, señor: yo la acepto como un depósito precioso y cuidaré de ella y la amaré como habria amado á una hermana de Isidoro. Vuestro amigo puede quedarse en mi casa y dar órdenes lo mismo que yo, seguro de ser obedecido. Por lo que á vos toca, haré

que os conduzcan sin fatiga y sin peligro hasta Urgel: allí tengo amigos que os esconderán hasta tanto que las circunstancias cambien para vos y para nosotros.

—Aceptad, caballero, esclamó Isidoro abandonando su gravedad natural y cruzando las manos: aceptad lo que mi padre os propone. En Urgel os separan unas pocas leguas de vuestra hija: todos los dias podré yo ir á daros noticias suyas y espero que pronto hallemos medio de reunirnos.

Gonzalo, indeciso, se volvió á la enferma, quien durante esta conversacion tuviera en él clavados los rasgados ojos negros.

—No me separaré de mi padre aunque muera, esclamó Cornelia incorporándose en el lecho maquinalmente.

—Y yo os seguiré á entrambos donde quiera que váyais, dijo Bernardo con voz melancólica y resignada.

—¡Cómo! hija mia, esclamó Gonzalo con mortal inquietud: ¿piensas aún en acompañarme y me crees tan egoista é insensato que lo consienta? No, no, pobre niña; demasiado has sufrido por mi causa. Grave fué mi falta el dia,

en que por flaqueza consentí en que compartieras mi destierro! No, Cornelia, no; es preciso que te quedes; cuando estés enteramente restablecida, nos reunirémos; pero permitir en la actualidad que me sigas, fuera esponerte á peligros mayores que los ya arrostrados.... Es preciso que nos separémos mañana por un poco de tiempo, querida mia, y te suplico, te mando que no te opongas á esta separacion.

Pero ya dijimos que Cornelia estaba dotada de una buena dósis de ecsaltacion y terquedad; quizá la fiebre que la devoraba daba un grado mas de energía á estos sentimientos, y dijo con voz firme:

—Perdonad, padre mio, pero si hubiera podido pensar al seguiros que me arredraria cada obstáculo, léjos de solicitar con tanta instancia dividir con vos el destierro, me hubiera quedado en Francia, donde familias amigas me prometian apoyo y seguridad. No hablémos de separacion, que fuera para mí el peor de los males, y si pensais engañarme con alguna secreta ficcion, bien sabeis que me causaréis una desesperacion mas peligrosa que el mismo viage. Y en realidad; ¿que es lo que yo tengo?

Un poco de calentura que acaso cese mañana dejándome fuerzas para viajar por caminos menos difíciles que los que hemos recorrido. Esa buena señora que tan cariñosamente me ha cuidado [y señaló á la Belsamet], está disponiendo una bebida que de aquí á mañana me cure enteramente. Os seguiré, padre mio, os seguiré.

Y abatida cayó sobre el lecho. El centenario se dirigió á la Belsamet, que cansada de escuchar una conversacion que no entendia, habia vuelto á su faena de estraer y mezclar los jugos de diversas plantas.

—¿Es cierto, preguntó el anciano en voz baja, que sea tan grande la virtud de esos simples?

—Sin duda, respondió la vieja refunfuñando: si no es que los franceses sean de otra casta que los andorranos.

—Y está hecho el filtro? podeis dárselo al momento á la enferma? Conozco, Belsamet, vuestra habilidad en medicina práctica, y confio en vos.

—Escuchad, señor Duba, dijo Antonia meneando la cabeza; me parece que teneis tantos

deseos como yo de que esos estrangeros salgan de vuestra casa y del territorio, y sin embargo no me atrevo aún á presentarle la bebida.

—¿Por qué?

—Porque su debilidad es estremada y el efecto de esa decoccion es tal que temeria.... Mejor es aguardar á mañana.

—Pero si mañana han de partir!....

—No partirá, dijo en catalán una voz vigorosa.

Beltran y la anciana volvieron la cabeza con asombro. Isidoro estaba de pié trás ellos con la cabeza erguida, imflamados los ojos y casi en actitud amenazadora.

—No partirá repitió con energía, ó el dia en que esos estrangeros salgan de la casa de mi padre, la abandonaré yo tambien para nunca volver!

Por segunda vez en el mismo dia, tropezaba Beltran Duba con una voluntad inflecsible, cuya ecsistencia ni aun sospechara hasta entonces. Sin embargo, intentó hacer valer su autoridad.

—Isidoro, desdichado, dijo con autoridad, ¿de dónde procede ese atrevimiento para impo-

nerme condiciones? ¿Qué hechizo han derramado sobre tí esos estrangeros para que les sacrifiques el respeto que debes á las órdenes del gran consejo de Andorra y á las mias?

Pero Isidoro no se humilló con las reconvenciones y contestó sin mudar de actitud:

—Abuelo; sois el amo en esta casa, y solo despues de la vuestra puede elevarse mi voz: nuestra ley no me concede ningun derecho de propiedad antes de tomar una muger, y de vos va á depender que no la tome nunca. No me es posible por mi sola autoridad detener aquí á esos infelices estrangeros, huéspedes mios antes de serlo vuestros, y por quienes espuse mi vida; pero al menos puedo disponer de mi persona, y os juro, abuelo, continuó alargando la mano con ademan solemne, que si salen mañana de esta casa, me armaré de mi carabina y los seguiré para protegerlos y defenderlos donde quiera que vayan.... Con ellos me desterraré de mi pátria, como pais inhospitalario y maldito, sin volver la cabeza para verle por la vez postrera, y el glorioso nombre de los Duba se estinguirá en Andorra con vos....

—¡Oh! no querrás, nó te atreverás á hacer tal cosa, murmuró el centenario: ¿y tu matrimonio? ¿y tu futura?

—Ah! mi futura! Es rica, es hermosa y hallará un marido mas capaz que yo de hacerla feliz.

—Eso fuera ultrajarme de un modo horrible! dijo la Belsamet no menos alterada: ¿Qué os ha hecho mi pobre María?

—¿No acabais de decir que si esa pobre señora tomaba hoy vuestro brevage, podria morir? ¿Y que os ha hecho para que arriesgueis su vida con tan culpable precipitacion?

—Isidoro, dijo Beltran en voz baja, me humillo ante tí porque sé lo que vale un juramento.... ¿Qué ecsiges?

—Que esos estrangeros permanezcan aquí tres dias, dijo Duba el jóven, despues de un momento de reflecsion: espero que en ese tiempo hayan recobrado la salud ú obtenido el permiso de residir legalmente en Andorra.

—Y si me comprometo á lo que pides, ¿no pensarás en abandonar á un anciano que no tiene otra alegría, otra esperanza que tú?

—No.

—¿Te casarás con María Belsamet el dia convenido?

—Sí, respondió Isidoro con voz débil, que apenas se percibió.

Beltran se dirigió hácia sus huéspedes que concertaban entre sí el partido que debian tomar.

—Señor, dijo el centenario haciendo un esfuerzo, las instancias de mi nieto pueden mas que los imperiosos deberes de mi patriotismo: esa señorita no puede ponerse mañana en camino sin esponerse á grandes peligros.... por lo tanto podeis permanecer aún tres dias á nuestro lado: yo me disculparé con el ilustrísimo consejo soberano.

Gonzalo y Bernardo dieron las mas espresivas gracias al anciano.

—¿Con que tambien debemos este favor á Mr. Isidoro? dijo Cornelia clavando una mirada de agradecimiento en el jóven andorrano.

Pintóse en los rasgos de Isidoro una espresion de orgullo y regocijo, pero se dirigió á Bernardo Alric y le dijo con rapidez:

—¿No habeis dicho que podiais entrar en Francia cuando quisiérais, y que os lisonjeábais

de tener crédito suficiente para obtener una autorizacion de residir en Andorra?

—Sí, por cierto.

—¿Y creeis que para asegurar la tranquilidad de vuestro amigo y de su hija tendriais fuerza para viajar dos dias á caballo y por caminos penosos?

—Haria cualquier cosa por ser útil á mis caros compañeros de viage, dijo el cagóth con fervor.

—Pues escuchad; ahora estarán cerradas las gargantas de los Pirineos que atravesamos dos dias ha; pero el *col de Puamoreins* debe estar aun desembarazado. Voy á daros un buen caballo y un guia práctico que os conduzca á la frontera. Volved á Francia, presentáos al ilustre veguer francés, que en la actualidad se halla en Pamiers; emplead cuantos medios os sugiera vuestro celo para alcanzar el permiso que ecsige el consejo soberano, y podeis estar de vuelta antes del plazo fijado por mi abuelo.

—El plan es escelente, dijo el tio Gonzalo, pero todavía, pobre Bernardo, estais muy débil para emprender un viage semejante.

—Estoy pronto, esclamó Bernardo levantándose; el tiempo es precioso y quisiera si es posible partir al punto.

—Voy á dar las órdenes necesarias, dijo Isidoro saludando á su abuelo.

—Gracias, señor Bernardo, dijo Cornelia con tono afectuoso: vamos á contraer con vos otra deuda de reconocimiento.

—Señorita, respondío Bernardo, entornando melancólica y modestamente sus ojos azules, para merecer toda la dicha que se me ha prometido no puedo daros ¡ay! mas que una adhesion sin límites.....

—Isidoro miraba á uno y otro estupefacto.

—¡Cómo! le dijo en voz baja el tio Gonzalo, advirtiendo su admiracion; ¿no sabéis que tengo prometida á Bernardo Alric la mano de mi hija?

—¡Su mano! esclamó el jóven dando un paso atrás, y su esclamacion llamó la atencion de todos.

—Ya caigo, dijo Gonzalo sonriéndose; los republicanos de Andorra no pueden comprender que prometa mi hija á un hombre cuya

casta estaba en otro tiempo notada de infamia.

Isidoro estaba inmóbil, con los brazos colgando y la cabeza doblada sobre el pecho. ¡Le ama! ¡le ama! pensaba con amargura.

Y agitándose convulsimamente y adviertiendo que Bernardo estrechaba dulcemente la mano de Cornelia en señal de despedida, se lanzó á él y lo arrastró trás si con violencia, diciendo con voz sorda:

—Vamos.... ¡Vamos pronto!

VII.

Dijimos ya que la habitacion de Duba estaba situada delante de una aldea de alguna importancia donde residian la Belsamet y su hija. Esa aldea, compuesta de una docena de casas dominadas por el campanario de pizarra de la iglesia parroquial, estaba situada á corta distancia del Tristanza, torrente impetuoso que desagua en una confluencia del Ebro. En derredor se elevaban rocas gigantezcas que amenazaban al transeunte con sus aéreos pitones y por encima y á todos lados se divisaban

las altas y blanquísimas montañas que circuían el valle. Sin embargo el paisage habia conservado la gracia silvestre de que muy pronto le despojaria el invierno. El suelo estaba cubierto de verdura, encinas y alcornoques adornaban las descarnadas orillas del torrente, y los bosques de pinos destacaban sus negras cabezas sobre las azuladas tintas del horizonte.

Ordinariamente aquellas campiñas estabau desiertas y silenciosas, pero en la tarde del quinto dia, despues de la llegada de nuestros héroes á Andorra, presentaba un aspecto inusitado. Habíase poblado de repente la soledad, y las avenidas del valle y el valle mismo estaban cubiertos de montañeses y montañesas, unos á pié, otros á caballo ó en mula, pero vestidos todos con sus mejores galas, alegres y bulliciosos. No olvidemos que al otro dia se celebraba el casamiento de Isidoro Duba con María Belsamet, y al ver tal afluencia de convidados, parecia que todos los habitantes de Andorra se habian propuesto asistir á la fiesta.

Verdad es que por el esplendor é inmensidad de los preparativos parecia que se empe-

ñaba Beltran Duba en que las bodas de su nieto eclipsasen las de Camacho el rico en Don Quijote. La misma profusion habia, el mismo despilfarro, la misma hospitalidad franca y universal para cuantos se presentaron. Así, pues, entre el gentío habia personas de todas clases y categorías. Los mineros que esplotan las minas de hierro de la montaña se distinguian por sus manos y caras bronceadas, por sus vestimentas de paño burdo, los pastores por la mezcla del encarnado y el verde en sus atavíos, por la multitud de cintas y arrequives á que son tan aficionados los catalanes. Los contrabandistas llevaban anchos pantalones de terciopelo, chaquetillas azules guarnecidas de botones de metal en forma de cascabeles, y bajaban de la montaña con su familia, envuelta la muger en un gran velo escarlata, los chicos vestidos completamente acaso por la primera vez de su vida; pero las pistolas habian desaparecido del cinto encarnado de los dignos comerciantes, y si llevaban el formidable trabuco era solo para hacer de cuando en cuando descargas en honor de los futuros esposos. Las andarronas, solteras y casadas, tampoco llevaban en el delantal

la inseparable rueca, ocupacion de todos los instantes de su vida; las carcajadas, los acentos de las campestres músicas, las detonaciones seguidas de los gritos lanzados por robustos pechos, aturdian el eco de los montes y dominaban el sordo mugido de Tristanza. Unicamente cuando pasaba cerca de ellos algun grave personage vestido á la moda de Francia y guarnecido por un sombrero de copa alta callaban respetuosamente, se apartaban á orillas del camino, ó del sendero para dejar paso al importante viagero, que solia ser un cónsul, un honorable bailío, ó cuando menos un miembro del ilustrísimo consejo soberano, que iba á honrar con su presencia las bodas del nieto del anciano Duba.

Pero el gôlpe de vista mas brillante y mas animado era el que ofrecian la habitacion y llanuras inmediatas. Como de antemano se previera la imposibilidad de recibir á tantas personas dentro de casa, á pesar de sus anchuras, se habia dispuesto un vasto cobertizo que sirviese á la par de salon de banquete y de salon de baile. El cobertizo hecho con vigas pe pino cortadas, se elevaba á cincuenta pasos

por delante de la casa sobre un suelo llano y sólido; en derredor estaban las rústicas orquestas y los gigantescos hornos donde debian asarse vacas enteras. Entre medias de los trabajadores que daban la última mano al edificio improvisado, que tendian largas mesas, que adornaban de guirnaldas los arcos del salon, iba y venia una parte de la bulliciosa muchedumbre. En diversos puntos se habian armado partidas de bolos, el juego favorito de los montañeses; charlaban las madres sentadas sobre las vigas aún sin labrar que cubrian la tierra; las muchachas coqueteaban, y los músicos tocaban y pedian recompensa.

Las anchurosas cuadras de la casa, cuyos habitantes ordinarios fueran desterrados á las de los vecinos de las montañas, rebosaban de mulas y caballos, porque la hospitalidad feudal de los Duba se estendia igualmente á personas y á animales. De aquí resultaba un pataleo, un estrépito tumultuoso en el pátio principal: por intervalos se oian los mugidos de los toros y los balidos de los carneros sacrificados para el banquete del otro dia. En la sala comun recibia Beltran, en trage de ceremonia, á sus

huéspedes mas importantes; allí estaban reunidos los ancianos bajo la presidencia del centenario, hablando de política y bebiendo vino del Rosellon en cubiletes de vidrio, comprados espresamente para esa solemnidad. Por lo que toca á los huéspedes de inferior esfera, despues de saludar al amo de la casa, se retiraban respetuosamente como indignos de figurar en aquella ilustre sociedad, é iban á confundirse con los alegres grupos que se agitaban delante de la casa.

Entre los grupos se paseaba, apoyada de su madre, la graciosa María, la reina de la fiesta. La pobre niña embriagada de orgullo y alegría, saludaba á todo el mundo que se agrupaba en torno suyo para cumplimentarla y desearle felicidades, y se reia de las descargas hechas en honra suya y casi á sus oidos. En aquel momento parecia que no se acordaba de otra cosa qne de la dicha de ser la mas bella y la mas envidiada, y sin embargo, el rostro de su madre revelaba una inquietud sombría. La anciana concedia apenas una palabra ó una inclinacion de cabeza á las felicitaciones de sus parientes y de sus amigos: sus tristes miradas

se tendian por el gentío, buscando alguno que estuviera allí, y que no estaba.... Desde por la mañana habia salido Isidoro Duba á caza.

A un lado, sobre un otero poco elevado, estaban sentados solos dos personages que ecsaminaban con interés cada episodio de aquel animado cuadro: eran Gonzalo y su hija Cornelia. Ambos vestian el disfraz montañés para no llamar la atencion, y sin embargo, ora fuese porque se hubiese ya traslucido el nombre y calidad del ex-convencional, ora porque la notable beldad francesa hiciese contraste con las ásperas y tostadas fisonomías andorranas, lo cierto es que de cuando en cuando los apuntaban con el dedo y cuchicheaban entre sí, pero sin atreverse á turbar su soledad.

Cornelia, aunque pálida y muy débil, no se resentia de la dolorosa enfermedad que tan alarmantes síntomas presentara tres dias antes. La enfermedad, nacida de una fatiga escesiva, y agravada con fatigas nuevas, habia cedido al reposo y cariñosos desvelos; el espíritu de la doncella y su escelente constitucion, habian contribuido en gran parte á tan breve restablecimiento, y Cornelia, deseosa de presenciar la

grandiosa funcion, se habia sentido con fuerzas para levantarse y acompañar á su padre á aquel puesto de observacion.

Guardaba silencio Cornelia, á pesar de que Gonzalo le habia manifestado las reflecsiones políticas y morales que le inspiraba aquella escena. Las palabras llegaban al oido sin penetrar hasta la inteligencia y únicamente cuando pronunció el nombre de Isidoro, se estremeció la doncella y preguntó distraida:

—Isidoro! Que decíais, padre, de ese jóven?

—Digo, hija mia, que es muy estraño no ver por aquí á Isidoro en tales momentos, y que no soy yo el único á quien asombra tal conducta. Sin embargo, hubiera querido despedirme de ese bizarro jóven, y temo que en esta confusion nos sea imposible hablarle.

—Padre, dijo la doncella haciéndose la desentendida; ¡ès cierto que nos vamos mañana?

—Mañana al amanecer debemos estar en camino de Urgel: el viage es de una jornada y la harémos con espacio. Ya están dadas las órdenes, y Pedro el mayordomo nos acompaña y lleva recomendaciones verbales. Bien hubiera

querido aguardar un par de dias para esperar al pobre Bernardo que no tardará, y para dejarte cobrar algunas fuerzas; pero no habia remedio, parece ser que el consejo de Andorra anda muy inquieto con mi presencia en su territorio, y ya se han hecho severas reconvenciones al anciano Duba por su condescendencia con nosotros; esta miserable república es tan frágil que no estraño sus recelos por la menor cosa. En fin, hija, es forzoso partir. ¿Te has despedido de esa jóven que tan cariñosamente te ha velado, de su madre á quien debes tu pronto restablecimiento? ¿Le has dado las gracias por tantas bondades?

—Sí; les he ofrecido las pocas alhajas que traia conmigo, y que la muchacha ha recibido con muestras del mayor placer; no así la madre, que aceptó los dones con cierta desconfianza y como si temiese algun maleficio para ella y para su hija.

—Me ha parecido, Cornelia, que esa muger te mostraba mas celo que cariño. Mucho me engaño, ó tiene algun motivo secreto para desear que partamos.

La jóven hizo un gesto de indiferencia.

—De cualquier modo, repuso Gonzalo, mañana no estorbarémos á nadie; y á la verdad que si no me inquietase tu salud y no sintiese las fatigas del pobre Bernardo, abandonaria á Andorra sin sentimiento. Ese Duba está lleno de preocupaciones, y bien claro nos ha mostrado que su hospitalidad era forzada. ¡Ah! no esperaba yo, por vida mia, este recibimiento! La palabra de república me habia seducido y no esperaba que me recibiesen casi como enemigo....

—No hableis así, padre mio, dijo Cornelia con calor; ¿os olvidais de los servicios inmensos que nos ha hecho el hijo de nuestro huésped? Acordaos de aquel viage penoso, de todas aquellas pruebas de adhesion sin límites que nos ha dado Isidoro!

—Tienes razon, hija mia; debemos muchos favores á ese jóven, y si hemos permanecido aquí estos tres dias, á su intercesion lo hemos de agradeccr. Pero ¿has notado como parece que Isidoro huye de nosotros y de todo el mundo, y cómo pasa el tiempo cazando, sin acordarse de que se casa mañana y de que todo el pais está convidado á la fiesta?

—Acordaos de la confesion que se le escapó, dijo Cornelia bajando la voz, mientras vagábamos con él por las montañas; no ama á su desposada, que es no obstante una criatura escelente, y solo por obedecer la costumbre y los deseos de su abuelo, consiente en dar su mano á María.

—¿Quién hubiera sospechado, repuso Gonzalo pensativo, que en esta poblacion de ganaderos y labradores, se encontrasen esos monstruosos abusos de los derechos de progenitura, esas preocupociones de castas, ese egoismo de familia, que parece esclusivo patrimonio de las civilizaciones decrépitas? Ahi tienes á ese Isidoro, jóven de apreciables cualidades, superior por todos conceptos á sus compatricios, obligado á casarse con una muger á quien no ama, porque se convengan las familias y las fortunas, porque un abuelo celoso de perpetuar su nombre ecsija este sacrificio, privando al mancebo que satisfaga otro amor.

—¿Ama á otra? preguntó Cornelia, clavando sus negros ojos en los de Gonzalo; ¿creeis, padre mio que ame á otra?

—Yo no sé una palabra, dijo el viejo asombrado.

Quedaron en silencio, y como se prolongase demasiado, Cornelia quizá por evitar las observaciones de su padre, cuya perspicacia conocia, dijo con tranquilidad señalando con el dedo tres sujetos andrajosos que resaltaban entre los charros trages de los andorranos:

—Ya que está resuelto el viage, ¿habeis pensado en lo que se ha de hacer con esos miserables gitanos?

Eran en efecto Diego y sus compañeros que con su descoco ordinario, no habian dudado confundirse entre los convidados. Paseábase Diego orgullosamente con el brazo sostenido en cabestrillo y sin acordarse de su herida, que en otro que no tuviera su organizacion de piedra, habria podido causar gravísimos accidentes. No se avenia mal con andorranos y andorranas, y habia sabido hacerse buen lugar entre ellos prediciéndoles el porvenir por las líneas de la mano.

—Sí, sí, contestó Gonzalo despues de un momento de meditacion; los gitanos nos acompañarán á Urgel. Aunque su conducta no ha

sido muy ejemplar, no debemos olvidar cuán útiles nos fueron en aquellos desfiladeros atestados de nieve; y que sin sus ausilios acaso hubiera sido inútil la proteccion de Isidoro.... Ayer hablé con Diego y conseguí á fuerza de rodeos arrancarle la verdad sobre los sucesos de nuestro viage por los Pirineos: en efecto esperaba Diego que el camino estuvise impracticable para las cabalgaduras, ya que no para nosotros; y como no teniamos mas remedio que continuar el viage á pié, estaban avisados sus compañeros que se presentarian para adquirir por poco costo nuestros caballos. Como todos estos gitanos son chalanes, les he prometido, luego que lleguemos á Urgel, regalarles los animales que codiciaban, con lo cual se han enagenado de júbilo. Ya tienen formada entre los tres una sociedad comercial parala venta, de que se prometen subidas ganancias. Pero no me escuchas; ¿en qué estás pensado Cornelia mia?

La doncella se estremeció.

—¡En nada, en nada absolutamente! Miraba á la pobre María cómo se paseaba apoyada

en su madre....¡¡qué dichosa parece! y sin embargo....

—¡Y sin embargo no la ama su novio! ¿No es esto lo que quieres decir, hija mia? Sí; triste reflecsion es por cierto; pero afortunadamente el dia en que despues de tantos padecimientos dés la mano al generoso Bernardo, á nadie podrá ocurrírsele otro igual, porque él te ama y tú tambien le amarás....

—Tal vez, así lo espero.... dijo la jóven volviéndose un poco para encubrir su turbacion.

—Hija, añadió Gonzalo pesando cada una de sus palabras y estudiando con la mas minuciosa atencion los rasgos de su hija; si aun no le profesas todo el cariño que deseo, en cambio tampoco poseerá otro ese cariño.

—Padre, respondió Cornelia, cada vez mas turbada; bien sabeis cuánta es mi franqueza: desde muy niña me fortalecisteis contra esas flaquezas, esa incertidumbre que tantas desgracias acarrea á veces; no temais de mi parte disimulo ni con vos ni con Bernardo: el dia que los sentimientos que hoy creo poder llamar reconocimiento, admiracion, lástima, me parecie-

ra que se conviertan en sentimientos mas tiernos os lo diria á vos y al que habeis elegido para mi esposo; uno y otro seríais mis jueces y consejeros.

—Esplícate, querida mia, dijo el anciano inquieto; ¿alguno te inspira sentimientos capaces de hacer temer.....

—Padre, interrumpió la jóven con viveza señalando á un hombre; ahí le teneis.

Mordióse el viejo los lábios, y miró en la direccion indicada. Era en efecto Isidoro, que acababa de asomar en el recodo de un sendero que bajaba de los montes.

Llevaba el mismo trage de ordinario, pero venia desprovisto de caza. Colgaba descuidadamente la capa de capucha, dejando descubierto el cañon de la escopeta, que no habia servido en todo el dia; andaba el jóven con lentitud, con la cabeza inclinada y sin darse por entendido de lo que pasaba en torno suyo.

Sin embargo, á pocos pasos, antes de llegar donde estaban los estrangeros, se detuvo, y alzando la cabeza, sacudió el estupor que le dominaba. Miró con asombro aquella bulliciosa muchedumbre, como si no adivinase la causa de

aquel insólito espectáculo; y recobrando al fin el recuerdo de la verdad, hizo un movimiento como para huir otra vez á las montañas; mas antes de dar un paso, su voluntad habia mudado de objeto, y cediendo á consideraciones nuevas, arregló precipitadamente su capa para ocultar sus facciones, y se acercó al edificio, confiado en que á favor del crepúsculo podria pasar por algun convidado de poca importancia y entrar sin ser visto.

Pero para ejecutar este proyecto sin tropezar á cada instante con los grupos que circunvalaban la casa tuvo que acercarse al collado que ocupaban Gonzalo y su hija, y pasar por junto á ellos. Al punto los reconoció, pero pensando sin duda que ellos no habrian reparado en él iba, á penetrar en la granja cuando un suceso inesperado estorbó su plan.

VIII.

Habíase promovido un gran tumulto entre los andorranos: confundíanse las imprecaciones, los juramentos, las amenazas con los gritos lastimeros de las mugeres. Vióse entre el gentío al gitano Diego luchando con vigor entre las manos de algunos robustos montañeses á quienes hiciera sin duda alguna injuria. Sobre él se alzaban los brazos, á él iban dirigidas las amenazas, y á pesar de su herida, que hubiera debido inspirar alguna compasion á sus perseguidores, tenia ya encima buen número de cos-

corrones que él procuraba evitar en cuanto alcanzaban sus fuerzas. A pocos pasos estaba María anegada en lágrimas, y su madre, enfurecida, hablaba á la multitud con volubilidad, y escitaba la cólera, la indignacion contra el pobre gitano.

Por fin tuvo Diego la suerte de zafarse del horrible tumulto, y aprovechó la ocasion para escapar con toda la ligereza de sus piernas; pero los montañeses, alarmados por las palabras de la Belsamet, dieron tras él. Miró el infeliz gitano en torno suyo para buscar el asilo mas seguro, y naturalmente al reconocer á Gonzalo y á su hija se dirigió á ellos para pedir proteccion. Hácia aquel lado encaminó su carrera mientras las oleadas de furiosos le perseguian gritando:

—¡Detengan al infernal hechicero, al pagano maldito! ¡Matad á ese pájaro de mal agüero! ¡Muera el gitano!

Viendo venir hácia ellos el enfurecido tropel, Cornelia y Gonzalo se habian levantado é iban á alejarse, cuando el bohemio, sofocado y jadeando, gritó en mal francés:

—¡Por piedad, señor, salvadme de esos rabiosos! ¡Santiago y San Miguel, soy buen cristiano, y si me abandonais van á asesinarme sin confesion!

Impedido por su humanidad se acercó Gonzalo para protejer á su antiguo guía; pero era dudoso que sus instancias ni aun las de su hija desarmasen la ciega cólera de los andorranos. De repente un pecho robusto se interpuso entre Diego y los frenéticos que iban á arrojarse sobre él, é Isidoro echándose la capucha dijo con tono severo.

—¡Dejad á ese hombre! ¿Qué le quereis? ¿que os ha hecho?

El acento, el ademan y sobre todo la presencia de Duba el jóven, produjeron un efecto mágico en los montañeses. Se pararon asombrados y en todos los rostros sustituyó la espresion de alegría y cordialidad á la del ódio y del enojo.

—¡Hola! sois vos, señor Isidoro! ¡Buenos dias señor Isidoro! dijo uno de los mas animados, con respetuoso modo: no hay por qué enfadarse; íbamos á dar una buena leccion á ese

tuno, porque os ha ofendido á vos y á vuestra novia con profecías de mal agüero....

Y al mismo tiempo hizo un movimiento para asestar un trastazo al gitano; pero este se colocó entre Isidoro y Gonzalo, y gritó en francés para no ser contradicho por sus enemigos en su defensa:

—¡Por todos los santos del paraiso! Señor francés, defendedme. No los dejeis acercarse, señor Isidoro; yo he dicho á la novia la buena ventura sin mala intencion, no porque sea mi oficio, sino por complacer á la señorita.

Mientras así se esplicaba, seguian en derredor el alboroto y las amenazas, y á poco la Belsamet, acompañada de su hija, llegó al corro intimando á su futuro yerno la órden de que no se opusiese á la legítima venganza de los montañeses que querian enviar á aquel condenado al infierno de donde habia venido.

Escuchaba Isidoro aquellos clamores con fatiga, con hastío; hubiera deseado ardientemente evitar aquella desagradable escena, y ya pensaba en los medios de zafarse de aquella importuna muchedumbre, cuando plantándose el tio Gonzalo delante del gitano, esclamó con

voz fuerte sin acordarse de que no seria comprendido:

—Ea, señores; dejad á ese infeliz; ¿no veis que está herido?....

Y Cornelia por su parte murmuraba al oido de Isidoro:

—Por piedad, apiadaos de ese desdichado; está herido y enfermo; van á matarlo.

Aunque esta voz era harto conocida por Duba, no volvió la cabeza para mirar á la persona que le hablaba, sino que rechazó con aire de autoridad á los que se acercaban para apoderarse de Diego, á quien preguntó en francés:

—¿Qué has hecho? Pronto, habla.

—Casi nada, mi buen señor, nada más que decir á la novia lo que he visto en las líneas de su mano..... Mi profesion no es decir la buena ventura, pero mi madre [que en paz descanse] pasaba en su tribu por muy hábil en quiromancia, y me dió algunas lecciones para poder echar mano de este recursillo en caso de necesidad. Hoy, deseando complacer á vuestra futura, porque así Dios me salve como me pareceis el hombre mas cabal que Dios ha de

recibir en su santo paraiso, quise ecsaminar su mano para anunciarle un matrimonio feliz, riquezas, numerosa descendencia; pero he leido cosas que me han amedrentado, y por soltar la verdad, esos hombres se han tirado á mí como lobos rabiosos....

—Vamos; ¿que has visto?

—Por Cristo juro que he visto.... no sé si debo decíroslo, porque podeis tambien....

Daba el jóven, dió en el suelo una patada de impaciencia.

—Allá voy, señor, ya que os obstinais, repuso el gitano turbado; pues he ecsaminado la blanca mano de la señora, y he hallado la *línea del matrimonio* corta desde su orígen por la línea de luto y muerte.... lo que significa que su boda le acarreará sin duda grandes desgracias.

Gonzalo sonrió con incredulidad, pero Cornelia se estremeció, porque sabia mejor que nadie, cuanta posibilidad encubrian aquellos siniestros presagios por absurdos que pareciesen. Isidoro permaneció un insrante inmóbil y sombrío, y dijo con acento bajo y sordo, que fué creciendo con rapidez y desconcierto.

—Sí, tienes razon; ¡el espíritu maligno te ha revelado sin duda ese secreto! Grandes desdichas nos amenazan á todos, y quizá..... sí; si ese enlace se consuma, la desesperacion y la muerte caerán sobre el techo de los esposos. El oráculo ha acertado.... Pero ¿por qué ha de verificarse el casamiento? ¿no soy ya dueño de mis acciones? Me han sorprendido la palabra, me han arrancado promesas que mi corazon no ratifica.... No, no, fuera boda! fuera fiestas! fuera alegría! Dejadme; todo ese bullicio me cansa, me irrita, me ecsaspera! Este matrimonio no se hará jamás!

Quiso apartar con frenesí á los andorranos que atribuian aquel arranque á la indignacion de que suponian animado á Duba contra Diego; pero el gitano aterrado se aferró á su capa, y al mismo tiempo una mano ligera tocó su hombro y una voz dulce le dijo al oido:

—Serenaos, Isidoro; acordaos de vuestro padre.... de vuestros amigos.... de esa muchacha que será deshonrada por una retractacion inesperada delante de todo el pais!

—Isidoro, dijo en catalán otra voz no menos dulce, ¿que teneis hoy? aun no me habeis dicho

nada; no habeis visto que estaba yo aquí; ¡oh! vuestras miradas me dan miedo!

Era María Belsamet, que dejara á su irritada madre para dirigir estas quejas á su novio; Isidoro miró lentamente y en silencio á cada una de las doncellas que estaban á derecha é izquierda como el ángel bueno y el ángel malo, la una con la sonrisa en los lábios, la otra con lágrimas en los ojos, y se dió un golpe en la frente repitiendo con violencia:

¡Jamás! ¡jamás!

En este momento se apartó la muchedumbre, y penetró otro personage en el círculo. Era el anciano Beltran Duba, que ignorante de lo que ocurria, iba en busca de su nieto para presentarlo á los notables reunidos.

—Isidoro, dijo abrazándole afectuosamente, en cualquiera otra ocasion te reconvendria por tu inconcebible conducta: mas no quiero mostrarme severo contigo en el momento en que van á ser colmados mis deseos. He escusado como he podido tu ausencia hasta ahora; pero ya no puedes dejar de venir á saludar á todos los personages importantes que hay reunidos

en mi casa. Ven, hijo mio, ven.... pero ¿qué es esto? ¿qué ocurre aquí?

El centenario, distraido con la solemne presentacion que preparaba á su nieto, no habia reparado el sombrío aspecto de Isidoro, el continente inquieto y aturdido de la mayor parte de los circunstantes, y los misteriosos cuchicheos. Como permaneciese inmóbil y silencioso Duba el jóven, y sin darse por entendido de la invitacion de Beltran, intervino la anciana Belsamet, y dijo en catalán con sarcástico acento:

—Isidoro, ¿desde cuándo hacen los jóvenes aguardar á los viejos? ¿Se aprenden en Francia esas cosas, inclusas las atenciones debidas á la novia y á la familia de la novia, la víspera de la boda?

Aquella voz ágria é insultante disipó la incertidumbre de Isidoro.

—Esa muger tiene razon, respondió en francés y tendiendo en torno suyo miradas feroces; abuelo, decidle que me reconozco incapaz para casarme con su hija, y renuncio para siempre....

—¡Siempre con lo mismo! murmuró el anciano dolorosamente. Pero si hablas así es

por cólera, Isidoro, dijo aprocsimándose á su nieto: la Belsamet te irrita sin cesar por su genio querelloso. Vuelve en tí, Isidoro, y si aún te duran algunos temores, esta noche los disiparémos. Ven, ven conmigo..... y despues te probaré que ya no puedes volverte atrás sin ser un ingrato, un perjuro, un mal hijo.....

—Abuelo, dijo Isidoro con energía, y en francés, si me presento delante de vuestros amigos, será para decirles que hay un hijo indigno en Andorra que quisiera poder renegar de su pátria ... les diré en fin, que soy un ingrato, un perjuro, un perverso, y que merezco su ódio y su desprecio.

Y sin que se pudiera contenerle, abrióse paso á través del gentío, y se encaminó á la habitacion sin volver la cabeza. Parado quedó Beltran un momento como aturdido por el terrible golpe que acababa de recibir: en seguida hizo una seña á Pedro, que le habia seguido, y dijo en voz baja:

—Pedro, no le dejes; impide que salga de casa, y detenle por fuerza si es preciso; puede huir y perderse todo.

Pedro partió con la rapidez de la flecha.

Entretanto María y su madre, como igualmente los andorranos, no podian adivinar la causa de la precipitada fuga del jóven y una parte de la escena que acabamos de transcribir habia sido para ellos un enigma inesplicable. Se miraron unos á otros sin atreverse á preguntar al anciano, cuya conmocion anunciaba alguna desgracia; pero Gonzalo y Cornelia, que lo habian comprendido todo, quisieron dirigir algunos consuelos al centenario en aquella terrible situacion. Al reconocerlos, porque hasta entónces no advirtiera Beltran su presencia, los rechazó, diciendo enagenado.

—Vosotros, vosotros solos teneis la culpa de todo. Vosotros le habeis enseñado la mentira y el menosprecio del juramento. ¡Oh! Maldito el dia en que vinísteis á introducir en mi casa la desesperacion y la vergüenza! ¡Esa doncella es la causa de nuestros males!

—¿Será cierto? esclamó Gonzalo.

—Si soy causa involuntaria de la desgracia que os sucede, dijo Cornelia con voz firme, es mi deber esforzarme para repararla.... Señor Dubá, si mi padre y vos lo consentís iré á ver á vuestro nieto y procuraré.....

—¡Tú, hija mia!

—¿No habeis comprendido, padre que me suponen alguna influencia en el ánimo de ese jóven? Fuerza es que me valga de esa influencia para impedirle que se arroje en un abismo.....

—Pues daos prisa, dijo Duba con la frente inundada en sudor; si decidís á Isidoro á obedecer nuestras órdenes, si le volveis á su pátria, á su honor, os adoraré de rodillas como á una imágen..... Sí, si, habladle, rogadle y no se atreverá á rechazar vuestras súplicas. Nos salvaréis, nos salvaréis; ¿no es cierto? Corramos en busca de Isidoro, roguémosle de rodillas que no haga caer esta mancha en nuestra noble familia.

—Perdonad, dijo la jóven en voz baja; la única persona que pueda presenciar mi entrevista con vuestro nieto és esa.

Y señaló con el dedo á María Belsamet. El centenario aprobó esta resolucion.

—¿Pero que has de decir, hija mia, para vencer esa insensata obstinacion? preguntó Gonzalo.

—Lo que Dios me inspire para evitar una gran falta á ese pobre jóven.

Asió á María de la mano y se la llevó hácia la casa. La linda andorrana, ignorante de lo que de ella se queria, hacia una multitud de preguntas que Cornelia no podia comprender; pero pronunció ésta el nombre de Isidoro, y esta palabra bastó para satisfacer á la doncella. Marcharon rápidamente, tomándose de la mano como dos hermanas.

Antes de seguirlas, dijo Beltran Duba algunas palabras al oido de la Belsamet para tranquilizarla, y dirigiéndose á los curiosos que la cercaban, dijo con alegre acento que contrastaba con la palidez de sus facciones:

—Ea, amigos mios, divertirse mientras vamos á presentar á los notables de Andorra los futuros esposos. Quiero que todo el mundo esté contento y dichoso.... ¡Viva la zambra, hijos mios; cuanto poseo es vuestro!

Y mientras las aclamaciones y los instrumentos atronaban de nuevo los espacios, se apoyó el patriarca en Gonzalo y le dijo con amargura:

—Ya lo veis, señor; en nuestras montañas lo mismo que en vuestras ciudades civilizadas hay con frecuencia que aparecer risueño mientras el corazon está desgarrado.

IX.

El aposento donde se refugiara Isidoro, y que habitaba de ordinario, estaba en el piso bajo y separado de la sala comun tàn solo por una puerta. Este aposento, que tenia otra salida al pátio principal para que Isidoro pudiese salir á cualquiera hora de la noche cuando iba de caza, era sencillo y mal pergeñado. Una gran cama de antigua forma, un armario de pino y sillas de madera labrada componian la parte necesaria del mueblage: en punto á adornos, no habia mas que una águila de cabeza

blanca, disecada, y formando trofeo con los cuernos de una cabra montés: la piel de un oso pardo, muerto por Isidoro, servia de alfombra para los piés, y pendian de las paredes frascos de pólvora de diversas hechuras, escopetas y trabucos de todos calibres y cuernos de caza con embocaduras de plata. Pero lo que en la fisiología de aquella habitacion manifestaba la superioridad intelectual de Isidoro sobre la mayor parte de los habitantes de Andorra, eran unos cuantos libros escogidos, franceses y españoles, dispuestos con órden sobre un estante, y tintero, plumas y papel en activo servicio. Sabemos, en efecto, que Duba el jóven era el encargado de toda la parte de escritura y cuentas, y que quizá en toda la República no se sacasen veinte personas, incluso el abuelo, capaces de luchar en instruccion con él.

Cuando Isidoro se apartó de su abuelo, no tenia ningun proyecto, ningun plan fijo: habia obedecido á un impulso irresistible y espontáneo al espresar con tanta violencia la negativa inesperada que consternara á Beltran, y dirigídose á su habitacion mas por efecto del hábito, que por ningun motivo meditado.

Pero cuando se halló solo y oyó en la pieza vecina el murmullo producido por la conversacion de la aristocracia andorrana, volvió en sí algun tanto, y comenzó á reflecsionar sobre su situacion.

A primera vista le acobardó el cúmulo de males que iba á ocasionar el rompimiento de su boda, y le acosaban tantas dudas é incertidumbres, que su carácter enérgico no halló otro desenlace que huir inmediatamente. No se sentia Isidoro con fuerzas para aceptar el combate que presentia.

Paseóse un momento por su estancia, y determinándose de pronto, reunió á toda prisa los objetos que queria llevarse, sin saber aún donde ir á buscar un asilo. Escogió la mejor escopeta, el frasco de pólvora de las grandes cacerías, se echó al cuello un rosario de ébano que perteneciera á su madre; y caundo todo estuvo pronto, se detuvo y contempló pensativo los diversos objetos que le rodeaban. En este momento llamaron suavemente á la puerta del lado del pátio; pero el tumulto del aposento inmediato apagó sin duda este débil rumor, ó el jóven andorrano estaba demasiado absorto

en sus reflecsiones para contestar. Al cabo de un minuto se abrió la puerta lentamente, y las dos jóvenes, asidas todavía de la mano, entraron con timidez.

La noche se aprocsimaba, y el crepúsculo, que aun penetraba á través de los vidrios de asta, no les dejó ver á Isidoro, de pié, con la frente apoyada en la pared, al otro estremo de la habitacion: despues de un veloz ecsámen, se miraron mútuamente, como quien dice "no está;" pero al mismo tiempo, un débil gemido les manifestó que se equivocaban.

Involuntariamente esperimentaron ambas un sentimiento vago de terror. No osaban avanzar, y se apretahan la mano para animarse. Entonces mas que nunca conoció Cornelia la dificultad de la empresa que habia acometido: entonces debió sin duda arrepentirse de no haber reflecsionado los medios de vencer la obstinacion del andorrano, y deseó tener algunos momentos antes de comenzar apuella lucha, cuyo resultado interesaba á tantas personas. Pero si tuvo el pensamiento de retirarse, no le fué posible realizarlo. Un ruido de pasos rápidos y desiguales sonó de pronto, y apareció

Isidoro en la parte alumbrada del aposento, diciendo en catalan, con voz alterada:

—¿Qué ocurre? ¿Qué me quereis?

—Somos nosotras, Isidoro, dijo María tímidamente.

Pero Isidoro no hizo el menor caso de ella. Sus ojos se clavaron en Cornelia, que ni se atrevia á avanzar ni á retrocoder, fascinada por aquella mirada inmóbil y pesada como el plomo.

Vos, vos, señorita, dijo por fin Duba en francés con acento furibundo: ¿teneis aún algun favor que pedirme, algun doloroso sacrificio que imponerme para vos ó para vuestros amigos? ¡Oh! ahora pedidme la vida, y os la daré sin sentimiento.

—Señor Isidoro, respondió Cornelia temblando; no vengo á hablaeos de mí: demasiadas veces he recurrido á vuestra bondad, Isidoro: vengo á reclamar justicia para vuestra desposada, y creo que no tomaréis á mal que una estrangera se atreva á intervenir en vuestros mas caros intereses.... María es mi compañera, mi amiga, y bien puede una doncella defender á otra cuando....

—Pero, esclamó impetuosamente el jóven, me mandais consumar una union odiosa, y no sabeis que sois vos....

Se detuvo con la boca entreabierta, cual si de pronto faltara el aire á su pecho. Cornelia bajó los ojos ruborizada; y sin embargo, como con aquel franco y sencillo montañés era preciso seguir el camino derecho, no titubeó, y dijo por lo bajo:

—Isidoro, he adivinado tal vez lo que me habeis dicho, lo que no debíais decirme....

—¡Cómo! ¿sabeis....?

—Sé que una imaginacion puede cegarse en presencia de obstáculos insuperables.... Mi padre y yo tenemos demasiadas obligaciones con vos y vuestra familia, para que me detengan vanos escrúpulos de niña en un momento en que estos escrúpulos pueden acarrear grandes desgracias. Isidoro Duba, el cariño que hayais podido engendrar por cualquiera otra que no sea vuestra desposada, es funesto y pronto va á ser culpable!

Sentóse Cornelia al lado de María con magestuoso aplomo, mientras Isidoro se creia presa de una pesadilla al ver así descubierto el se-

creto que escondiera en lo mas íntimo de su corazon.

—Bien, es cierto; ¿por qué he de negarlo si lo habeis adivinado? El pobre montañés ha tenido la osadía de alzar los ojos.... Mas ¿qué os importa? No os ha pedido nada, ni aun compasion, porque sabe sufrir y callar. ¿Y por qué penetrais á su pesar en ese secreto que le pertenece á él solo? Señorita, yo soy un hombre rústico, poco avezado al elegante lenguaje, á las estudiadas maneras de las ciudades; pero declaro que la resolucion espresada delante de mi abuelo es irrevocable: este matrimonio no puede consumarse, y marcho.... En cuanto á los motivos de este rompimiento, son un secreto, un secreto solo mio.... y del que debo cuenta no mas que á Dios.

—Os engañais, señor Isidoro, dijo Cornelia con vehemencia; debeis dar cuenta tambien á esa niña que elegísteis solemnemente por muger, á vuestro abuelo que cifra en vos su gozo y su esperanza, á todos cuantos fueron testigos de vuestras promesas, á todo el pais convidado para la fiesta de mañana.

—No amo á esa jóven, dijo Isidoro señalan-

do á María, y acaso la aborreceria si este matrimonio se verificase; las promesas que hice fueron arrancadas por instigaciones de mi padre, arrancadas por una necesidad que vos menos que nadie, señorita, debe echarme en cara. Por lo que toca á esos estrangeros que aturden nuestra casa, ¿los llamé yo por ventura? Esta noche ignoraba aún el objeto de su reunion: y si mi abuelo por su edad, por su calidad, tiene derecho para censurar mi voluntad, no la tiene para imponerme la suya ... Soy hijo de las montañas; soy libre, y moriré libre.... ¿qué me importa el mundo? lo detesto, y voy....

Pronunciadas estas palabras con una especie de entusiasmo febril, se volvió para continuar sus aprestos de fuga. Cornelia lo miró un instante, y levantándose dijo con vòz penetrante, que mas dolor que cólera anunciaba:

—Perdonad, señor Duba, que me haya engañado tan cruelmente; creia que el intrépido, el generoso jóven que me salvó de nna muerte segura, que con tanta energía luchó por defender contra el gobierno de su pátria, contra su mismo abuelo, los derechos de la hospitalidad,

no seria capaz de romper sin pesar y sin remordimientos los lazos mas sagrados, de hollar bajo sus piés los deberes mas imperiosos. Ahora veo hasta qué estremo puede estraviarse la opinion por el agradecimiento: y de cuantos pesares me han abrumado de algunos meses acá, ninguno es mas atroz que esa fatal certidumbro....

Los sollozos le cortaron el uso de la voz, y por cierto que en aquel momento no estaba Cornelia para pensar en el efecto que, segun el anciano, debian producir sus lágrimas. Aquel profundo dolor ocasionó una mudanza maravillosa en el sombrío y feroz montañés: tiró lejos de sí los diferentes objetos de que estaba cargado; y volviendo velozmente hácia Cornelia, esclamó con acento de orgullo y regocijo:

—¡Esas lágrimas! las derramais por mí, ¿no es cierto? por mí solo.... ¿Seré posible que hayais visto en mí algo mas que un hombre rústico y grosero, cuyos beneficios se aceptan cuando hacen falta, y á quien se desprecia, y se desdeña despues como indigno de atencion? ¡Llorais! ¡llorais! y yo no advertia que mencio-

nábais sin cólera el secreto que habeis sorprendido!

—Isidoro, interrumpió la doncella bajando los ojos; no es generoso recordar la confesion arrancada por la necesidad. Sí, supe sin enojo ese fatal secreto, pero con profunda tristeza!

—¿Y por qué, señorita? preguntó el montañés con fuego: si fuérais libre (y podríais serlo como yo si quisiérais), os habria dicho. "No valgo nada por mí, pero os amo. Si apeteceis en el que ha de ser esposo vuestro la nobleza de la cuna, uno de mis abuelos fué hermano de armas de Carlomagno: si codiciais bienestar, soy el hombre mes rico de Andorra: si deseais la libertad de la montaña, seréis la reina de este pueblo, y si preferís el lujo y la vida de las ciudades, sabré plegarme á todo por daros gusto: en fin, de cuanto es capaz un hombre animoso, amante, resuelto, para merecer el afecto de una muger, para defenderla y hacerla dichosa, otro tanto haré por vos." Decidme, señora, si Isidoro Duba os hubiera hablado así ¿le habríais desechado con desprecio?

—Yo no soy libre, Isidoro.... Mi padre ha empeñado su palabra, y la palabra de mi padre

es tan sagrada para mí como la mia propia. Si en las actuales circunstancias me hubiérais dirigido esas palabras, habria contestado: "Lazos indisolubles nos detienen á uno y á otro, y ni uno ni otro puede romper esos lazos sin hacer alarde de egoismo y de bajeza: imposible es el cariño entre dos personas obligadas á despreciarse, y vale mas que merezcan uno de otro, por el cumplimiento de sus deberes respectivos, estimacion y respeto."

—Sombrío silencio guardó Isidoro: las palabras de Cornelía hallaron eco en su corazon, y reanimaron los sentimientos generosos que solo estaban embotados. Notó la jóven esta impresion, y prosiguió con mas vehemencia:

—¿No habeis oido decir que en ciertas épocas de la vida debian consumarse grandes y penosos sacrificios, si se queria gozar despues la calma, la paz de una buena conciencia? Nosotras, pobres mugeres, á quienes el destino señaló la resignacion, hartas veces tenemos que luchar contra nuestros deseos y secretos instintos; mas ¿creeis que nuestra victoria cuando la conseguimos no es digna del hombre enérgico é inteligente? ¿Creeis que no tiene tanto mérito

y valor domeñar un pensamiento culpable, como vencer al oso temible de los Pirineos? Isidoro, uno de esos dos sacrificios es el que me atrevo á pediros: teneis generosidad suficiente para comprenderlo y para llevarlo á cabo.... Es fuerza que renuncieis á los funestos proyectos que habeis concebido.... Es fuerza que la boda se verifique.

—Jamás, dijo el andorrano con voz alterada: presiento alguna terrible desgracia si accedo á vuestras instancias. El gitano tenia razon; los presagios son siniestros....

—¿Y por las locas hablillas de ese miserable vais á arriesgar la ecsistencia? esclamó Cornelia reconviniéndole. Isidoro, os habia creido superior á las necias preocupaciones de vuestros compatriotas, y me parecia que la sólida instruccion que poseeis os libertaba de esas vulgares creencias. ¿No pensais que dentro de pocos instantes vais á trocar en honda tristeza los gritos de júbilo que resuenan en torno de esta casa? ¿Habrá alcanzado vuestro padre tan avanzados años para apesararse de haber vivido tanto tiempo? ¡Ha de verse condenado á la deshonra, al vilipendio ese infeliz, que de

nada tiene la culpa? Y vos mismo, vos, Isidoro, el héroe, el gefe, el modelo de los mancebos de Andorra, ¿quereis ser perseguido por el desprecio, por la ecsecracion de vuestros compatricios; quereis ser proscrito como un traidor, maldecido por vuestro centenario abuelo? Ah! no; no es posible que los locos presagios de un gitano hayan turbado hasta ese punto vuestra razon!

Isidoro se ocultó el rostro con ambas manos, y Cornelia no titubeó en dar el postrer golpe.

—En fin, Isidoro, añadió en tono suplicante, si me es lícito hablar de mí despues de tantas personas respetables, no me hagais, por Dios, salir de vuestra casa con la idea de que he contribuido á vuestra pérdida, á la pérdida del hombre por cuya felicidad habria sacrificado mi ecsietencia! No me dejeis el eterno remordimiento de pensar que he recompensado con la ruina de vuestra familia, con vuestra deshonra, los inmensos beneficios que os debemos, y que la época de mi mansion en esta casa ha sido época fúnesta para cuantos en ella me recogieron! Isidoro, no tengo derecho para pediros este sacrificio en mi nombre; pero invocaré el

de ésa pobre niña tan pura, tan inocente, que no debe saber lo que es sufrir! Sed bueno, sed noble y generoso, como lo habeis sido siempre, y yo..... Isidoro, aunque apartada de vos, os conservaré toda mi vida un íntimo recuerdo de gratitud, de estimacion y de cariño.

Detúvose Cornelia; la inflecsible obstinacion de Isidoro habia cedido..... y lloraba.

—Señorita, dijo, vencísteis; seré digno de esa estimacion de ese cariño de que me hablais, y haré el gran sacrificio, porque vos lo ecsigís! Vos sola podíais mudar mi desesperada resolucion: me sentia con fuerzas para luchar contra mi abuelo, contra el mundo entero; pero mis fuerzas se han desvanecido con vuestras dulces palabras. Vos sola podeis con una señal quitarme ó darmé valor.... Pero yo tambien quiero pediros una gracia..... Si os alejais antés de que sea indisoluble este enlace, quizá predomine otro sentimiento sobre el deber, y me desprecieis..... Os suplico que aguardeis un dia, un dia no mas!

Cornelia titubeó un instante.

—Bien, contestó débilmente.

Asió Isidoro su mano respetuosamente, y la

estrechó contra sus lábios; pero Cornelia, desasiéndose dulcemente, le presentó á María diciéndo:

—Abrazad á vuestra esposa: acabo de pagarle la deuda del reconocimiento.

En el momento en que Isidoro estampaba un beso helado en la frente de la cándida niña, que solo tenia una sospecha vaga de lo que acababa de suceder, entraron tan oportunamente Beltran Duba y Gonzalo, que no parecia sino que habian aguardado á la puerta la solucion de la escena. La actitud de Isidoro y de María satisfizo al centenario, que se dirigió á Cornelia con singular viveza, diciéndole por lo bajo:

—Habeis triunfado! Gracias, señorita, gracias; os habia juzgado mal....! Dios y los santos os recompensen lo que acabais de hacer por nosotros.

En seguida abrazó á Isidoro, y le dijo sollozando:

—Isidoro, querido Isidoro, al fin te recobramos!

Pasado el primer momento de enternecimiento, cobró su gravedad ordinaria.

—Hijo mio, has otorgado á las instancias de la bella estrangera lo que rehusaste á las súplicas y lágrimas de tu abuelo.... pero te perdono. Ahora debo recordarte que los notables aguardan en el aposento vecino, y que mi ausencia y la tuya deben haberles estrañado.... Vaya; da la mano á tu linda desposada, y démonos prisa.

Dió al mismo tiempo algunos pasos, pero Isidoro le detuvo:

—Abuelo, dijo con voz grave, puesto que es preciso que este matrimonio se verifique mañana, no teneis que rehusarme nada en estos momentos: ruégoos, pues, que consintais en que nuestros haéspedes permanezcan en casa hasta despues de la boda.

—Isidoro, dijo el anciano con severidad, has olvidado que solo una astucia ha podido obligarme contra lo dispuesto por el consejo....

—Abuelo, replidó Isidoro meneando la cabeza, no me pidais razon de este deseo, pues es preciso tambien que se satisfaga.

—Bien; hablarémos al síndico ínterin llega el ilustre veguer: apelarémos á la solemnidad de la fiesta; pero ven.... ven....

Isidoro estaba inmóbil, dudoso aún, mientras el anciano se acercaba á la puerta. Entonces tomó Cornelia la mano de María, la enlazó con la de Isidoro, é impeliéndolos suavemente hácia la sala, murmuró al oido de Duba:

—Valor! valor!

Isidoro se dejó llevar; cerca ya de la puerta, volvió la cabeza para dirigir la postrera palabra á Cornelia... Pero la puerta se abrió de repente, y dejó ver la sala brillantemente alumbrada por un número inmenso de bugías de resina. Una multitud de ancianos, de dignatarios y gefes de familia henchian el vasto aposento, y formaban animados grupos. En el mismo momento, la mano de Beltran sustituyó á la de Cornelia para conducir á los novios al centro de la asamblea, que los recibió con entusiasmo, vivas y aclamaciones.

Habíase quedado Cornelia sola con su padre. Escuchó un momento el ruido rordo y confuso que producia la presentacion de los futuros esposos, y acercándose pálida y temblando á su padre, apoyó la cabeza en el hombro de Gonzalo, diciendo con inesplicable turbacion:

—Padre mio, sacadme de aquí! ¡Dad las órdenes para que partamos esta noche misma ó mañana al amanecer!

—¿Por qué, hija mia? dijo Gonzalo asombrado: ¿no has oido á Isidoro pedir nueva demora? Estás aún tan débil.....

—Padre, jamás podré ser testigo de esa union..... es preciso que parta.....

—Cornelia mia, esplícate..... ese misterio....

—Es que..... *le amo,* padre mio! murmuró la doncella, anegada en lágrimas: ahora lo acabo de conocer!

X.

La mayor parte de los que llegaron la víspera para asistir á las bodas de Isidoro Duba no habian podido hallar puesto dentro de la casa, y viéronse precisados á pasar la noche bajo el cobertizo que debia servir de salon de banquete. Pero juzgando por los cantos y gritos de júbilo que resonaron toda la noche, debemos creer que el tiempo pasó alegremente para los convidados, sin que ninguno echase de menos las escasas comodidades de su morada. Al amanecer, todos los tañedores de instrumentos

estaban reunidos para dar serenatas á los novios, y se advirtió que cuando Isidoro se asomó á la ventana para darles las gracias, cubria sus facciones una palidez mortal.

Pero cuando la concurrencia creció hasta un número prodigioso, fué á las nueve de la mañana, hora señalada para la celebracion de la ceremonia religiosa. Cuantos tenian su habitacion cerca de la aldea, acudian sin cuidarse de si habian recibido un convite especial, porque el magnánimo Beltran habia hecho correr la voz de que serian bienvenidos cuantos quisiesen tomar parte en la fiesta. Así es que no habia un habitante libre en tres leguas en contorno, que no ansiase presenciar el matrimonio de Isidoro Duba, el heredero del derecho Carlovingio, el nieto del decano de Andorra, con la hermosa María Belsamet, postrer vástago de una familia tan antigua quizá como la de los Duba. Este suceso debia dar por espacio de un año asunto á todas las conversaciones en las cabañas de la vecindad. Queríase ver el continente noble y altivo del recien casado, el rubor y preciosos atavíos de la futura: queríase saborear su vino y comer sus manjares en

pago de las aclamaciones y bendiciones. Todos los trages, todas las castas meridionales se encontraban en aquella variada cencurrencia: las monteras andaluzas, los chambergos aragoneses, los birretes colorados de los andorranos, los gorros puntiagudos de los montañeses, todos volaban por los aires en señal de júbilo.

Por medio de los grupos paseaba orgullosamente una cuadrilla de diez á doce mancebos vestidos á la catalana y armados de punta en blanco, inspirando mas temor que simpatía á los demás circunstantes: á la cabeza iba un moceton malencarado, con el trabuco al hombro y un brazo en cabrestillo. Era Michael Moro el contrabandista, que acudiera con sus compañeros á cobrar el tributo prometido por Beltran. Pero en el inmenso concurso no parecia una muger: todas se reunian en la aldea en casa de la viuda Belsamet para formar la comitiva que debia acompañar á la novia á la iglesia, mientras por su parte los hombres acompañaban á Isidoro.

Parecia que el cielo se habia vestido de gala para contribuir al lucimiento de la rústica fiesta. Lanzaba el sol aquellos suaves y puros

destellos peculiares de las regiones meridionales, y á campo raso continuaban los preparativos del festin. Ya estaban cargadas las mesas del cobertizo de una larga fila de platos de madera y tarros de vino: en una mesa aparte, destinada á la aristocracia andorrana y á los novios, era el servicio de hermosa porcelana francesa, y los demás utensilios de plata, lujo inaudito para aquel pais. Todo al derredor del cobertizo asficsiaba el humo de la lumbre que servia para preparar los platos de todas clases. Un jabalí casi entero se asaba sobre una hoguera inmensa; los carneros, las gallinas y las aves hervian en enormes calderas de que hubiera sido fácil estraer aquella espuma tan apreciada por Sancho Panza. Los pellejos de vino yacian á centenares, las pilas de panes de maiz casi tan altas como el techo de la sala que los contenia..... Pero suspendamos de golpe esa descripcion homérica, no sea que se nos acuse de plagiarios del príncipe de los poetas españoles.

Formando contraste con la rústica y estrepitosa alegría de fuera, toda la anchurosa mansion de Beltran Duba, aunque atestada de gen-



te, ofrecia un aspecto de recogimiento y respeto debido sin duda á la presencia de personages mas eminentes aún que los miembros del ilustrísimo consejo. Era nada menos que el veguer andorrano que llegára por la mañana con otros varios funcionarios de la república. Los poderosos huéspedes se hallaban reunidos en la sala comun, que en una noche habia sufrido maravillosas mudanzas, amaneciendo engalanada con colgaduras y guirnaldas de follage. El veguer, vestido con trage militar, cubierto de bordados, llevaba ceñida la espada, única persona que con el veguer de Francia tenia derecho para usar esta arma. Seguíanle los *honorables* bailíos ó jueces civiles, los síndicos, los cónsules de las comunidades andorranas, los capitanes de milicia, siendo acaso la vez primera que todos los poderes de Andorra se reuniesen para honrar á una sola familia.

Así es que, el anciano Beltran Duba estaba medio loco de orgullo y regocijo; chispeaban sus ojos, se hinchaban sus narices, su cuerpo, algo inclinado, habíase enderezado como en sus juveniles años. Revivia en su nieto, y las muestras de simpatías que se prodigaban á su

familia, le embriagaban, como el baile enloquece á una doncella. Vestido de una antiquísima casaca negra, que conservaba de sus tiempos de autoridad, paseaba envanecido por la asamblea, recibiendo los cumplimientos y los apretones de manos. Isidoro lo acompañaba sombrío y pensativo, contestando con melancólica sonrisa á las felicitaciones que se le dirigian: dentro de su alma pasaba algun penoso combate, y sus facciones, á pesar de sus esfuerzos, revelaban una emocion interior. Pero los huéspedes de su abuelo, y el mismo Beltran atribuian ese silencio al respeto, á la timidez natural en un jóven en medio de tantos ancianos y encopetados personages.

Ya tenia Isidoro el trage que debia llevar á la ceremonia de la boda; y esceptuando la finura de la tela, el brillo de los colores y algunos adornos accesorios, se asemejaba en un todo al que llevaba el dia que le encontraron los viageros en las montañas. Movido de su refinada política, quizá por un verdadero apego á las añejas usanzas de Andorra, habia querido el centenario que se mostrase su nieto el dia de la boda con el uniforme nacional: segun sus ideas, era

este un medio de acrecentar la popularidad de su familia. De forma que en aquella solemne ocasion nadie hubiera diferenciado al rico Isidoro Duba del último de los pastores, á no ser por las medallas de seda y los zapatos con hebillas de plata que sustituian á las alpargatas y botines de cuero, á no ser por las cintas y el alfiler de diamantes que lucia su pecho, y que eran regalo del ilustre veguer.

Despues de dar algunas vueltas por la sala, apartóse Beltran Duba con su nieto, mientras los circunstantes departian sobre los asuntos públicos, y sin poder contenerse, dijo con efusion al jóven que continuaba silencioso y preocupado:

—Vaya, Isidoro, ¿podias pensar que nos colmasen de tantos honores? Todo lo que de rico y poderoso encierra Andorra ha venido: ni uno solo ha faltado. ¿Cuándo ha recibido nuestra familia tantas muestras de consideracion? ¿Se ha visto jamás en una situacion tan próspera desde el gran Carl? Dios nos proteje, Isidoro; Dios me ha permitido alcanzar este fausto dia para proporcionarme un placer precursor de los goces del paraiso!

Y mientras hablaba, apenas podia el anciano contener sus lágrimas de enternecimiento, y estrechaba convulsivamente las manos de su nieto.

—Ojalá sea esa dicha de larga duracion, abuelo! dijo Isidoro con voz triste. Pero todavía, añadió mirando con inquietud en torno suyo, no he visto á ese estrangero llamado Gonzalo, y que debe asistir....

—No te apures, hijo mio, dijo el patriarca con precipitacion; un estrangero no podia mezclarse con los miembros del consejo, y le verás al salir de la iglesia. ¿Pero á qué te acuerdas de un estrangero cuando tienes delante tantos ilustres personages, venidos solamente por tu causa? ¿Sabes, querido, que despues de esta manifestacion en nuestro favor, no hay honra á que no puedas aspirar? Con el matrimonio te haces apto para los cargos públicos del ilustrísimo consejo, cónsul, y despues, despues, cuando yo yo sea ceniza, veguer de Andorra quizá....

Tendió el anciano una mirada triunfante, como desafiando el porvenir, y el jóven le replicó con una desazon inesplicable:

—Abuelo, perdonad. No podeis comprender

cuánto me importa que ese estrangero y su hija no se aparten de mí en estos momentos!

—¿Y quién es ese estrangero, quién su hija, dijo con impetuosidad el anciano; cuando tenemos tantos otros huéspedes que reclaman nuestra atencion y nuestro respeto? Isidoro, aun que viviera doble tiempo del que ya tengo, jamás se borraria de mi mente la memoria de este dia.

Iba á contestar el jóven, cuando se acercaron á su abuelo dos ó tres convidados, y le dirigieron la palabra. Isidoro aprovechó esta circunstancia, y salió precipitadamente de la sala sin ser visto.

Llegó entretanto la hora señalada para la bendicion nupcial, y un bedel con su varilla de puño de plata fué comisionado por la iglesia para anunciar que aguardaba el sacerdote, y que estaba ya en camino la comitiva de mugeres.

Esta noticia alarmó á todos los concurrentes, quienes se levantaron para formarse y ocupar el sitio que correspondia á su dignidad. El veguer y los síndicos marchaban los primeros, como gefes del gobierno de Andorra; el

segundo puesto estaba reservado á Beltran y al novio, á quien por un favor insigne se anteponia á los individuos del ilustrisimo consejo, á los cónsules y bailios. Seguian despues los oficiales públicos subalternos, acabando por los simples ciudadanos que aguardaban á la puerta la salida del cortejo para incorporarse hasta la iglesia.

Mientras se colocaba cada cual segun su gerarquía, miró el viejo por la sala, y palideció al observar que faltaba Isidoro.

—¡Ese loco va á hacer aguardar á todo el mundo! murmuró asustado: ¿que se dirá de èl?

Corrió á la puerta del pátio y divisando tres ó cuatro de sus pastores:

—¡Buscad á Isidoro! dijo lacónicamente; pronto.... buscadle por todas partes.... le están aguardando.

Cuando Beltran volvió á la sala, todo estaba dispuesto, y solo á él y á Isidoro se aguardaba.

—Perdonad, ilustre veguer, respetables amigos, que mi nieto se retarde un poco, dijo el centenario con la frente cubierta de un sudor

frio: el muchacho ha perdido la cabeza, ¡y en verdad que no es estraño en un dia de boda!

Estas escusas fueron admitidas con algunas chanzonetas amistosas y palabras indulgentes, si bien algunos ancianos fruncieron el ceño al saber que un jóven era la causa de la dilacion. A los pocos minutos se apoderó la impaciencia de los mas tolerantes, yentre tanto Beltran iba y venia angustiado: por fin, uno de los que salieran en busca de Isidoro apareció en la puerta y le dijo en voz baja:

—¡No lo hemos encontrado!

—Buscad, buscad bien....

Volvió hácia el grupo de convidados y dijo con forzada sonrisa:

—Sin duda, señores, juzgándose mi nieto indigno del honor de marchar enmedio de tan ilustre compañía, se habrá encaminado solo á la iglesia.... su modestia es tanta que es capaz....

Y al mismo tiempo invitó al veguer á romper la marcha, como se hizo en efecto.

En el pátio halló la comitiva la tropa de músicos que debia precederla, y salieron á la pradera, donde estaba preparada la fiesta. Dos

filas de montañeses formaban calle, y cuando apareció el veguer, fué saludado con una descarga general á que siguieron estrepitosas aclamaciones. Al mismo tiempo la campana de la aldea repicando fiesta, anunció que todo estaba dispuesto para la ceremonia religiosa.

Ecsaminó ávidamente el centenario aquella compacta muchedumbre, pero Isidoro no parecia. Por su parte los montañeses tenian mas curiosidad de ver á Isidoro Duba, que á los grandes dignatarios de la república, y advirtiendo que no iba allí pintóse un gran asombro en todos los semblantes:

—¿Dónde está Isldoro? ¡No veo á Isidoro! decian de todas partes.

Y cuándo este nombre, repetido por cien bocas, llegaba á los oidos de Beltran, contestaba el centenario, esforzándose por aparecer tranquilo:

—Isidoro, amigos mios, va delante: nos aguarda en la iglesia.

Esta esplicacion volaba de boca en boca y las aclamaciones continuaban mas bulliciosas que nunca mientras la muchedumbre se agrupaba detrás de la comitiva.

Hemos dicho ya, que la habitacion de Duba estaba á corta distancia de la aldea, y sin embargo, el centenario tuvo tiempo de sufrir mil muertes durante el lento tránsito. Vagaban sus miradas á la ventura sin fijarse en nadie: una pálidez lívida cubria sus facciones, y se esforzaba no obstante por ocultar su turbacion á los que le rodeaban. A vista de la iglesia, coronada de un campanario de pizarra, cuya única campana volteaba sin descanso, se estremeció, y á no haberle sostenido su compañero, habríale sido imposible dar un paso.

Precedia á la iglesia, de construccion rústica y sencilla, una especie de pórtico que caia debajo del campanario, y cuya puerta, abierta de par en par, dejaba ver el interior del templo hasta el altar mayor. La nave, segun costumbre del pais, estaba dividida en dos partes iguales por una balaustrada de madera que se estendia desde el centro de la puerta, hasta el santuario. El lado izquierdo se destina para las mugeres; el derecho para los hombres, porque ambos secsos están separados siempre en las iglesias de los Pirineos.

Al llegar á la plazoleta que precede á la iglesia, hicieron los andorranos otra descarga para anunciar su llegada; pero ningun hombre aparecia en el pórtico, escepto el campanero, que sudaba á mares, tirando de la cuerda de la campana en honor de la parroquia. Algunas andorranas estaban á la puerta de la iglesia, como para manifestar que la comitiva de mugeres habia precedido á la de los hombres. En efecto, enmedio de los trages verdes y encarnados, cuyos colores se confundian con la opaca claridad del interior de la iglesia, distinguíanse ya los velos blancos de las matronas, y aquella especie de servilletas blancas plegadas en cuatro dobleces que las andorranas jóvenes y viejas llevan infaliblemente en equilibrio sobre la cabeza en todas las ceremonias.

Enmedio del tumulto y las aclamaciones, entró el séquito en la parte de la iglesia, reservada á los hombres y concurrentes de inferior esfera: se acomodaron modestammente por abajo, mientras los personages mas eminentes ocupaban en el coro los bancos de honor que les estaban reservados. Parecia que en ese momento recobraba sus fuerzas el acongojado an-

ciano, y andaba tan aprisa, que por poco contraviene á la etiqueta anteponiéndose al mismo veguer. Cuando llegó al santuario donde terminaba la balaustrada, tendió los ojos con avidez por la parte de la nave destinada á las mugeres, y despues por el sitio donde habia preparados asientos para los futuros esposos. María, vestida de terciopelo y cargada de joyas, estaba junto á su madre; y cuando llegó la comitiva, ambas volvieron la cabeza para ver al novio..... pero el novio no estaba allí.

Mientras los dignatarios andorranos tomaban asiento con arreglo á su categoría, se elevó un murmullo sordo por toda la iglesia. Nadie acertaba á comprender la ausencia de Isidoro. Todas las miradas estaban clavadas en Beltran, cuya firmeza de alma sabia esconder sus dolorosas sensaciones en lo mas íntimo de su corazon; pero viéndose objeto de la atencion universal, volvia la cabeza como para esquivar las inquisitoriales ojeadas y preguntas.

Nadie, ni aun el veguer, se atrevia á interrogar al patriarca, cuyas secretas angustias comenzaban á traslucirse, cuando una muger se creyó con derecho para manifestar menos re-

serva: era Antonia Belsamet, la madre de la futura. Atravesó la imponente asamblea reunida en el presbiterio, y acercándose á Beltran le dijo en voz baja:

—¿Que significa esto, ilustre Duba? ¿Dónde está vuestro nieto? ¿por què no ha venido?

—Antes que el sacerdote suba al altar, respondió el anciano, estará aquí mi nieto.

Volvió la matrona á su puesto sin pronunciar una palabra: pasaron algunos momentos de profundísimo silencio, y en que las miradas, así de los hombres como de mugeres, no se apartaban de Beltran. Este, sin embargo, sereno é impasible, se contentaba con observar á hurtadillas una puertecita lateral mas inmediata al altar que á la nave. Era una de esas puertas que en las iglesias de los Pirineos conservan aún el nombre de puerta de los cagóths, y que daban entrada en la edad media á los enfermos de la lepra y lamparones. Todavía en nuestros dias sienten repugnancia los montañeses á penetrar en el templo por esas entradas reputadas como infames, y sin embargo ¡cuánto hubiera dado Beltran por ver asomar á su nieto por aquella puerta ecsecrada!

La paciencia por fin llegó á cansarse, y ya se notaban algunas demostraciones entre los concurrentes, cuando entró sofocado uno de los que Beltran enviara en busca del fugitivo, y sin cuidarse de si faltaba ó no á la ceremonia, se acercó á su señor con rapidez y le dijo al oido:

—Ilustre Duba, se ha marchado!......

—¿Quién?

—Noticioso de que los estrangeros habian salido de casa esta mañana antes de amanecer, se puso enfurecidísimo..... tomó la capa y salió hace una hora, amenazando á Pedro con la muerte si avisaba su fuga.

En vez de contestar, fué Beltran á arrodillarse al pié del altar en el momento en que el sacerdote salia de la sacristía para dar principio al oficio divino. Permaneció prosternado algunos momentos, é incorporándose lenta y solemnemente, se volvió á la muchedumbre que henchia la iglesia, y dijo con voz fuerte y sonora:

—Habitantes de Andorra, sed testigos del castigo que debe imponer á su hijo un padre cruelmente ofendido. Isidoro Duba merece el

ódio, el encono de nosotros todos! ¡Ha abandonado á su desposada por seguir á una muger estrangera! No ha respetado los cabellos blancos de su abuelo: ha faltado á sus promesas, ha quebrantado sus juramentos, ha deshonrado mi nombre! En presencia de todos, habitantes de Andorra, y en presencia de Dios Todopoderoso, que nos escucha, le maldigo y condeno su nombre al desprecio vuestro y de vuestros hijos!

Dichas estas palabras, se desplomó el anciano como una masa inerte, chocó su frente contra el ángulo del altar y aunque se hizo una profunda herida no brotó sangre, Beltran Duba era cadáver.

Una agitacion horrible siguió á esta catástrofe. Cuantos ocupaban el coro corrieron á levantar á Beltran y prodigarle ausilios; algunos otros saltaron la balaustrada obedeciendo á un impulso mas fuerte que el respeto á la santidad del sitio y á los nobles andorranos. En pocos segundos fué rodeado el cadáver por una multitud afanosa, donde se tropezaban los personages mas eminentes con los mas pobres pastores, criados de la familia de Duba. Un

médico ecsaminó largo rato al anciano y se alejó meneando la cabeza tristemente. El sacerdote, preparado para otra ceremonia harto distinta, hubo de acercarse para administrar, si aun habia tiempo, los últimos sacramentos.... Mas el ministro de Dios solo tuvo que orar sobre un difunto.

Cuando se esparció la certidumbre de que no quedaba rastro de vida al venerable decano de Andorra, asaltó un profundo dolor á todos sus amigos y compatricios. El veguer, arrasados de lágrimas los ojos, anunció al pueblo la irreparable pérdida que acababa de sufrir la república, y en algunas palabras llenas de dolorosa uncion é interrumpidas mas de una vez por la conmocion, hizo el elogio del generoso ciudadano que despues de tan larga carrera habia sucumbido de un modo tan repentino y fatal. Con sollozos, con lágrimas, con fervientes oraciones fué acogida la patética oracion fúnebre de un hombre, poco antes lleno de vida y encumbrado al mas alto punto de la felicidad humana. Cada uno de los circunstantes perdia en él un padre, un amigo, un consejero, un protector; y jamás desastre alguno afligiera

tan hondamente á la poblacion andorrana. El sacerdote entonó sobre el cuerpo del anciano un *De profundis* que todos acompañaron piadosamente, alejándose poco á poco y en silencio.

Cuando Beltran cayó despues de proferir el terrible anatema contra su nieto, María que estaba á dos pasos de él, lanzó un grito de terror y cayó desmayada en los brazos de su acongojada madre Belsamet, y las doncellas de honor la trasladaron fuera de la iglesia á un banco de piedra; y cuando la gente, triste y desvalida, desembocó en la plaza no habia recobrado aún sus sentidos la pobre niña. Agrupábase en su torno las mugeres para impedir á los andorranos acercarse; pero cuando la plaza estuvo inundada de numerosos grupos, donde se glosaba con dolor y cólera el horrible acontecimiento, la anciana Belsamet, poseida de un acceso de delirio, apartó con autoridad á sus compañeras y formó un semicírculo cuyo centro era el banco de piedra. Enseñando en seguida á los andorranos la doncella pálida, inmóbil, esclamó con voz desgarrada:

—Habitantes de Andorra, parientes, amigos y vecinos mios, ¿no hay entre vosotros uno solo que vengue la injuria hecha á la hija de la viuda? ¿No hay nadie que se compadezca de la pobre María Belsamet, á quien su desposado condena á la infamia abandonándola tan villanamente?

Esta violenta apelacion se escuchó en medio del mas profundo silencio; miraron tristemente á la angustiada madre, pero bajaron la cabeza y ninguno contestó. Isidoro, á pesar de su terrible crímen, era querido aún de los andorranos, y todos recordaban que Isidoro era el mas generoso, el mas atrevido, el mas diestro de todos los habitantes de las montañas, y estas cualidades le hacian inviolable aun para los que acriminaban su fuga con mas rigor. Y sin embargo, una circunstancia inesperada debió hacer subir de punto la indignacion que la Belsamet ansiaba despertar; apenas acabaron de hablar, salieron de la iglesia seis montañeses conduciendo un cuerpo humano enteramente envuelto en una capa catalana. Eran los pastores de Duba que trasladaban á su señor á la habitacion, ínterin se le daba sepultura con la

pompa correspondiente. La Belsamet los detuvo, y señalando con una mano á su hija desmayada, y estendida la otra sobre el cadáver, prosiguió:

—Habitantes de Andorra, si las lágrimas de una viuda y el ultrage hecho á una doncella inocente no pueden conmoveros ¿no habrá alguno de vosotros que vengue la muerte del ilustre Beltran Duba, el bienhechor universal, el hombre mas prudente, mas sábio, mas virtuoso que ha ecsistido en nuestras poblaciones? ¿Quereis que se diga que los habitantes de Andorra no alimentan ya valor, ni energía, ni ódio á los perversos y asesinos?

Un sordo murmullo agitó por un momento á la muchedumbre, y se apagó poco á poco; los conductores marcharon otra vez con su preciosa carga; la Belsamet se ecshaló en reconvenciones y blasfemias contra toda la poblacion de Andorra, y acercándose á su hija, dijo con profunda desesperacion:

—¡Nadie! ¡Nadie que nos vengue de ese miserable!

—Viuda Belsamet, dijo el veguer con severidad; aunque comprendo vuestro dolor, os pro-

hibo hablar de venganza contra ese desventurado mancebo. Dios solo y los remordimientos bastan para castigarle! Y si no me engaño, el castigo será terrible.

Inclinóse la madre con ademan sombrío, y se alejó el veguer para dar las órdenes que reclamaban las circunstancias. A través de la multitud que rodeaba á la viuda, penetró un hombre que le dijo en voz baja:

—Os vengarémos, viuda; ¿pero qué me dais en pago?

Estremecióse la viuda y volvióse con viveza: era Michael Moro. El contrabandista añadió con histérica sonrisa, enseñando la mano herida:

—El padre ha muerto sin saldar esta cuenta: ahora me entenderé con el hijo, y puedo hacer vuestro negocio y el mio. ¿Pero qué me daréis?

—Doble de lo que te prometiera el difunto, murmuró la viuda.

—Bien. Ahora ¿dónde encontrarémos á ese diablejo?

—Lo ignoro todavía, pero pronto lo sabrémos...... Sígueme!

XI.

Mientras ocurrian lamentables sucesos en la aldea republicana, caminaban Gonzalo y Cornelia hácia Andorra, capital del pequeño Estado, y de donde debian salir por la tarde para la Seo de Urgel. Aquí con las recomendaciones verbales que llevaba Pedro, esperaban encontrar un asilo seguro hasta que los acontecimientos políticos de Francia les permitiesen volver á su pátria.

Era cerca de medio dia, y los viageros habian partido furtivamente al rayar el dia para no

esponerse á las hablillas de los forasteros que rodeaban y llenaban la casa de los Dubas. Ya llevaban vencida la mayor parte del camino, y comenzaban á divisar en lontanaza el lindo pueblo de Andorra con sus casas pizarradas, su plazuela de los Vegueres y el campanario de la iglesia metropolitana.

El camino, ó mejor dicho, la senda que seguian, costeaba la Tristanza y aunque muy frecuentada por los habitantes del valle, no era ciertamente la mas segura. A veces penetraba osadamente en el corazon de una elevada montaña y la escalaba despues de mil rodeos: otras se deslizaba tímidamente entre dos precipicios, ó se internaba de pronto en los sombríos barrancos abiertos por el torrente, al que disputaba una parte de su lecho de roca; y si bien semejante viage no ofrecia peligros tan terribles como los arrostrados por las mismas personas pocos dias antes, era menester ir alerta para avanzar sin peligro, pues una distraccion cualquiera, podia costar la vida.

No obstante, ora sea que ginetes y cabalgaduras estuviesen igualmente familiarizados con aquellas peligrosas escursiones, ora que los

principales personages de la caravana tuviesen sérios motivos de meditacion, lo cierto es que continuaban la marcha sin pensar en el torrente que mugia por debajo del camino, ni en los abismos con que se tropezaba á cada paso. Pedro, el confidente de Beltran, rompia la marcha con otro andorrano, embozados ambos en sus capas, y departiendo sobre las brillantes fiestas que se perdian.

Seguíalos Gonzalo á caballo al lado de su hija, y entrambos guardaban silencio: el anciano, grave pensativo, lanzaba de vez en cuando una mirada llena de afectuosa compasion á la doncella, que pálida y abatida, parecia poseida otra vez de aquella honda atonía originada por el frio. Iba detrás Diego, montado en el caballo de Bernardo, porque su herida en buen camino de curacion, no le habria permitido hacer á pié aquella larga caminata.

Cerraban la marcha los demás gitanos, y de toda la caravana ellos tres eran los que menos motivo tenian para quejarse de su suerte, y ya echaban sus cuentas de lo que valdrian los caballos, que daban por suyos.

En el momento que la aparicion repentina de la ciudad de Andorra despertó la atencion de los viandantes, dijo con dulzura Gonzalo, á quien entristecia el obstinado silencio de su hija:

—Nos acercamos á la ciudad, hija mia; aunque nos han rogado que no nos detengamos, no dudaria hacerlo si te sintieses fatigada y necesitases algun descanso.....

—Gracias, gracias, padre mio, contestó Cornelia con melancólica sonrisa: me siento bastante bien para continuar nuestro viage hasta el fin! Al contrario, me parece que cuanto mas nos alejamos de esa casa.... donde hemos recibido hospitalidad, me siento con mas fuerza y valor! Padre, añadió ruborizada y cubriéndose los ojos con una mano, ¿qué habeis pensado de mí despues de la confesion que se me escapó?

—He pensado, hija mia, dijo el anciano con calor, que debia dar gracias á Dios por haberte dado tanto juicio, tanta energía: he pensado que en mi infortunio debia ser el mas feliz, el mas envanecido de todos los padres, viendo cuán superior eres á las flaquezas de tu secso!

Sí, Cornelia; el sacrificio que has consumado era digno de un carácter tan noble y generoso, como el tuyo; veias que semejante afecto aunque mútuo no podia tener resultados: destruia los proyectos de dos familias y en el órden moral era imposible. No dudaste un momento, atacar el mal por su raiz y has luchado valerosamente. ¡Pobre hija mia! y yo que atribuia á simple agradecimiento el interés que te tomabas por ese jóven!

—Ayer lo atribuia yo tambien á la misma causa, dijo Cornelia, algo confusa. Hasta que le ví ceder á mis instancias, no sentí en mi corazon el punzante dolor que me reveló la verdad!.... Acababa de probar mi poder absoluto sobre Isidoro; pensaba que le debiamos la vida....

—Demasiado escusable es esa aficion pasagera, dijo Gonzalo: realmente adornaban á ese jóven prendas eminentes, y comprendo el entusiasmo de una muchacha inesperta por un hijo de la naturaleza, valiente y generoso como Isidoro!.... Pero está segura de que no te arrepentirás de tu esfuerzo.... Nunca se lucha

impunemente contra ciertos obstáculos, y la conviccion de haber obrado con razon y justicia, borra pronto las impresiones, por profundas que nos parezcan. Siento que nos haya dejado el pobre Bernardo....

Detúvose Gonzalo, esperando sin duda alguna observacion de su hija para comenzar el elogio de su amigo.

—Os comprendo, dijo Cornelia abatida; quereis darme á entender que con M. Bernardo no ecsisten los obstáculos de que me hablais. Y sin embargo, padre mio, ¿quereis que os hable con franqueza? Desde ayer he hecho descubrimientos terribles en mi corazon. Ignoraba y habia querido ocultarme á mí misma secretas repugnancias que ahora son mas fuertes que nunca. Bernardo es un escelente sugeto á quien estimo y aprecio; pero á pesar de sus servicios, á pesar de las sólidas cualidades que le distinguen, no puedo consagrarle esa aficion viva y entusiasta que soy capaz de sentir. Quiero al generoso Bernardo como á un hermano; pero no le amo, y temo no poder amarle nunca.

En ese instante, un movimiento brusco que sonó cerca de los viageros les hizo volver la

cabeza. Un montañés arrebozado en su capa y cubierto el rostro por un ancho sombrero marchaba casi al par de ellos, habiéndose acercado sin ser oido, como hubiera continuado, á no ser por el movimiento que reveló su presencia.

—Padre, ¿quién es ese hombre? preguntó Cornelia amedrantada.

—Es Pedro, el guía, que sin duda alguna se habrá calado el sombrero,—contestó Gonzalo distraido; ¿no le conoces?

—Pero padre, ese hombre ha podido oirnos y....

—No comprende una palabra de francés y su mal humor no le permitirá ciertamente hacer caso de nuestras palabras; pero ya veo que quieres zafarte con ese frívolo pretesto y evitar que te demuestre la injusticia de tus prevenciones contra ese pobre Bernardo....

—No discutamos sentimientos que ni vos ni yo somos dueños de alterar, dijo la jóven con melancolía. Os he manifestado con franqueza el estado de mi alma; quizá algun dia se borren tan desagradables impresiones y puedan cumplirse vuestros proyectos. Pero repito, padre

mio, que temo no poder profesar á M. Alric el afecto que me ha inspirado..... otra persona!

Y esa otra persona en este momento recibe los juramentos de una muger que le ama y á quien él amará, dijo Gonzalo con firmeza. Dentro de un mes te habrá olvidado por la muger que el deber, la necesidad, y su familia le han deparado.

— Os equivocais, señor! dijo una voz trémula á pocos pasos.

Dos gritos de asombro y de terror sonaron á la par. Al mismo tiempo Isidoro (pues era él) entreabrió la capa y se mostró en sus brillantes atavíos de boda, de que no pensara en despojarse. Gonzalo y Cornelia se detuvieron y apearon.

—¡Vos aquí! esclamó Gonzalo, tan sorprendido como si hubiera aparecido un espectro; vos, Isidoro....

—Y.... nos escuchábais! murmuró Cornelia con terror: ¿por dónde habeis venido?

Isidoro señaló una de las senditas frecuentadas por los pedestres y que abrevian las distancias en las montañas.

—Lo he oido todo, dijo con fuego: ahora sé señorita, por qué os habeis empeñado en partir.

—¿Qué significa esto, caballero? preguntó Gonzalo con severidad: ¿por qué abandonais á vuestra futura, á vuestro abuelo, á vuestros amigos? ¿qué haceis aquí? ¿qué ha sucedido? ¿qué buscais?

No comprendió Isidoro estas urgentes preguntas; sus ojos estaban clavados en Cornelia y de ella solo se ocupaba.

—¿Conqué es cierto? dijo con voz penetrante: ¿conque se ha realizado lo que ni aun osaba esperar en mis atrevidos sueños? Señorita, yo tambien he sorprendido vuestro secreto... oh! bendito sea el instante en que una inspiracion del cielo me movió á huir de aquella muchedumbre importuna, y romper un enlace odioso, pues he llegado á oir una confesion que me hará venturoso para toda mi vida!

—¡Cómo! señor Isidoro, esclamó la doncella fuera de sí; ¿no se ha consumado el matrimonio á pesar de tantas promesas?

—¿Y habeis cumplido la vuestra? preguntó Duba el jóven con vehemencia; pero no debo

quejarme..... Cuando advertí que habíais partido en secreto, sin dejarme un consuelo, un recuerdo, se trastornó mi razon, se quebrantó mi dolor, sentí una necesidad imperiosa de veros aún un instante, de protegeros, de defenderos, de deciros adios..... y abandoné á mi abuelo, á mi futura, á todos los ilustres huéspedes que concurrieran á honrarme .... pero no me pesa lo que he perdido, porque Dios me reserva la mas grande, la mas inesplicable de todas las felicidades. Soy libre, Cornelia, soy libre y sé que me amais!

El acento, la actitud de Isidoro, tenian una mágia que electrizó á la doncella, y se arrojó llorando en los brazos de su padre.

—Le oís, padre mio? murmuró; el desdichado todo lo sacrifica por mí!

Conoció Isidoro que de la respuesta de Gonzalo pendia su suerte, y dirigiéndose al anciano, le dijo con tono suplicante, si bien con dignidad:

—Sé, señor, que ageno á las preocupaciones de vuestros compatriotas, no será mi clase de pastor una razon para desecharme si por otros

objetos me juzgais digno de vuestra hija. No pertenezco á una casta de párias como M. Bernardo: ya tengo dadas pruebas suficientes de adhesion y de valor. No hago mencion de mi fortuna, porque no sé aún lo que será de ella; solo quiero hacer valer la pasion que me ha inspirado vuestra hija, y el ardiente y sincero deseo que me anima de hacerla feliz.

—Cornelia, ¿qué respondo? preguntó Gonzalo con voz serena.

—Decidlo vos, padre mio, dijó la jóven sin alzar los ojos.

—Bien, hija mia; ya que tienes suficiente confianza en tu padre para fiarle el cuidado de tu dicha, responderé por tí, y te salvaré de tu propia incertidumbre: acaso muy pronto me dés gracias por mi inflecsibilidad. Señor Isidoro, la baja accion que acabais de cometer violando vuestras promesas, sumiendo en la desesperacion á vuestro miserable abuelo, y ultrajando á una doncella que merecia por muchos títulos vuestra estimacion y vuestro respeto, renegando en fin de vuestra pátria y leyes, os hace indigno de mi hija. Si os hubièrais resignado á vuestra suerte, podríase al

menos compadecer vuestras penas, apreciar vuestro carácter, admirar vuestra honradez; pero no habeis querido. Citais vuestro valor y sois mas débil que un niño. No; no pueden borrarse de nuestra memoria los servicios que nos habeis prestado; pero no es generoso abusar de ellos pidiendo una recompensa á que no sois acreedor. Por lo que toca al secreto que por una culpable indiscrecion acabais de sorprender, escuchad lo que os digo: Debiérais imitar la generosidad de mi hija que á pesar de sus secretos sentimientos, no ha querido apartarse de la senda que le trazaban el honor y el deber. Ahora cesaréis de envaneceros por esa prueba de afecto, porque mi hija no puede estimaros....

—Padre, padre, dijo Cornelia sollozando, no le asesineis....

Sombrío y distraido escuchó Isidoro la terrible reprimenda, pero cuando Cornelia intercedió en su favor, levantó la cabeza.

—¡Qué me importan las reconvenciones de un anciano tímido y helado por la edad, que no sabe comprender las pasiones de la juventud! dijo haciendo un gesto de impaciencia:

á vos apelo, señorita; de vos solo quiero saber mi suerte, y si consentís, yo sabré arrancaros.....

La doncella, que hasta entonces ocultara el rostro en el seno de su padre, se incorporó con viveza, y mirando irritada á Isidoro, le dijo con severa dignidad:

—¿Quién os ha dado derecho para suponer que las indicaciones de mi padre no son órdenes para mí, y que podria posponer á mi padre á otra persona cualquiera?

Isidoro ecshaló un profundo gemido.

—Gracias, hija mia! esclamó Gonzalo, estrechando á Cornelia: te habia juzgado bien. Ahora, señor mio, añadió dirigiéndose á Isidoro, todo acabó entre nosotros: os damos las gracias por vuestros pasados favores. y os deseamos felicidades. Tal vez sea tiempo aún de reparar las faltas de que os habeis hecho culpable: id á repararlas, y puede que algun dia tengais derecho para reclamar nuestra amistad y estimacion.

—No me separo de vosotros, dijo Isidoro sordamente.

—En nombre del cielo, señor Duba, repuso Cornelia arrepentida ya de su severidad, acordaos de las prudentes resoluciones de anoche. Mi padre tiene razon; acaso llegueis aún á tiempo de consumar el matrimonio..... Todo el mundo estará agurdando..... Marchad, daos prisa!

—No darémos un solo paso atrás ni adelante, mientras esteis aquí, dijo Gonzalo resueltamente.

—Al menos permitidme que os acompañe hasta Urgel, replicó el montañés en tono suplicante: hay pasos poco seguros y no llevais defensor.

—¡Un defensor! esclamó Gonzalo gozoso; allí lo tenemos: ¡Dios nos le envia en tan crítico momento!

Y señaló al mismo tiempo un viagero á caballo que venia para ellos, acompañado de Pedro y otros dos montañeses. Cabalgante y cabalgadura estaban abrumados de fatiga, y á la primera ojeada reconocieron Isidoro y Cornelia á Bernardo Alric. Habia encontrado á Pedro y al guía que caminaban delante y hécholes retroceder.

A la vista de Gonzalo y de su hija, ecshaló el cagóth un grito de júbilo, y picó espuela á pesar de lo cortado del terreno. Pero el pobre animal no pudo acelerar el paso, y Bernardo por llegar mas pronto se apeó y echó á correr hácia su buen amigo, que le recibió con los brazos abiertos.

—¡Buenas nuevas, amigo mio! esclamó el herrero: cobrad ánimo, señorita; mi viage ha tenido el mas próspero resultado.

—Querido Bernardo, ¿que habeis hecho?

Cornelia le alargó la mano y dijo con tristeza:

—¿Qué nuevas traeis, señor Bernardo, que puedan agradarme?

—Señorita, dijo Alric con viveza y sin advertir la conmocion de la doncella; sé que voy á colmaros de júbilo diciéndoos que vuestro restable padre puede volver á Francia cuando quiera.

—¿Será cierto?

—Me he cerciorado de que no estaba vuestro nombre en la lista de proscripcion publicada por el gobierno, y manteniéndoos incógnito podeis vivir seguro en vuestra pátria. Si por

el contrario deseais residir en Andorra, traigo una autorizacion que salva todas las dificultades: está firmada per el veguer frances á quien he visto en Pamiers.

Y enseñaba al mismo tiempo con orgullo un papel con el sello de las armas de Andorra.

—Pero, pobre Bernardo, nada nos decís de vos.... ¡Cuánto debeis haber sufrido con el viage!.... ¡Qué pálido estais! ¡aún traeis empapados los vestidos de la nieve de las montañas.

Estas observaciones se dirigian á Cornelia, que en efecto miró á su presunto novio. El pobre jóven apenas podia respirar, y á pesar del recogocijo que brillaba en sus facciones, veíase impresa en ellas una debilidad alarmante. Ni un instante de reposo habia disfrutado.

Sí; la garganta de Puymoreins estaba casi tan peligrosa como el puerto de la Cabaña, dijo sonriéndose, y buen trabajo me costó salir á salvo; pero ¿qué importa? Se ha conseguido el objeto y estoy satisfecho.

Cornelia, turbada, bajó los ojos arrasados de lágrimas.

Entretanto, á pocos pasos tenia lugar una escena no menos animada. Pedro y los otros montañeses, hallando en aquel parage á su señorito, á quien suponian presidiendo con su nueva esposa las fiestas de la boda, se habian quedado estáticos de asombro. Pero sospechando muy pronto lo que habia ocurrido, sustituyó la desesperacion al estupor, y Pedro que sabia cuanto habria consternado este suceso al anciano Duba, no encontraba espresiones para menifestar su dolor. Arrojárase de rodillas á los piés de Isidoro, suplicándole por lo mas sagrado que volviese. Los otros montañeses le acompañaban y ciertamente era digno de compasion el sentimiento de los honrados republicanos.

Pero Isidoro apenas se daba por entendido de que estaban allí; no les respondia una palabra y toda su atencion estaba concentrada en Cornelia y Bernardo, ecsaminando sus menores movimientos, prestando el oido á lo que decian.

El enternecimiento de Cornelia, y el júbilo de Bernardo, acabaron de ecsasperar los celos

horribles que le devoraban. Sin reparar en los infelices que se arastraban á sus piés llorando, se acercó al grupo de los viageros, y plantóse con ademan sombrío delante de Bernardo, sin articular una sílaba. Alric le alargó la mano cordialmente.

—Buenos dias, señor Isidoro, dijo: vuestro plan ha surtido escelente efecto..... me habeis deparado ocasion de ser útil á dos personas cuyo afecto aprecio mas que la vida.....

—¿Y quién os asegura que poseeis ese afecto preguntó ásperamente el montañès: ¿no sabeis que tres dias de ausencia pueden traer grandes mudanzas?

—¡Cómo! ¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que la que llamais vuestra desposada no lo es ni puede serlo porque no os ama...... ama á otro..... preguntádselo á ella.....

—¡Eso es una infamia! esclamó Gonzalo mirando á Isidoro con desprecio.

—¿No veis que es necesario que él me mate ó yo á él? murmuró Isidoro. Repito que ama á otro, y ese otro soy yo.....

—¿De veras señorita? preguntó Bernardo con inesplicable angustia: ¡oh! no me engañeis por Dios; sé que nada valgo para merecer la dicha que esperaba! decidme la verdad y aunque me cueste la vida no me quejaré.....

—¿No basta que yo lo diga? replicó Isidoro con tono insultante.

—Os equivocais, señor, dijo Cornelia con nobleza, interponiédose entre los jóvenes: si Mr. Bernardo no ha recibido mi promesa formal hasta ahora, dispuesta estoy á empeñar mi palabra.... Yo os juro, Mr. Alric, no pertenecer á otro que á vos y aunque un momento de error que deploro haya alterado mis sentimientos no desconfies del porvenir.

—¡Oh! Benditas sean, señorita, vuestras consoladoras palabras, dijo Bernardo tranquilizado: sabeis cuanto os amo, y que no escusaré ningun sacrificio para merecer la preciosa recompensa que se me ha prometido. Esperaré, si es preciso, ya que me asegurais que no debo desesperar del porvenir!

Y volviéndose á Isidoro: Señor Duba, añadió, mirándole fijamente, ¿qué es lo que

me decíais? Se me figura que habeis mentido!

Hizo Isidoro un movimiento, pero Gonzalo apartó á Bernardo mientras Cornelia decia en voz baja á Duba, cuyo aspecto escitaba compasion y miedo:

—¿Es esto lo que me habeis prometido, señor Isidoro?

—Vuestra imprudencia es la causa de mis compromisos indisolubles ya.... Isidoro, deberes diferentes nos llaman en direcciones opuestas.... Isidoro, imitad mi resignacion; tambien yo sufriré mucho, pero al menos dejadme la idea de que érais digno del afecto que os consagré.... Escuchad las súplicas de vuestros fieles servidores, que os ruegan que volvais atrás.... á este precio os restituiré mi estimacion.

Isidoro titubeó un momento.

—Acaso me costará la vida, dijo penosamente, pero cedo.... Al menos obtendré vuestro respeto, vuestra compasion: voy á incorporarme con los que me aguardan y si aún es tiempo completaré el sacrificio.... Pero es pre-

ciso que vos y vuestro padre presencieis esta union como prometísteis..... Ahora nada teneis que temer y solo con esta condicion os obedezco.

—¡Retardarémos vuestra llegada!

—Tomaré por un atajo mientras deshaceis el camino andado....

—Bien, dijo Cornelia con resolucion: os doy mi palabra; asistirémos á esa reparacion de tantas faltas; id delante....

Y acercóse á su padre y al cagóth para determinarlos á dar este paso. Isidoro se quedó inmóbil un momento cual si quisiera dirigirles la palabra, pero volvió la cabeza bruscamente, diciendo á Pedro:

—¡Partamos!

Y ambos retrocedieron por el áspero y peligroso sendero que conducia á la aldea mientras la caravana tornaba por el camino mas ancho.

Los gitanos estaban consternados, porque veian en este incidente la pérdida de sus mas gratas esperanzas.

Marchaba lentamente Isidoro por el penoso atajo, y mientras pudo divisar á sus huéspedes, volvió repetidas veces la cabeza. Cornelia, desde su cabalgadura agitaba el pañuelo blanco para alentarle, y hasta que la reducida caravana hubo desaparecido detrás de una montaña no aceleró su marcha, pesada todavía para sus acompañantes.

Seguíanle Pedro y los otros dos montañeses, pensativos y silenciosos cual si temiesen comunicarse los aflictivos pensamientos que ocupaban su imaginacion. Pedro en especial sentia el mas amargo dolor y andaba con trabajo como si la fatiga hubiese penetrado sus robustos miembros.

No obstante, no perdia un instante de vista á su señorito y seguia sus menores movimientos: por la fuerza le habria arrastrado á la habitacion si se le hubiese antojado á Isidoro volver atrás.

Todo estaba desierto en la campiña, prueba de que los andorranos convidados á la fiesta no habian dejado aún la aldea: esta circunstancia daba algunas esperanzas á los montañe-

ses, pero Isidoro no veia ni entendia nada y avanzaba maquinalmente con acompasado paso sin recordar que pendia su suerte de un minuto mas ó menos.

XII.

EMPERO la soledad comenzó á poblarse poco
oco, y á medida que se aprocsimaban á la
lea se desvanecian las esperanzas concebi-
s. Vióronse á lo léjos puntos rojos y movi-
s que destacaban sobre la verdura de los
stos: á los rayos del sol, que lucia entonces
n todo su esplendor, centelleaban las placas
acero labrado que llevaban las andorranas
re los elegantes zuecos y que el movimiento
scubria desde larga distancia. Luego se
stinguieron grupos completos de montañeses

de ambos secsos, unos á pié, otros á caballo, y avanzando en direcciones opuestas para restituirse á sus viviendas.

Habia desaparecido la bulliciosa alegría de la víspera y de aquella misma mañana; las diversas partidas no se llamaban de montaña á montaña; habian enmudecido los instrumentos y no se escuchaba uno solo de aquellos trabucazos que repetidos por el eco atronaban los espacios. Por todas partes asomaban variados grupos que animaban el paisage, antes tan triste y solitario; pero con la concurrencia no estaba menos silencincioso el territorio. Parecia que entre toda aquella muchedumbre no se hallaba un pastor con osadía suficiente para un grito, y que la tierra se tragaba hasta el ruido de sus pasos.

Estas estrañas señales tan contrarias á la ordinaria turbulencia de sus compatriotas, confirmaron las siniestras reflecsiones que hacia entre sí cada uno de los acompañantes de Isidoro, y Pedro despues de tender una dolorosa mirada por el horizonte, hizo la señal de la cruz y dijo á media voz con fervieote devocion:

—Dios y su Santísima Madre protejan al ilustre Beltran Duba, nuestro señor, y á su respetable familia.

—Amen, contestaron los compañeros, acercando devotamente los escapularios á los lábios.

Isidoro no pudo confirmar esta plegaria que no habia oido.

Al cabo pareció que este pequeño grupo llamaba la atencion de los montañeses desparramados por la montaña. Los que lo formaba eran lss únicos que se encaminaban á la aldea, á la que todos los demás volvian la espalda. Advirtieron aquellos que se amontonaban las gentes en las alturas vecinas y los señalaban con el dedo; sin embargo los andorranos no los saludaban, y hacian entre sí señas misteriosas, propagándose la curiosidad de corro en corro; no habia duda de que reconocian á Isidoro.

Bien hubiera querido Pedro poder interrogar á alguno sobre los sucesos que habian pasado; mas era aún la distancia demasiada y sobradamente importantes sus preguntas para hacerlas á voz en cuello. Aguardó pues á que

de ambos secsos, unos á pié, otros á caballo, y avanzando en direcciones opuestas para restituirse á sus viviendas.

Habia desaparecido la bulliciosa alegría de la víspera y de aquella misma mañana; las diversas partidas no se llamaban de montaña á montaña; habian enmudecido los instrumentos y no se escuchaba uno solo de aquellos trabucazos que repetidos por el eco atronaban los espacios. Por todas partes asomaban variados grupos que animaban el paisage, antes tan triste y solitario; pero con la concurrencia no estaba menos silencincioso el territorio. Parecia que entre toda aquella muchedumbre no se hallaba un pastor con osadía suficiente para un grito, y que la tierra se tragaba hasta el ruido de sus pasos.

Estas estrañas señales tan contrarias á la ordinaria turbulencia de sus compatriotas, confirmaron las siniestras reflecsiones que hacia entre sí cada uno de los acompañantes de Isidoro, y Pedro despues de tender una dolorosa mirada por el horizonte, hizo la señal de la cruz y dijo á media voz con ferviente devocion:

—Dios y su Santísima Madre protejan al ilustre Beltran Duba, nuestro señor, y á su respetable familia.

—Amen, contestaron los compañeros, acercando devotamente los escapularios á los lábios.

Isidoro no pudo confirmar esta plegaria que no habia oido.

Al cabo pareció que este pequeño grupo llamaba la atencion de los montañeses desparramados por la montaña. Los que lo formaba eran los únicos que se encaminaban á la aldea, á la que todos los demás volvian la espalda. Advirtieron aquellos que se amontonaban las gentes en las alturas vecinas y los señalaban con el dedo; sin embargo los andorranos no los saludaban, y hacian entre sí señas misteriosas, propagándose la curiosidad de corro en corro; no habia duda de que reconocian á Isidoro.

Bien hubiera querido Pedro poder interrogar á alguno sobre los sucesos que habian pasado: mas era aún la distancia demasiada y sobradamente importantes sus preguntas para hacerlas á voz en cuello. Aguardó pues á que

se aprocsimaran algunos para satisfacer su curiosidad; pero sus cálculos salieron fallidos.

Pocos minutos de camino le separaban de los andorranos, cuando deteniéndose estos de pronto miraron á Isidoro, y despues de consultarse en voz baja volvieron las espaldas y tornaron hácia la montaña para evitar el encuentro. Mas le chocó á Pedro este incidente que todos los demás, viendo despues que los andorranos, con quienes estuviese á punto de tropezar, hacian deshacer lo andado á los que encontraban, señalando á Isidoro y comparsa como un grupo de apestados. Notó Pedro al mismo tiempo que casi todos los montañeses despues de titubear un momento tomaban direccion contraria á la que traian naturalmente y se dirigian á la aldea. Algunos habia que corrian á escape por ser los primeros en anunciar el regreso de Isidoro. Pero un corto número continuó alejándose por diversos lados, cuidando de no hallar al paso los réprobos, y otros que no tenian espacio ni deseos de volver á la poblacion para presenciar lo que iba á suceder, se apartaron de su camino y aguardaron desde las rocas vecinas á poder echar á andar

sin encontrar frente á frente á Duba el jóven y sus compañeros.

Al cabo Pedro se decidió à preguntar á uno de estos, los informes que tanto ansiaba. La persona á quien se dirigiera era un sugeto demasiado obeso, que no habiendo podido alejarse con presteza, se ocultaba tras el tronco de un árbol esperando no ser columbrado: empero siguiérale la penetrante vista de Pedro, y al pasar cerca del escondrijo del montañés, preguntó el fiel servidor con voz suplicante:

—Cárlos Blanda, en nombre de vuestro santo patron ¿podeis participarnos lo que ha sucedido desde esta mañana al ilustre Beltran Duba?

El nombre de su abuelo, pronunciado en voz alta, despertó á Isidoro de la indefinible estupefaccion en que estaba sumido. Se detuvo é hizo que aguardaba como los demás la respuesta de su compatricio.

Pero viéndose Cárlos descubierto, salió de su escondite y contestó ásperamente continuando su marcha hácia la falda de la montaña, sin mirar á los que le preguntaban.

—¡Para el hijo maldito solo resta ódio y des-

precio! ¡Atrás el hijo culpable y deshonrado!

—Y dió á huir sin estenderse en mas pormenores.

—¡Maldito! replicó Isidoro con amarga sonrisa, y sin moverse de su sitio.

Acto continuó echó á andar con el mismo paso acompasado y automático. Siguiéronle us compañeros, y en el resto del camino le fué posible acercarse á montañés alguno para interrogarle de nuevo.

Huian todos á su aprocsimacion, como esas sombras fantásticas que se piensa tocar á cada instante y que esquivan el tacto humano. Tambien por lo graves y lo silenciosos podian pasar por sombras, y hasta el fin del viage ningun acento de voz humana percibieron los viageros. El silencio y el gentío formaban un contraste aterrador.

Acababan de aparecerse la aldea y la habitacion de Beltran Duba: aún se divisaba una porcion de andorranos que se agitaban en la pradera donde estaba dispuesto el festin. Habian ya recibido sin duda la noticia del regreso de Isidoro, porque todas las miradas se dirigian á la montaña por donde él bajaba. A

medida que se disminuia la distancia, iban siendo los curiosos mas y mas atrevidos: los habia que osaban atravesar el camino por cincuenta pasos por delante de ellos; otros se le acercaban corriendo como para cerciorarse de la verdad, y al cabo de un momento de rápida observacion se volvian velozmente.

En ese momento caminaban los anatematizados por el laberinto de rocas de asperon encarnado, que precedian á la aldea, y muchas de las cuales dominaban á las habitaciones. Esas rocas, cortadas casi todas á pico é inaccesibles, formaban sombrías gargantas á través de las cuales iba el camino. En algunas quiebras y en parages donde nadie creeria que pudiera penetrar el mas intrépido gamo, habíanse apostado los esploradores mas tímidos. Un niño solamente que no pudiera alcanzar á sus padres, refugiados sin duda en las alturas vecinas, estaba en uno de los desfiladeros sentado tranquilamente á la orilla del camino.

—Niño, le preguntó Pedro con voz cariñosa; ¿puedes decirme qué ha ocurrido en la aldea cuando se supo la marcha de Isidoro Duba?

El niño se estremeció y replicó con inocente terror:

—¡Isidoro Duba! mi madre me ha dicho que no se debia volver á pronunciar ese nombre sin hacer la señal de la cruz, pues es nombre de un condenado.... de un maldito.

Isidoro lo miró con ademan sombrío.

—¡Las madres lo repiten á sus hijos; los hijos se acordarán cuando sean viejos! murmuró delirando; la maldicion se transmitirá á la posteridad mientras ecsista el nombre de los Dubas....

—Pero, ¿y el padre, y el ilustre Beltran? repuso Pedro haciendo un doloroso esfuerzo.

—Mi madre ha dicho que el ilustre Beltran estaba en el cielo, y era justo adorarle como un santo mártir.... Ha empapado una punta de su velo en la sangre del muerto, y este velo será una reliquia que preserve nuestra casa de truenos y maleficios.

—¡Ha muerto! yo le he asesinado, dijo Isidoro cayendo de rodillas.

—¡Muerto por causa vuestra! repitieron los montañeses apartándose de Isidoro con terror

y hastío. ¡Maldicion sobre Isidoro Duba, asesino de su abuelo!

Esta terrible reprobacion de sus fieles servidores postró del todo á Isidoro, y el niño huyó ecshalando alaridos de terror.

En aquel instante resonó una voz ronca y burlona en una cumbre vecina.

—¡Isidoro Duba! dijo la voz.

Isidoro no contestó.

—¡Isidoro! repitió la voz con acento mas terrible.

Levantóse el jóven.

—¿Quièn me llama? dijo fuera de sí: es la voz de Satán que me pide cuenta de la sangre que he derramado?

Alzó los ojos y al estremo de una fragosa roca estaba de pié Michael Moro con su trabuco en la mano.

—Mírame, Isidoro, dijo con la misma voz lúgubre é irónica; he prometido á tu abuelo herirte frente á frente.... ¡Toma! vengo á toda Andorra!

Al mismo tiempo estalló un trabucazo. Bien hubiera podido Isidoro evitar la bala; pero los que estaban á pocos pasos notaron que por el

contrario presentaba el pecho al feroz asesino: fué atravesado de parte á parte Isidoro, y cayó redondo, gritando con una espresion estraña de contento:

—¡Oh! ¡gracias, Michael Moro! ¡bien venida sea la muerte para el hijo maldito y asesino!

Entonces apareció multitud de gente á la entrada del desfiladero. Eran el veguer y algunos otros personages importantes, que noticiosos del regreso de Isidoro, acudian á su encuentro y acababan de ser testigos de la espantosa catástrofe:

—Corred, corred, dijó el veguer con energía á los circunstantes, prended al miserable que ha asesinado á ese desdichado jóven: perseguidle como á una bestia feroz si no podeis apoderaros de su persona.

Partieron algunos andorranos para ejecutar la órden, pero ¿qué habian de hacer? La mayor parte estaban desarmados y los que llevaban trabucos no habian pensado en hacer provision de balas para asistir á uua fiesta. Divisaron á lo lejos á Michael Moro, quien despues de bajar la roca por otro lado, volvió á sus inaccesibles montes: rodeábale su partida para

defenderle, bien armada y dispuesta para el combate, obligando á mantenerse á respetuosa distancia á los celosos andorranos, sedientos de venganza, pero imposibilitados de satisfacerla.

Entretanto llegara el veguer con los ancianos al parage donde estaba tendido Isidoro, cercado de sus inconsolables criados. El nieto de Beltran reconoció al veguer y le dijo con dulzura:

Ilustre veguer, no me compadezcais.... no os empeñeis en castigar á mi matador.... vale mas morir que vivir anatematizado por la reprobacion, la maldicion general!

El veguer le apretó la mano suavemente:

—Viviréis, hijo mio, le dijo conmovido, viviréis para reparar tantas faltas.... vuestra herida no será acaso mortal....

Hallábase allí casualmente el cirujano, quien ecsaminó la herida del malhadado mancebo: al cabo de un momento de silencio se levantó y miró al veguer con aire significativo:

—Ya comprendo, dijo Isidoro con admirable presencia de ánimo. Michael Moro tiene buena puntería y yo doy gracias á Dios....

Ilustre veguer, dignaos disponer que me trasladen inmediatamente á la casa de mis padres. Quizá me quede tiempo aún para reparar aquellas faltas que sean reparables.

Un hora despues de este suceso llegaron á la aldea Gonzalo, Bernasdo y Cornelia. Bajo el cobertizo que debia servir de salon de banquete y el terreno inmediato, habia algunos grupos de mugeres tristes y silenciosas; mas dentro del pátio de la casa era la afluencia tal, que se dudaba que los recien llegados pudiesen penetrar á caballo.

Apeáronse, y al entrar en el vasto recinto notaron que aquella recogida muchedumbre no estaba amontonada allí por un simple objeto de curiosidad, sino que la ocupaba alguna grande é imponente ceremonia en que todos los concurrentes tenian sincera participacion. Estaban abiertas las ventanas de la sala y hácia esas ventanas se dirigian todas las miradas, si bien los que llenaban el aposento no permitian ver lo que pasaba en el interior. Casi todos los circunstantes estaban de rodillas y rezaban el rosario con fervor.

Empero un murmullo sordo se difundió con

la presencia de los estrangeros. Cruzáronse miradas irritadas: los rostros espresaron ódio y encono; algunos puños vigorosos se cerraron convulsivamente. Al punto adivinaron los recien llegados que la poblacion andorrana les achacaba las desgracias sucedidas á la familia de Duba, desgracias que ya Pedro propalara.

Pero pronto desaparecieron estas muestras de peligrosa fermentacion: un anciano venerable, que sin duda debia tener gran autoridad sobre sus compatriotas, los contuvo con un gesto, y aprocsimándose á los viageros, les dijo en voz baja y en francés, con el acento del mas profundo dolor:

—Se os aguarda con gran impaciencia. Vuestra presencia debe dulcificar los postreros instantes del infeliz. Seguidme.

Y apartando el gentío que henchia el pátio se encaminó á la puerta de la casa. Apoyábase Cornelia moribunda en su padre y en su futuro: el dolor habia agotado todas sus fuerzas físicas y morales. Por último, y despues de mucho trabajo llegaron todos á la sala comun, donde fueron testigos de una imponente escena.

Rebosaban de gente, pátio y sala. En el centro de ésta se habian improvisado dos lechos de respeto: en el uno estaba tendido el anciano Beltran, vestido aún con el trage que llevara para la boda de su nieto. Sus facciones, que no habia desfigurado la muerte, tenian una espresion de gravedad solemne y magestad divina; parecia que aprobaba con una sonrisa, el sacrificio que en su presencia se consumaba. El otro lecho lo ocupaba Isidoro, tan pálido y tan inmóbil casi como su abuelo. Entre el muerto y el moribundo estaba María de rodillas con las galas de la boda; frente á los lechos se habia erigido un altar donde el sacerdote celebraba una misa nupcial. En derredor el veguer, los síndicos, los cónsules y las autoridades andorranas estaban arrodilladas con solemne silencio: en el resto de la pieza habia servidores y amigos de la familia.

Los estrangeros, precedidos de su guía, entraron con emocion y respeto, y fueron á arrodillarse en la última fila. Pero Isidoro que los alcanzara á ver, les hizo señal de que se acercasen, y la ceremonia concluyó en medio del mas imponente y profundo recogimiento.

Cuando los dos desposados hubieron recibido la bendicion nupcial, Isidoro concentrando sus fuerzas estrechó con su mano la de María, y dijo con voz moribunda, pero distinta:

—María Belsamet, he cumplido en la presencia de mi desdichado abuelo, en presencia de todos los nobles gefes de Andorra, la promesa que os hizo en mi nombre el ilustre Beltran Duba.... María Belsamet, ya sois mi esposa.... os dejo mi nombre, mis servidores, mi fortuna.... Perdonad el daño que os he hecho!

—¡Os perdono, Isidoro, os perdono! esclamó la pobre niña cayendo sin sentido al pié del lecho.

—Y vosotros, valientes andorronos, prosiguió el jóven, ilustres vegueres, respetables bailíos, amigos todos de mi padre y mios, fuísteis testigos de mi falta, sedlo tambien del castigo y la satisfaccion.... Mi abuelo me maldijo, mas al menos no me maldigais vosotros!

Una esplosion de sollozos y gemidos acogió estas sentidas palabras.

—Y á mí, Isidoro, á mí preguntó una voz

hueca á su lado, ¿me perdonais? yo soy la que . . .

—Antonia Belsamet, añadió el moribundo mirándola con indefinible sonrisa, idos en paz... vos sola habeis tenido lástima de mis tormentos.

Indicó en seguida á Cornelia que se acercase, y le dijo en francés, haciendo el postrer esfuerzo:

—¿Estais contenta, Cornelia? Acordaos de mí.... Adios! Ecshaló un hondo suspiro y todos se levantaron para escuchar lo que iba á decir. Pero no habló, y Cornelia cayendo de rodillas junto á María, esclamó:

—Dios mio, perdonadle como los hombres le han perdonado!

Tres dias depues entraban en Francia Gonzalo y su hija. Cornelia se casó con Bernardo Alric, y fué buena esposa; pero toda su vida se acordó de Isidoro Duba.

FIN.